LA GUERRA DE LOS MUNDOS

EL RETORNO DE LA GEOPOLÍTICA Y EL CHOQUE DE LOS IMPERIOS

BRUNO TERTRAIS

OBERON

LA GUERRA DE LOS MUNDOS

EL RETORNO DE LA GEOPOLÍTICA Y EL CHOQUE DE LOS IMPERIOS

BRUNO TERTRAIS

OBERON

«Ahora me parece increíblemente maravilloso que, con ese destino inminente sobre nosotros, los hombres pudieran dedicarse a sus pequeñas preocupaciones como lo hacían».

—H. G. Wells, *La guerra de los mundos*, 1898.

Otros libros del autor

La Guerre sans fin. L'Amérique dans l'engrenage, (2004). Seuil.

L'Arme nucléaire, (2008). Puf.

Le Marché noir de la bombe. Enquête sur la prolifération nucléaire, (2009). Buchet Chastel.

La Menace nucléaire, (2011).Armand Colin.

L'apocalypse n'est pas pour demain: pour en finir avec le catastrophisme, (2011). Denoël.

Le Président et la Bombe. Jupiter à l'Élysée, (2016).Odile Jacob.

Les Guerres du climat. Contre-enquête sur un mythe moderne, (2016). CNRS Éditions.

Les Vingt Prochaines Années. L'avenir vu par les services de renseignement américains, (2017). Les Arènes.

La venganza de la historia. Cómo el pasado está cambiando el mundo, (2018). RBA Libros.

Le Choc démographique, (2020). Odile Jacob.

L'Épreuve de faiblesse, (2020). Gallimard.

La Guerre, (2022). Puf.

Atlas de las fronteras: muros, conflictos, migraciones, (2023). Ediciones Cátedra.

Atlas militaire et stratégique, (2023). Autrement.

Índice de contenidos

Prólogo
Yugoslavia, primavera de 1999

Era la una de la tarde del 24 de marzo de 1999 cuando sonó el teléfono vía satélite de Yevgueni Primakov, primer ministro ruso, a bordo del IL-62 que lo llevaba a Washington y que, en ese momento, se acercaba a Terranova. Desde el otro lado de la línea el vicepresidente de Estados Unidos, Al Gore, le informó que la OTAN había iniciado una campaña de bombardeos destinada a imponer un plan de paz en Yugoslavia. Primakov se puso furioso. Lo consideró una humillación y ordenó al piloto que diera media vuelta de inmediato y regresara a Moscú. Cinco días después, Vladímir Putin, quien ya era director del KGB, fue nombrado secretario del Consejo de Seguridad Nacional de la Federación Rusa.

Unas semanas más tarde, la noche del 7 al 8 de mayo, un B-52 estadounidense lanzó cinco bombas sobre la embajada de la República Popular China en Belgrado y fallecieron tres personas a consecuencia del ataque. Pekín, que ya se oponía firmemente a la intervención de la OTAN, quedó conmocionada. Nadie creyó la explicación oficial de que había sido un error de coordenadas. Las manifestaciones antiamericanas (a veces violentas) alentadas por las autoridades se multiplicaron. Fue una de las primeras manifestaciones públicas del nuevo nacionalismo chino.

A principios de junio, Belgrado aceptó el plan de paz y la presencia de una fuerza multinacional en Kosovo. Rusia hizo saber que le gustaría ocupar un sector del territorio —como había hecho la Unión Soviética en Alemania—, pero los aliados no querían dar la impresión de una partición étnica y se opusieron. Fue un duro golpe para Moscú, que vio cómo se evaporaban sus ilusiones de cogestión del nuevo orden europeo y de igualdad simbólica con Occidente. El general Ivachov, entonces encargado de la cooperación militar en el Ministerio de Defensa, declaró: «Me sentí como un perdedor. Sentí que el mal había triunfado sobre el bien».[1] Moscú intentó entonces una maniobra arriesgada. El día 12, justo cuando las fuerzas de la OTAN entraban desde el sur para aplicar el plan de paz, llegaron noticias de que las fuerzas rusas habían entrado por sorpresa desde el norte. El comandante supremo de las fuerzas aliadas en Europa ordenó llegar al

aeropuerto de Pristina antes de que fuera capturado por Rusia, pero ya era demasiado tarde. Varias unidades de la Fuerza para Kosovo (KFOR) se desplegaron a unas decenas de metros del contingente ruso. Al mismo tiempo, seis aviones rusos de transporte, con unos mil soldados a bordo, despegaron de Moscú con destino a Yugoslavia. El Pentágono convenció a Hungría, Bulgaria y Rumania de prohibir sobrevolar su territorio. Moscú pidió a Bucarest que hiciera caso omiso, pero el gobierno rumano amenazó con disparar a los aviones rusos. Fue una segunda humillación, no obstante, hasta 2003, Rusia consiguió estacionar hasta 3600 soldados en Kosovo.

El 16 de agosto, Vladímir Putin fue investido primer ministro por la Duma. De inmediato lanzó una campaña masiva de bombardeos aéreos en Chechenia.

En 2007, el plan de la ONU de «independencia supervisada» para la provincia serbia fue rechazado por Belgrado y por Moscú. Los países occidentales decidieron entonces reconocer la independencia declarada por Pristina el 17 de febrero de 2008. Esto causó consternación en Pekín, donde ya imaginaban que la decisión podría servir de precedente para una declaración de independencia en Taiwán o incluso para la secesión de varios territorios chinos. Unos meses después, Rusia lanzó una operación militar contra Georgia.

***

Ni Moscú ni Pekín han olvidado la guerra de Kosovo ni el bombardeo de Belgrado. Una capital que encarna el antiguo mundo comunista, así como la ortodoxia eslava (para Rusia) y la no alineación (para China). ¿Y cómo interpretaron todo esto los chinos y los rusos? Pues tuvieron claro que: Occidente no dudará en emplear la fuerza si sirve a sus intereses, incluso sin la aprobación de la ONU; que las fronteras pueden redibujarse a voluntad; que ningún régimen está a salvo —«¿Belgrado hoy, Moscú o Pekín mañana?». Cualquier líder juzgado en el lado equivocado de la historia podría verse entre rejas—; y que deberían armarse de forma masiva para enfrentarse a Estados Unidos.

Para ambos países, 1999 fue un impacto tanto político como militar. «No fue solo un giro de 180º sobre el Atlántico. Fue un verdadero cambio de rumbo de la política exterior rusa hacia la protección de un orden mundial civilizado, basado en el derecho internacional, así como en la protección de sus intereses nacionales tras un largo periodo de incertidumbre», se afirma hoy en Moscú.[2] Para muchas personas de Occidente, lo que sucedió en Serbia y

Kosovo pertenece al pasado. Pero no para ellos. En 2016, Vladímir Putin dijo: «Allí es donde empezó todo»[3] . El 21 de febrero de 2022, se refirió a Kosovo para justificar el reconocimiento de las autoproclamadas repúblicas del Donbás. Tres días más tarde, volvió a citar la Operación Fuerza Aliada como la primera gran traición de Occidente y desde entonces continúa refiriéndose a Kosovo para justificar la secesión de territorios georgianos y ucranianos. Pekín, por su parte, sigue afirmando hoy que «el pueblo chino nunca olvidará esa bárbara atrocidad»[4] . En 2023, China inauguró un enorme centro cultural chino en el emplazamiento de su antigua embajada, uno de los más grandes de Europa.

Estos acontecimientos tuvieron lugar diez años después de 1989, el *annus horribilis* para las dictaduras, que vio temblar a China y derrumbarse el Pacto de Varsovia. Sabemos que Vladímir Putin, entonces destinado en Dresde, se estremeció con la revuelta de Alemania del Este; lo mismo le ocurrió a Xi Jinping, entonces un modesto funcionario del Partido Comunista, que trabajaba en la provincia de Fujian, durante los sucesos de la plaza de Tiananmen.

Los neoimperios contemporáneos están obsesionados no solo con la pérdida de su grandeza, sino también con varios traumas históricos en los que Occidente siempre es el culpable. Para Irán, fue la operación angloamericana Ajax de 1953. Para Turquía, el intento de golpe de estado de 2016. Y así sucesivamente. A menudo con sinceridad, aunque no sin exageración. Pero sin importar la realidad de los hechos, se trata de mitos fundacionales.

---

[1]. Citado en John Bull, (13 de abril de 2018). «Pristina: An Airport Too Far». *Medium*.

[2]. Mijail Ulianov, (@Amb_Oulyanov). (25 de marzo de 2021). X (antes Twitter).

[3]. «Владимир Путин ответил на вопросы журналистов [Vladímir Putin respondió a las preguntas de los periodistas]». (16 de octubre de 2016). Sitio web de la presidencia rusa.

[4]. Amber Wang, (6 de mayo de 2022). «Ukraine War: China Invokes 1999 Belgrade Embassy in Attack on Nato Expansion». *South China Morning Post*.

1
Zeintenwende: El gran punto de inflexión

«Hay pocas generaciones que no hayan tenido la impresión de vivir una “crisis” o incluso de encontrarse en un “punto de inflexión”. Desde el siglo XVI, sería difícil encontrar una generación que creyera vivir en un periodo estable», afirma Raymond Aron.[5]

Esto relativiza la percepción general de una crisis permanente: la «permacrisis», propuesta para 2023 por el diccionario de referencia británico Collins, o la «policrisis», tan querida por Edgar Morin y ahora por los organizadores del Foro de Davos. Es cierto que estos primeros veinte años del siglo ya nos dan vértigo. En ellos se han superpuesto crisis sanitarias, económicas, energéticas, militares y climáticas, por no hablar de la crisis política de unas democracias que se inclinan cada vez más hacia los populismos. Estas crisis están entrelazadas y son interdependientes: la cuestión climática es inseparable de nuestras opciones energéticas, que han sido puestas a prueba por la guerra de Ucrania; la crisis sanitaria, además de sus efectos devastadores sobre las economías, ha agudizado las tensiones geopolíticas entre Occidente y China.

Hace apenas un par de años, algunos llegaron a pensar que era buena idea evocar un mundo «posterior» a la COVID-19. La pandemia pondría fin a la urbanización del planeta, el teletrabajo se generalizaría, el transporte aéreo estaría condenado, el turismo de larga distancia pasaría de moda y a China le iría mejor que a nadie gracias a su política de «COVID cero». Pero el mundo sigue siendo el mismo, solo que humana y económicamente más débil. Nuestros años veinte no se parecen ni a los locos años veinte de Europa ni a los locos años veinte de EE.UU. del siglo pasado.

Sería igualmente inútil imaginar que el mundo cambiará por completo tras la guerra de Ucrania. Las grandes líneas de la geopolítica contemporánea ya estaban trazadas antes del 24 de febrero de 2022. Aunque a veces se producen puntos de inflexión históricos. A finales de los años setenta: la normalización de las relaciones chino-estadounidenses y la apertura de China; la revolución conservadora en Estados Unidos y el Reino Unido, el viaje de Juan Pablo II a Polonia;

el ascenso al poder político de las fuerzas religiosas en el mundo musulmán, así como en Estados Unidos e Israel; por no hablar de la invasión de Vietnam, que supuso el regreso de la palabra geopolítica a los medios de comunicación franceses. La década de los noventa fue testigo de la brutal represión en la Plaza de Tiananmen, del colapso de la Unión Soviética, del renacimiento del nacionalismo serbio con las guerras en Yugoslavia y de la invasión de Kuwait. A principios de este siglo asistimos a: la guerra de Kosovo, al ascenso al poder de Vladímir Putin, que llevó al inicio de la segunda guerra de Chechenia, y al 11 de septiembre, con las guerras de Afganistán e Irak.

En cuanto a la década de 2010, marcó el rumbo de nuestro mundo. Fue el punto álgido de la globalización económica y financiera: la relación entre el comercio y el producto interior bruto (PIB), y la relación entre la inversión extranjera directa y el PIB, alcanzaron su máximo nivel a finales de la década de 2000 y no han dejado de disminuir desde entonces, mientras que las medidas proteccionistas se multiplicaron bajo el impacto de las crisis financieras. Fue también el inicio de la radicalización de las potencias mundiales, con el regreso de Vladímir Putin a la presidencia rusa, el nombramiento de Xi Jinping como primer secretario del Partido Comunista Chino y la instauración del régimen autoritario de Recep Tayyip Erdoğan. Mientras, el mundo árabe se convulsionaba y comenzaba la crisis de las democracias. Porque también fue la época del apogeo democrático. Mientras que en 2012 el 54% de la población mundial vivía en un país libre, ahora la proporción es de solo el 28%. Y, de 42 democracias libres, solo quedan 32 una década después. El número de países autoritarios iguala ahora al de países democráticos. [6] En 1990, los países no libres representaban el 12% de la economía mundial; hoy, representan un tercio, como a principios de los años treinta. Por primera vez en más de un siglo, las democracias representan menos de la mitad del PIB mundial.[7] El populismo aumenta en todos los continentes y se ha alcanzado el punto de inflexión de la democracia antiliberal. La era de las barreras a la libre circulación de todo —mercancías, capitales, personas— ha comenzado.

El llamado orden internacional liberal está siendo cuestionado desde todos los frentes. Moscú y Pekín vetan con regularidad al Consejo de Seguridad de la ONU y desafían las normas de la Organización Mundial del Comercio (OMC), la Organización para la Prohibición de las Armas Químicas (OPAQ) y la Convención de la ONU sobre el Derecho del Mar (CNUDM). Las potencias emergentes cuestionan, no sin razón, el funcionamiento de las instituciones de la

posguerra: el Consejo de Seguridad, el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial. Los estados revisionistas cuestionan todo el orden de 1945. EE.UU., por su parte, sigue mostrándose reacio a adherirse a algunos de los nuevos instrumentos del orden internacional (UNCLOS, Tratado de Prohibición Completa de los Ensayos Nucleares, Tribunal Penal Internacional, etc.); presta menos atención que otros estados occidentales al cumplimiento de la Carta de las Naciones Unidas; y no está exento de impulsos nacionalistas, como hemos visto en los años de Bush y Trump, en particular, pero también con Joe Biden, en forma de un nuevo proteccionismo económico.

El comienzo de la década de 2020 va camino de encarnar otro de estos puntos de inflexión geopolítica, aunque solo podamos estar seguros de ello en retrospectiva. Hay una serie de acontecimientos claves que apuntan al primero de ellos: la guerra de Ucrania y la transformación de Rusia en un Estado casi fascista; el inicio del declive demográfico de China, adelantada por India, en paralelo a la consolidación del poder de Xi Jinping en el XX Congreso del Partido Comunista; el advenimiento del siglo de Asia en términos económicos, con una producción que ya supera a la del resto del mundo; la disolución de la globalización chino-céntrica; y, por último, la aceleración de la transición energética, que se estima que durará entre cinco y diez años.[8] Los dos focos principales son Ucrania y Taiwán.

Nos preparamos para una guerra de los mundos, una guerra que enfrentará a dos familias ampliadas, más que a dos bloques militares y económicos. ¿Estamos en la década de 1910 —en vísperas del gran choque de imperios— o en la de 1930 —frente al auge de los totalitarismos agresivos— o más bien en la de 1950 —al comienzo de una nueva forma de Guerra Fría—? ¿Es posible un verdadero conflicto mundial? ¿Pueden los países occidentales resistir los choques estratégicos de este principio de siglo? Y si se llega a la guerra, ¿quién prevalecerá?

---

[5]. Raymond Aron, (1967). *Les Étapes de la pensée sociologique*. Gallimard, p. 309.

[6]. V-Dem Institute (marzo de 2023). «Democracy Report 2023: Defiance in the Face of Autocratization». University of Gothenburg.

[7]. Yascha Mounk y Roberto Stefan Foa (16 de abril de 2018 y mayo-junio de 2018). «The End of the Democratic Century: Autocracy's Global Ascendance». *Foreign Affairs*.

[8]. «War and Subsidies Have Turbocharged the Green Transition». (13 de febrero de 2023). *The Economist*.

2
Contragolpe: La primavera del nacionalismo

Los orígenes de la reacción representada en el resurgimiento del nacionalismo pueden definirse como una triple reacción: contra la globalización, la occidentalización y la modernización.

La liberalización del comercio, principio fundador de la globalización, se considera ahora un mal. Destruiría empleos y acentuaría las desigualdades. Crearía dependencias anormales para los países occidentales —como hemos visto en tiempos de crisis en el ámbito de las tierras raras, los semiconductores, la salud y el gas—, pero también para sus adversarios, expuestos a sanciones. Por no hablar de los excesos de las finanzas, cuyos resultados devastadores se vieron en la crisis de 2008 y en la crisis del euro de 2011. Asistimos así a una «corrosión de la globalización» bajo los golpes del nacionalismo.[9] La excesiva liberalización del comercio, impulsada por la búsqueda de bienes de consumo producidos al menor coste posible, también se ve afectada por el desarrollo y la modernización de las sociedades: los métodos de producción requieren menos mano de obra humana.

El triunfo militar y cultural del mundo occidental de los años noventa dio lugar a una reacción violenta en los países emergentes y menos avanzados. Pero también fue la percepción de la debilidad de Occidente lo que, como ya ocurrió a menudo en el pasado, animó a las potencias revisionistas. Si bien China puede haber visto en el «pivote hacia Asia» de la administración Obama el inicio de una competencia sistémica entre ambos países, la debilidad de la misma administración en la gestión de las crisis siria y ucraniana también ha alentado las iniciativas estratégicas de Pekín y Moscú. Del mismo modo que la crisis financiera y monetaria de 2008-2012 suscitó la sensación de que Occidente estaba en declive.

La modernización de las sociedades genera de forma natural su propia reacción. La secularización, la dilución de las identidades y el fomento de la mezcla cultural están creando un malestar que se refleja en una división generacional. Pippa Norris y Ronald Inglehart, dos de los observadores más sagaces de los cambios sociales, explican que el

populismo autoritario es la consecuencia de esta división generacional de valores. Mientras que las generaciones más jóvenes tienden a adoptar valores posmaterialistas —laicismo, libertades individuales, autonomía y diversidad—, las generaciones mayores se sienten cada vez más alienadas y ajenas a sus propios países.[10]

La gran reacción identitaria se extiende por todo el planeta. Se acabó la convergencia de ideas y modelos. Las «guerras culturales globales» han comenzado.[11] La propia naturaleza de Estados como China, Rusia, India, Turquía, Irán y quizá Israel no encaja bien en el universalismo, ni siquiera con la cultura liberal.[12]

Esta reacción se encarna en el renacimiento del nacionalismo, que valora al líder, al orden, a la tradición y a la grandeza por encima de la emancipación, el liberalismo, el progreso y la culpa. En todos los continentes, desde Brasil hasta India pasando por Europa, se quiere «retomar el control», una expresión asociada al Brexit, pero que también empleó Emmanuel Macron. No en vano, las reuniones oficiales en Delhi han abandonado el inglés, que era a la vez la lengua del colonizador y la única lengua universal, en favor del hindi.

El nacionalismo contemporáneo comprende dos grandes variantes que se alimentan mutuamente. El nacionalismo ofensivo, incluso revanchista, que se traduce en un deseo de afirmar el control sobre el territorio nacional para luego expandirse haciendo retroceder las fronteras —en la práctica por la fuerza si no puede hacerlo de derecho —. De Crimea al mar de la China Meridional, pasando por el Mediterráneo oriental y Siria, ¿podemos llegar a hablar de un imperialismo oriental? No sería más absurdo que evocar constantemente un Occidente unitario y conquistador. La otra variante es más defensiva y proteccionista, más común en este mundo occidental: el nacionalismo del aislacionismo encerrado en sí mismo, el nacionalismo de las barreras y del Brexit. Quizá habría que distinguir entre un «nacionalismo populista» (antiprogresismo y antiinmigración) y un «populismo nacionalista» (antiélites y antieuropeo).[13]

Los nacionalismos sufren de hipermnesia. Se nutren de un pasado idealizado e instrumentalizado, que los dirigentes y creadores de opinión se esfuerzan por sacar de entre los muertos y traer a la memoria viva de sus pueblos. «El revisionismo histórico [...] florece allí donde proliferan los regímenes nacionalistas autoritarios y donde las fuerzas políticas esperan instaurarlos».[14] La historia es una fuente de mitos en las sociedades secularizadas o «descomunizadas»: para

crear un nuevo futuro, se necesita un nuevo pasado. Los traumas no resueltos dan lugar a la ira, «una ira ligada al resentimiento hacia el propio pasado», y para los nacionalismos ofensivos la guerra se convierte en «un medio de vengarse de la propia historia, de reescribirla, de liquidar viejas humillaciones».[15]

Reducir el nacionalismo a un virus latente en la ganga ideológica de la Guerra Fría, que espera ser despertado, sería pasar por alto esta dinámica e ignorar el papel personal desempeñado en este proceso por los empresarios de la identidad: Milošević, Tudjman, Putin, Orbán, Modi, Trump, Xi y otros. Los líderes ruso y chino tienen mucho en común a este respecto: «Hijos de la Guerra Fría, ambos proceden de la misma generación. Ambos ascendieron por la escalera de un sistema comunista que moldeó su pensamiento político y su visión del mundo, y ambos sufrieron humillantes reveses», escriben Isabelle Mandraud y Julien Théron.[16]

El retorno de las pasiones

Este fenómeno forma parte de lo que Pierre Hassner denominó la «revancha de las pasiones»[17] . Hassner recordó que los actores de la vida internacional no son monstruos fríos guiados racionalmente por la maximización de sus intereses materiales y que sus acciones dependen de la interacción de estos intereses con las ideas y las pasiones. Coincidía así con su amigo Stanley Hoffman, quien criticaba los análisis de Henry Kissinger y planteaba que «al mapa de las pasiones hay que añadir el de las bases y los recursos».[18] A la vez que recordaba la observación de Raymond Aron de que «quienes creen que los pueblos seguirán sus intereses en vez de sus pasiones no han entendido nada del siglo XX».[19]
Podemos discutir tranquilamente sobre el mapa de las pasiones e intentar distinguirlas de las simples emociones, por un lado, y de las creencias religiosas o espirituales, por otro. Parece más útil volver a los elementos fundamentales como las pasiones «hobbesianas» y las «hegelianas», el miedo y el honor, a las que los clásicos han añadido el lucro y la codicia. Pero también hay que añadir el resentimiento, esa «pasión compuesta» (Hassner) que Nietzsche describió como una cólera ligada a la impotencia ante una pérdida imaginada, dirigida contra los agentes causantes de la supuesta humillación. Las derrotas pasadas, tanto como los fracasos contemporáneos, suscitan una «pasión de venganza»[20] .

Estas pasiones siempre han sido explotadas por los revisionistas. La

diferencia radica en que hoy las pasiones nacionalistas y la religión se vengan de las pasiones universalistas y de la razón, y que la sociedad de la información nos conduce a una «globalización de las emociones» (Ulrich Beck) que domina la expresión pública de muchos gobiernos, empezando por Rusia y China. Es la venganza del *thumos* contra el *nous*.

La reserva ideológica de creencias alimenta la reacción contra la modernidad, cuya manifestación más espectacular fue la aparición de las dos grandes nebulosas yihadistas, Al Qaeda y el Estado Islámico. Alimenta al nacionalismo, que lo explota con diversos grados de sinceridad. Kosovo, Nagorno-Karabaj, Crimea, Judea-Samaria, el monasterio de Tawang en el Himalaya o el templo de Preah Vihear en el sudeste asiático han sido elevados a la categoría de tierras sagradas y ahora son cuestiones políticas candentes. Los sacerdotes ortodoxos declaran la guerra santa, el partido en el poder en Delhi aboga por una India gobernada por hindúes, los recién elegidos miembros del Congreso de Estados Unidos se describen a sí mismos como «nacionalistas cristianos» y, en Israel, el sionismo religioso se ha convertido en la fuerza de gobierno. Jean-François Colosimo nos recuerda que «la religión es, a la vez, el mejor vehículo para el identitarismo —puesto que incluye lo propio y excluye lo ajeno— y la mejor palanca para la movilización —porque maximiza la guerra y eterniza el sacrificio—. El espectro imperial de antaño es la forma política espontánea de esta reconstrucción basada en la voluntad de poder».[21] Añadamos que es particularmente útil, para quienes se aferran a su pasado, en la sublimación del resentimiento: sabemos que, para Nietzsche, el resentimiento está incluso en su origen.

El fin de nuestras ilusiones

Han quedado invalidadas cinco ilusiones de la era posterior a la Guerra Fría.

«La continuación de la globalización es inevitable, porque es buena para todos». Es cierto que ha contribuido, sobre todo en China, a sacar de la pobreza a cientos de millones de personas. Sin embargo, se ha convertido en «un problema tras haber sido una solución».[22]

«El desarrollo debe generar democracia y modernidad: la occidentalización». Esta ilusión fue fomentada por George Kennan, el hombre de la contención, quien creía que el comunismo ya había aportado un progreso innegable a Rusia y que la liberalización de la

Unión Soviética era inevitable. Turquía, India y China confirman el carácter simplista de estas tesis, al igual que los estados del Golfo, Etiopía, Marruecos y Ruanda, cuyos espectaculares éxitos económicos no los han transformado en países nórdicos, por poner solo unos ejemplos. En los países emergentes, el modelo de Singapur siempre ha sido más popular que el sueco.

«El final de la Guerra Fría debe conducir a la pacificación del sistema internacional, a la emergencia de un multilateralismo cooperativo en el que el derecho de veto en el Consejo de Seguridad será un vestigio obsoleto». Hoy, sin embargo, el orden internacional está siendo cuestionado desde todos los frentes. El espíritu de Yalta es más fuerte que el de San Francisco.

«Los estados-nación perderán importancia frente a las instituciones internacionales, las multinacionales y las organizaciones no gubernamentales». Por el contrario, el nacionalismo y el patriotismo están floreciendo bajo la amenaza militar —como en Ucrania y Taiwán—. Y en todos los países modernos, la relación entre el gasto público y el PIB muestra que la preponderancia de la parte de los estados no ha dejado de crecer en los últimos cuarenta años.

«La interdependencia económica promoverá la paz e incluso, para los más optimistas, la democratización». Esta vieja tesis, la «gran ilusión» de los años de la primera década del siglo pasado, sentó las bases de la integración europea, de la *Ostpolitik* (*Wandel durch Annäherung* [‘cambio a través del acercamiento’]), de las relaciones económicas germano-rusas (*Annäherung durch Verflechtung* [‘acercamiento a través de la interdependencia’]) y de la entrada de China en la OMC. Y, como veremos, no es del todo errónea. Aunque parece haber quedado invalidada por el aumento de los conflictos y las tensiones en Europa y Asia.

¿De quién es la culpa?

No es infrecuente culpar a Occidente de todas las desgracias del mundo y esto es cierto, sobre todo, cuando proviene de quienes afirman al mismo tiempo que, ahora, Occidente es impotente. Después de todo, ¿no son tanto la invasión de Ucrania como el 11S, en parte culpa de Occidente?

Como suele decirse con cierta frecuencia, el argumento recuerda a los agresores que acusan a la víctima de llevar una vestimenta demasiado ligera o de tener una actitud provocativa. Nadie niega el

impacto estratégico o psicológico de las grandes intervenciones militares occidentales de los últimos treinta años, sobre todo, en Oriente Medio y Asia Central. Del mismo modo, han dejado huellas los errores de los presidentes estadounidenses —que citaron a Putin en el aeropuerto de Moscú en vez de visitarlo en el Kremlin (Bush, 2006) y describieron a Rusia como una «potencia regional» (Obama, 2014) o acusaron a China de «violar a Estados Unidos [y] cometer el mayor robo de la historia» (Trump, 2016)— y europeos, que continúan dando esperanzas a Turquía de entrar en la Unión Europea.

Sin embargo, una evaluación honesta de las intervenciones militares debería llevarnos a preguntarnos cuál habría sido el impacto de no haber intervenido en Kuwait, Yugoslavia, Afganistán, Irak, Libia o Mali. No obstante, deberíamos ser coherentes: es difícil criticar a Occidente por apoyar a las dictaduras y hacerlo también por derrocarlas. Por último, debería señalar que los regímenes laicos de Oriente Medio, en particular Libia, Siria e Irak, son los principales responsables del desarrollo del terrorismo. Así pues, las faltas (reales o supuestas) de Occidente no legitiman los ataques del yihadismo suní ni del Irán revolucionario, ni tampoco los ciberataques rusos ni el robo de patentes por parte de China. Sería igualmente inapropiado cuestionar los esfuerzos auténticos y sinceros que se han hecho para integrar a la China emergente y a la Rusia resurgente en un sistema internacional cooperativo. La entrada de Pekín en la OMC en 2001 pretendía convertirla en una «accionista responsable» del sistema, como dijo Washington en su momento. Pero Pekín nunca jugó al juego de la apertura recíproca. ¿Qué nos dio a cambio? Una estrategia de invasión progresiva a sus vecinos en contra del derecho internacional (mar de la China Meridional), el confinamiento de los uigures, el sometimiento de Hong Kong, la negativa a esclarecer el origen del SARS-CoV-2 y el recorte de la soberanía de Taiwán. El experto estadounidense Rush Doshi sugiere convincentemente que China ha entrado en la confrontación por voluntad propia, convencida (desde la crisis financiera de 2008) de la inevitabilidad del declive de Occidente.[23] Y el llamamiento de Washington a una competencia responsable apenas encuentra eco en Pekín, donde las líneas de comunicación en tiempos de crisis no siempre están abiertas y la noción de «garantías» propuesta por Estados Unidos ha tenido poco éxito.

En cuanto a Rusia, ¿nos perdimos 1991 como supuestamente nos perdimos 1918?[24] Esta narrativa, muy extendida en Occidente, supone un doble error. En primer lugar, al repetir la tesis, que ya no apoya

ningún historiador serio, de que Versalles fue una humillación deliberada de Alemania y básicamente la raíz del surgimiento del nazismo. En segundo lugar, al sugerir que Rusia no fue tratada con el respeto debido a su rango en 1991. Esto es una reconstrucción de la historia, y si tuviéramos que encontrar una referencia relevante, sería 1815 y no 1918, en este caso Rusia ocuparía el lugar de Francia en aquel momento. Con el añadido de las ayudas que le prestaron y, como muestra, un breve recordatorio: préstamos masivos del FMI, garantías de que no se desplegarían armas nucleares en el este, aceptación de una revisión del Tratado sobre las Fuerzas Armadas Convencionales en Europa (en un sentido favorable a Moscú), integración en el Consejo de Europa, compromiso de no desplegar fuerzas de combate sustanciales en el este de forma permanente, integración en el G7, creación del Consejo OTAN-Rusia, abandono del proyecto de instalar interceptores antimisiles en Polonia, apoyo a la entrada en la OMC, etc. ¿Humillación? ¿De veras?

Por el contrario, el espíritu de la época era tratar a Moscú con consideración y con espíritu integrador. Alemania, que sentía que tenía una doble deuda histórica con Moscú —1945 por la liberación, 1991 por la unificación— quiso ampliar su *Ostpolitik* con la idea del acercamiento a través de la interdependencia (*Annäherung durch Verflechtung*), incluso del gas. Francia, por su parte, llegó a apostar por la venta de buques de guerra a Moscú.

¿Es la ampliación de la OTAN, en realidad, la fuente de todos los temores rusos? En contra de otra opinión muy extendida, nunca se prometió no incorporar a la Alianza Atlántica a los antiguos miembros del Pacto de Varsovia. Moscú critica a Occidente por no respetar lo que considera que era el espíritu del tratado de unificación alemana (1990), en virtud del cual los firmantes se comprometieron a no desplegar fuerzas extranjeras en el territorio de los nuevos *länder*. Pero aparte de que este tratado se respetó al pie de la letra, tuvo lugar en una época en la que aún existían la Unión Soviética y el Pacto de Varsovia. Y ese mismo año, Rusia había suscrito el principio de libre elección de alianzas de la Carta de París. La ampliación fue más un proceso *ad intra* que *ad extra*: fueron los antiguos miembros del Pacto de Varsovia quienes llamaron a la puerta de la OTAN y no al revés. En cuanto a la idea de que la llegada de nuevos miembros del este ha generado una amenaza militar, ignora el gran desequilibrio de fuerzas que existía a favor de Rusia en la región, al menos hasta la anexión de Crimea. Lo más que podemos admitir es que la paranoia rusa la ha convertido sinceramente en una especie de amenaza mental. El

Pentágono, que ya pensaba en pivotar hacia Asia a principios de los noventa, fue más una fuerza de resistencia que una fuerza motriz en los debates sobre la ampliación. En resumen, no se trataba de un juego de suma cero: en términos militares, la OTAN no sustituyó al Pacto de Varsovia en Europa Oriental.[25] También hay que recordar que la última ampliación que incluyó a un país fronterizo con Rusia tuvo lugar en 2007. Un año en el que, de hecho, el Coro del Ejército Rojo cantó en Evere, sede de la organización transatlántica.

¿Podría haber sido diferente el destino del continente? Hay que recordar el contexto de la época: dejar un vacío en el corazón de Europa habría supuesto correr el riesgo de renacionalizar las políticas de defensa, de una vuelta a las rivalidades de poder y, en última instancia, podría haber convertido a los estados de Europa Central y Oriental en presa de Rusia. También hay que recordar el deterioro del contexto ruso: intentos de golpe de estado, inicio de una guerra en Chechenia, etc. Sobre todo, es importante comprender que el deseo permanente, desde los años cincuenta hasta hoy, de una nueva arquitectura de seguridad en Europa refleja el deseo de Rusia de tener una esfera de influencia privilegiada en el continente. Aparte de que el control del eje Báltico-Mar Negro siempre ha sido motivo de preocupación para Moscú, la idea de que Polonia y los países bálticos volvieran a formar parte de la familia occidental le resultaba insoportable. Sin duda, Moscú habría preferido la «soberanía limitada» de la época de Brézhnev. Ya a mediados de la década de los noventa, los dirigentes rusos veían la recién creada Comunidad de Estados Independientes como una entidad dominada por Moscú y a Rusia como la potencia guardiana de todos los «extranjeros próximos».

En otras palabras, los países liberados querían acercarse a Europa y Estados Unidos, y Rusia no podía soportar la idea de dejar de controlarlos. Moscú quería Europa sin Estados Unidos: una arquitectura de seguridad de Lisboa a Vladivostok en vez de una seguridad colectiva de Vancouver a Vladivostok. «Dad Europa a Rusia», dijo Yeltsin a Clinton.[26] Acceder a los deseos de Rusia no solo habría sido inmoral, sino que habría ido en contra de nuestros intereses a largo plazo.

Es cierto que la ampliación de las instituciones occidentales puede haber contribuido al renacimiento del imperialismo ruso, pero convertirla en el factor determinante y esencial no cuadra. Si seguimos el esquema teórico propuesto por el politólogo Alexander Motyl a principios de siglo, la rapidez del colapso de la Unión Soviética, en particular, en un momento en que su poder seguía siendo significativo

a pesar de su estancamiento económico, sugería que sería sustituida por otra potencia.[27] Por otra parte, mirando en retrospectiva, era probablemente ingenuo pretender modificar en pocos años el ADN político imperial presente desde hace varios siglos.

Son sobre todo las opciones de Rusia y China las que han determinado las nuestras, y la ampliación de estos dos países es más responsable de las tensiones actuales que la de la Alianza Atlántica y la Unión Europea. Las políticas de integración o de reequilibrio han fracasado. La respuesta a la pregunta: «¿Quién ha perdido a Rusia y China?», es «Moscú y Pekín». De hecho, son ellos quienes han «perdido a Occidente»[28] . Quizá, de hecho, la Guerra Fría «nunca terminó» y «los contornos del mundo actual ya estaban trazados tras la Segunda Guerra Mundial, y sobrevivieron al gran punto de inflexión de 1979 y al menos importante de 1989-1991».[29] En 1996, Yevgueni Primakov, entonces ministro de Asuntos Exteriores de Boris Yeltsin, ya promovía la formación de una coalición antihegemónica con Pekín y Teherán. El imperialismo y el mesianismo rusos, y el sentimiento de que China está destinada a dominar Asia y quizás el mundo, son ideas antiguas. Durante treinta años, Rusia, incapaz de soportar su declive, ha estado lamiéndose las heridas, mientras que China se ha dedicado a «ocultar sus talentos y esperar su momento» [韬光养晦 (*tao guang yang hui*)], como dijo Deng Xiaoping. Y los oligarcas rusos se enriquecieron al dispararse el precio de los hidrocarburos y las materias primas, en gran parte debido a la demanda china.

La ceguera de muchos occidentales ante el ascenso al poder de estos dos países e incluso su admiración por ellos, recuerda a la de la clase política británica de los años treinta, bien descrita por Gérard Araud,[30] que nos hace pensar, de forma más metafórica, en la rana colocada en una olla con agua a fuego lento que no se da cuenta de lo que pasa hasta que entra en ebullición. No obstante, habríamos hecho mal si no hubiéramos intentado dar una oportunidad a las relaciones normales con Pekín y Moscú.

---

[9]. Adam S. Posen, (17 de marzo de 2022). «The End of Globalization? What Russia's War in Ukraine Means for the World Economy». *Foreign Affairs*.

[10]. Pippa Norris y Ronald Inglehart, (2019). *Cultural Backlash: Trump, Brexit, and Authoritarian Populism*. Cambridge University Press.

[11]. David Brooks, (8 de abril de 2022). «Globalization Is Over: The Global Culture Wars Have Begun». *The New York Times*.

[12]. Bruno Maçães, (15 de junio de 2020). «The Attack of the Civilisation-State».

Noéma; Tharoor, S. (2 de febrero de 2023). «Civilization-States Are Profoundly Illiberal». *Noéma*.

[13]. Sergio Fabbrini, (2019). *Europe's Future: Decoupling and Reforming*. Cambridge University Press, p. 66.

[14]. Luc Cédelle, (14 de diciembre de 2022). «Le révisionnisme ou les réécritures de l'histoire». *Le Monde*.

[15]. François-Guillaume Lorrain, (5 de enero de 2023). «Frédéric Gros: "L'Ukraine nous fait croire à nouveau à l'Histoire"». *Le Point, 2631*, p. 94.

[16]. Isabelle Mandraud y Julien Théron, (2023). *Le Pacte des autocrates*. Robert Laffont, p. 20.

[17]. Pierre Hassner, (verano de 2005). «La revanche des passions». *Commentaire, 110*.

[18]. Stanley Hoffmann, (30 de julio de 2001). «Yesterdays' Realism». *The American Prospect*.

[19]. Citado en Pierre Hassner, art. cit.

[20]. Étienne de Gail, (2023). *L'Humiliation*. Bouquins, p. 103.

[21]. Aziliz Le Corre, (22 de febrero de 2023). «Jean-Francois Colosimo: "La guerre en Ukraine, un conflit mondialisé qui ne fait que commencer"». *Le Figaro*.

[22]. Antoine Reverchon, (6 de mayo de 2022). «Pourquoi la mondialisation devient un problème après avoir été la solution». *Le Monde*.

[23]. Rush Doshi, (2021). *The Long Game: China's Grand Strategy to Displace American Order*. Oxford University Press, 2021.

[24]. Grégory Rayko y Natalia Rutkevitch, (otoño de 2022). «Poutine ou la course à l'abîme. Entretien avec Hélène Carrère d'Encausse». *Politique internationale*, 177, p. 20.

[25]. Bruno Tertrais, (enero-febrero 2022). «L'élargissement de l'OTAN: ni développement naturel ni erreur historique». *Questions internationales, 111*.

[26]. Mary E. Sarotte, (2021). *Not One Inch: America, Russia, and the Making of the Post-Cold War Order*. Yale University Press, p. 332.

[27]. Alexander J. Motyl, (enero de 1999). «Why Empires Reemerge: Imperial Collapse and Imperial Revival in Comparative Perspective». *Comparative Politics, 31*(2); *Idem* (2001). *Imperial Ends: The Decay, Collapse, and Revival of Empires*. Columbia University Press.

[28]. Michel Duclos, (otoño de 2022). «La guerre en Ukraine: comment la Russie a perdu l'Occident». *Commentaire, 179*.

[29]. Stephen Kotkin, (6 de abril de 2022, mayo-junio de 2022). «The Cold War Never Ended: Ukraine, the China Challenge, and the Revival of the West». *Foreign Affairs*.

[30]. Gérard Araud, (2022). *Histoires diplomatiques*. Grasset, pp. 107, 213.

3
Y el mundo volvió a la normalidad

Bienvenido a un mundo que vuelve a ser «normal»[31] . Un mundo de pasiones contra intereses. Un mundo de competencia multipolar contra compromiso multilateral. Un mundo en el que el equilibrio de poder se está estrechando, lo que en Estados Unidos se conoce como «competencia entre grandes potencias» o «competencia estratégica», y que vuelve a enfrentar a Estados Unidos y sus aliados con Rusia y China. *Juego de Tronos* (2011-2019) en vez de *Friends* (1994-2004). El de la geopolítica frente a la gobernanza mundial: el veto ha vuelto al Consejo de Seguridad de la ONU. Los neoimperios no juegan con las reglas y normas comúnmente aceptadas y, a veces, desarrolladas por ellos mismos: la inviolabilidad de las fronteras, la no proliferación nuclear, el control de armamentos, la libertad de navegación en alta mar, la reciprocidad de los intercambios, etc. Rusia no juega más al ajedrez que China al go.

La revancha de la geopolítica

Si podemos hablar del retorno de la geopolítica, es para significar que las relaciones de poder político territorial entre estados han vuelto a ser los principales determinantes de la vida internacional.

Las relaciones de poder vuelven a ser más importantes que las instituciones y las normas. La geografía sigue siendo primordial: la importancia de los flujos inmateriales no anula la de los territorios, su localización y sus recursos. No podemos entender el lugar de Estados Unidos, China, Rusia o Turquía, ni debatir su futuro, sin mirar un mapa. Los estados no han sido suplantados por instituciones internacionales, ciudades, organizaciones no gubernamentales ni multinacionales. Mientras que las decisiones tomadas por un Elon Musk, un Bill Gates o un George Soros repercuten en la vida de cientos de millones de personas, son los estados los que legislan y deciden sobre la guerra o la paz. El retorno de la geopolítica es, ante todo, el retorno de las relaciones internacionales.

Las opciones políticas e ideológicas priman sobre la racionalidad

económica y financiera y, a veces, también sobre la racionalidad en su conjunto. Solo una visión empobrecida —nos atreveríamos a decir «kissingeriana»— del realismo en las relaciones internacionales puede concederles una importancia secundaria. El poder, el territorio y la narrativa siguen siendo los factores primordiales.[32] El destino de las naciones se sigue decidiendo «a hierro y sangre» (Bismarck) y la espada sigue siendo «el eje del mundo» (de Gaulle), aunque estos equilibrios de poder se desplieguen también en los ámbitos económico y tecnológico, y no se limiten a las grandes potencias: Taiwán y Corea del Sur poseen juntos casi la mitad del mercado de semiconductores y Qatar es el segundo en reservas de gas natural y el primer exportador de gas natural licuado (GNL).

La jungla «hobbesiana» ha vuelto a crecer.[33] Las potencias aprovechan las armas forjadas por la globalización: es la «militarización de la interdependencia»[34] . Estados Unidos y Europa aplican sanciones, mientras Rusia y China recurren al chantaje y la depredación. Pero la competencia geopolítica se extiende también a nuevos ámbitos: la biosfera, los fondos marinos, el ciberespacio y el espacio exterior. También afecta a nuevos campos: los hidrocarburos no convencionales, el GNL, los materiales críticos —una treintena de ellos, incluidas las tierras y los metales raros—. China, junto con Estados Unidos, Brasil, Australia, Rusia, Sudáfrica y la República Democrática del Congo, son hoy los principales productores de estos materiales. Los países occidentales dependen del resto del mundo para obtener los elementos esenciales en la transición energética y que serán en el siglo XXI lo que el petróleo y el gas fueron en el XX. A ello se añaden los semiconductores —a menudo todavía de diseño occidental, pero producidos principalmente en el nordeste asiático—, la inteligencia artificial y la informática cuántica, la biología sintética y la ingeniería genética.

Más inestable, más imprevisible, más peligroso, ¿verdad?

Este mundo no es necesariamente más inestable, más imprevisible ni más peligroso, por emplear expresiones del ámbito estratégico actual. ¿Más inestable? Todos los pilares del sistema internacional se han tambaleado, pero resisten. Las grandes instituciones de 1945 siguen activas y, a pesar del obstruccionismo de algunos miembros, el Consejo de Seguridad aprueba cada año más resoluciones que durante la Guerra Fría. El sistema de alianzas militares occidentales sigue vigente. Los principios de gobernanza de las fronteras siguen siendo

aceptados casi universalmente. Los mecanismos de no proliferación de armas biológicas, químicas y nucleares siguen vigentes. El tabú nuclear no se ha roto.

¿Más imprevisible? «La impresión de estabilidad es casi siempre retrospectiva», según Aron.[35] No, la Guerra Fría no fue estable y tampoco la veían así los actores de la época. Y algunas de las principales tendencias de la década actual ya eran perceptibles hace veinte años: el revanchismo ruso, la emergencia de China, el desplazamiento del centro de gravedad económico del mundo hacia Asia, etc. Los focos de la estrategia estadounidense eran los mismos: Rusia, China, Irán y Corea del Norte. Y muchas de las fuentes de tensión pueden incluso remontarse a los años 1945-1950: Cachemira, la península de Corea, la frontera chino-india, el mar Egeo, las islas Kuriles, la cuestión de Palestina, el estrecho de Taiwán, el Tíbet, etc.

¿Más peligroso? El argumento de que el mundo se está empobreciendo es seductor, pero hay que relativizarlo. Los nacionalistas y populistas tienen un discurso desinhibido y el lenguaje excesivo de Berlusconi, Bolsonaro, Duterte, Erdoğan, Kagame, Kadyrov, Orban, Netanyahu, Putin, Salvini y otros como Trump legitiman e incluso alientan el uso de la fuerza física. El «indicador de paz mundial» lleva disminuyendo desde 2008.[36] El terrorismo ha interrumpido el descenso del número de conflictos que se inició al final de la Guerra Fría. Pero es sobre todo la brecha entre los países «más pacíficos» y los «menos pacíficos» la que se ensancha, y no hay pruebas de un aumento generalizado de la violencia individual o colectiva. La mayoría de los países del mundo registran cada vez menos homicidios, por ejemplo. El número de muertes causadas por el terrorismo ha descendido desde el pico alcanzado a mediados de la década de 2010.[37] Y, a largo plazo, Steven Pinker ha demostrado que la sociedad humana tiende, por el contrario, a ser más pacífica.[38]

Así pues, el fin de las ilusiones de la era posterior a la Guerra Fría no significa el advenimiento de las peores pesadillas de los años noventa. Sería exagerado hablar de una nueva anarquía mundial o de una nueva Edad Media, como se temió en su momento.[39] Por otra parte, la idea del choque de civilizaciones es menos absurda de lo que se nos hizo creer entonces. Es cierto que se produjeron pocos enfrentamientos militares en las líneas de fractura representadas por Samuel Huntington en un mapa bastante tosco. Además, en el mapa se mostraba a Ucrania y Rusia agrupadas en la misma civilización y, en una prueba predictiva espectacularmente fallida de su teoría, Huntington afirmó que «si lo que cuenta es la civilización [...], la

violencia entre ucranianos y rusos es improbable».[40] Pero no estaba mal visto predecir que «en este nuevo mundo, los conflictos más extensos, más importantes y más peligrosos [...] serán entre pueblos pertenecientes a entidades culturales diferentes».[41] ¿Acaso Al Qaeda y el Irán revolucionario no han suscrito explícitamente la tesis del autor? ¿No ha descrito el propio Putin a Rusia como un «Estado civilización»? Huntington describió la «creación por parte de Rusia de un bloque en torno a un centro de gravedad ortodoxo, rodeado por los estados musulmanes colindantes, relativamente débiles, a los cuales dominaría en diversos grados». Y previó la posibilidad de un cisma territorial en [42] Ucrania.

El desencadenamiento de la furia rusa contra Ucrania ha roto tres tabúes en Europa: el de la vuelta de una gran guerra entre estados vecinos, el de la redefinición de fronteras por la fuerza y el de la agitación explícita de la amenaza nuclear. No es «ombliguismo» occidental sugerir que esta guerra, como la de Irak en su momento, es una guerra de transformación, es decir, una guerra cuyo impacto se extiende mucho más allá de la esfera euroatlántica, a través de sus efectos directos sobre la economía y el comercio mundiales, e indirectamente a través de las lecciones que aprenderán las potencias no directamente implicadas.

---

[31]. Robert Kagan, (2008). *The Return of History and the End of Dreams*. Knopf.

[32]. Luuk van Middelaar, (2022). *Le Réveil géopolitique de l'Europe*. Collège de France Éditions, p. 13.

[33]. Robert Kagan, (octubre de 2018). «Welcome to the Jungle». *The Washington Post*.

[34]. Henry Farrell y Abraham L. Newman, (2019). «Weaponized Interdependence: How Global Economic Networks Shape State Coercion». *International Secutity, 44*(1).

[35]. Raymond Aron, *Les Étapes de la pensée sociologique*. Ed. cit., p. 309.

[36]. *Global Peace Index 2022*. Institute for Economics and Peace.

[37]. Base de datos mundial sobre terrorismo. University of Maryland. **www.start.umd.edu/gtd/**.

[38]. Steven Pinker, (2017). *La Part d'ange en nous. Histoire de la violence et de son déclin*. Les Arènes.

[39]. Bruno Tertrais, (2017). *La Revanche de l'histoire* (2.ª ed.). Éditions Odile Jacob.

[40]. Samuel P. Huntington, (1997). *The Clash of Civilisations and the Remaking of World Order*. Touchstone, p. 167.

[41]. *Idem*, p. 28.

[42]. *Idem*, p. 164.

4
Los imperios contraatacan

Los neoimperios están «saliendo de un prolongado letargo y sueñan con un despertar decisivo»[43] . A diferencia de los viejos imperios del mundo occidental, no se han recuperado de su pasado ni han hecho las paces con él. Rusia, China, Turquía e Irán, a los que podemos añadir los que sueñan con un nuevo califato, son imperios heridos, que aún no se han curados de sus heridas. «Estos cuatro estados y sus ambiciones geopolíticas siguen indeleblemente determinados por sus pasados imperiales», escribe el politólogo Jeffrey Mankoff. En cierto modo, nunca se han recuperado del colapso sufrido entre los años 1911-1925.[44] Son estados civilizados, que reivindican una herencia y una tradición prestigiosas. Al igual que India y Egipto; aunque el primero no tiene hoy una estrategia imperial —y sigue siendo mucho más democrático que los demás—, mientras que el segundo no dispone de medios para ello. Invocan el pasado para justificar sus acciones ante sus poblaciones y ante la opinión internacional.

Cada vez recurren más a un discurso espiritual. Jean-François Colosimo hace una brillante descripción de este fenómeno. Según él los neoimperios

> *son todos herederos de una larga y violenta evolución atea o laica que acompañó a la modernidad. Este cambio forzado tuvo el efecto de una apisonadora y los regímenes que surgieron parecen haber llegado al final de su camino. Solo les queda volver a sus raíces. De ahí el hecho de que recurran a los repositorios religiosos ancestrales, porque la religión representa un factor inigualable de inclusión y exclusión, de maximización y movilización. [...] Por eso [Putin] empezó a restaurar los monasterios que los bolcheviques dinamitaron. Y Erdoğan ha decidido restaurar el culto musulmán en Santa Sofía, que Atatürk había convertido en museo. Y Xi Jinping cita a Confucio, cuyos escritos fueron quemados por los Guardias Rojos. Del mismo modo que Modi está inmerso en «hinduizar» la India, con el fin de rechazar cualquier presencia ajena.*[45]

Se trata de regímenes autoritarios, incluso autocráticos. A lo largo de su historia, la Unión Soviética y la China comunista tuvieron con frecuencia un sistema de toma de decisiones colectivo o colegiado. La Rusia y la China contemporáneas, por otra parte, están fascinadas por la forma de gobierno estalinista, incluidos el culto a la personalidad,

las purgas de opositores, etc. Un siglo después de la creación de los partidos comunistas soviético y chino, Stalin y Mao han sido rehabilitados. Sus regímenes se apoyaban en dos pilares: el capitalismo de estado oligárquico —ordenado (bajo la égida del partido) en China y mafioso (bajo la égida de un padrino) en Rusia— y las instituciones de seguridad. Sus herramientas para controlar a la población son cada vez más sofisticadas y la censura de las ideas disidentes o liberales, cada vez más severa.

¿Qué quieren Moscú, Pekín y Teherán? En primer lugar, por supuesto, preservar sus regímenes. En segundo lugar, frustrar a Occidente. Para demonizar a Occidente, dicen estar convencidos de que este —responsable de todas las desgracias del mundo— quiere verlos destruidos y de que durante mucho tiempo ha seguido una política de contención e incluso de cerco hacia ellos. La mera existencia de democracias liberales prósperas se considera una amenaza para sus regímenes. Por ello, están librando una especie de yihad defensiva.[46] Al vengarse de las humillaciones sufridas, quieren recuperar el lugar que consideran que les corresponde. Hoy creen —como pensaba la Unión Soviética— que el tiempo está de su parte y que ha llegado su hora, porque Occidente está en declive. En las series rusas, chinas, iraníes y turcas, gloriosos combatientes frustran los complots estadounidenses.

Como mínimo, quieren esferas de influencia o intereses privilegiados. Para Moscú, esto significa el este y el sur (no siempre fue así: tras la conquista de Oriente, Pedro I quiso «coger a Colón por el pescuezo» y las agencias de comercio rusas se extendieron hasta San Francisco, cuyas huellas aún son visibles en el barrio Russian Hill).[47] Y aún más lejos: en Oriente Medio y los Balcanes, Rusia se ve sin duda como el nuevo protector de los cristianos ortodoxos. Para Pekín, el control de su entorno marítimo inmediato es prioritario: la «lengua de vaca» del mar de la China Meridional y las «tres cadenas de islas» del Pacífico occidental. Mientras Turquía, guardiana de los estrechos del Mar Negro y dueña de la torre de agua de Anatolia, pretende extender su influencia al suroeste (Mediterráneo), sureste (Siria) y nordeste (Cáucaso).

Sin embargo, en la última década también han afirmado sus ambiciones ideológicas. Y, aunque afirman suscribir las normas democráticas, se oponen tanto a la occidentalización como al universalismo. Rusia se afirma como campeona del antiliberalismo y, bajo el pretexto de su papel de guardiana de los llamados valores tradicionales europeos, de un conservadurismo que raya en lo

reaccionario. Su rivalidad con Estados Unidos es también la de dos mesianismos y dos modelos que celebran la diversidad: «A lo largo del milenio, Rusia ha desarrollado una cultura única de interacción con todas las religiones del mundo», afirma Putin.[48] Moscú considera que las instituciones multilaterales están «al servicio de Estados Unidos» y acusa a la Secretaría de la ONU de «promover conceptos neoliberales».[49] China, por su parte, ha vuelto a situar el ideal comunista en el centro de su proyecto político. Para ellos, se trata, como mínimo, de reformar las instituciones y, como máximo, de subvertirlas, con el fin de ocupar una posición central y dominante en el escenario global. Turquía, por su parte, promueve una forma de islamismo político próxima a la ideología de los Hermanos Musulmanes, mientras que Irán sigue queriendo exportar su revolución. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurría durante la Guerra Fría, ninguno de estos regímenes pretende realmente tener un proyecto universalista. Más bien, en una inversión de la fórmula «wilsoniana», intentan crear un mundo seguro para las autocracias. China exporta sus tecnologías de vigilancia a una docena de países.

La conquista de imperios

Para ello, hacen caso omiso de las normas comúnmente aceptadas: invasiones, anexiones de tierras, construcción de islas artificiales en zonas disputadas en el mar, ciberataques, sabotajes, provocaciones militares, confusión entre actores públicos y privados, pero también se toman libertades con las normas internacionales sobre corrupción o medio ambiente. Invierten en instituciones, desde la ONU a la Corte Internacional de Justicia (CIJ), para ganar influencia, pero también para subvertirlas: bloquean las decisiones que los afectan o, de un modo aún más inteligente, influyen en la elaboración de las normas internacionales. China se convirtió en el segundo mayor contribuyente a las operaciones de mantenimiento de la paz de la ONU (en 2016) y al presupuesto operativo de la organización (en 2019). Desde principios de la década de 2010, ha superado al Banco Mundial como principal acreedor de los países de renta baja. Mientras Rusia es una potencia perturbadora, China intenta rehacer el mundo, si no a su imagen, al menos a su gusto, con mucha paciencia. Sin embargo, en general prefieren la fuerza a la ley, y se les da mejor el poder duro que el blando.[50] Sus armas residen en la militarización de los flujos: hidrocarburos, cadenas de valor, refugiados, datos. Todos conocemos las agresivas estrategias empleadas por ambas potencias para manipular la información: la inversión en acusaciones alcanza nuevas

cotas inimaginadas —el Partido Comunista Chino acusa a Estados Unidos de ser responsable del COVID-19— y las mentiras descaradas no conocen límites —el Kremlin habla de laboratorios biológicos con fines militares en Ucrania—. El objetivo permanente es reforzar su posición política en la opinión mundial, dividir a Occidente y dar crédito a la idea de su decadencia. Y han alcanzado cierto éxito, en todos los continentes.

Reivindicando la unidad de los pueblos ruso o chino, o la amistad natural entre pueblos eslavos, túrquicos o chiíes, hacen retroceder las fronteras, primero, mediante su retórica y, luego, en la práctica. Vladímir Putin afirma que las fronteras de su país «no están en ninguna parte». Rusia ha decidido establecer su presencia a largo plazo en Abjasia, Osetia del Sur, Crimea y el Donbás, y distribuye pasaportes rusos en todos estos lugares. Putin proclama la «unidad histórica de rusos y ucranianos». Moscú consolida su presencia en Siria y abre una nueva base militar en Latakia. China practica una excesiva recuperación de tierras en islotes disputados en el mar de la China Meridional, que considera un lago interior de su propiedad, y abre sus primeras bases militares en el extranjero, en Yibuti y Tayikistán, mientras, sin duda, espera hacer lo mismo en el Pacífico. Irán extiende su influencia hacia Irak, Siria y Yemen —hasta el punto de reclamar el control de tres capitales—, así como de los territorios palestinos. Recep Tayyip Erdoğan alude al carácter injusto de los tratados que delimitaron el territorio de Turquía en su nacimiento, evoca las «fronteras del corazón», establece un protectorado *de facto* en el norte de Siria, envía sus barcos de exploración a aguas griegas o chipriotas y proclama junto a su homólogo azerbaiyano que los dos estados forman «un solo pueblo».

Imperios depredadores

El despliegue de las estrategias neoimperiales suele ser una cuestión de simples transacciones —inversión en infraestructuras, explotación de recursos, compra de tierras cultivables—, aunque los acuerdos alcanzados impliquen a veces prácticas mafiosas, como en el caso de Rusia en África, que paga el pato a cambio de la protección de los gobiernos por sus milicias. También puede ser una cuestión de seducción, como demuestra la diplomacia cultural o sanitaria de China, que en su día se presentó como salvadora del planeta distribuyendo mascarillas y respiradores por doquier, tal vez para ocultar mejor su responsabilidad en el origen de la pandemia.

Como hemos dicho, China y Rusia, al igual que Estados Unidos y Europa, aprovechan las dependencias creadas por la globalización como armas. Los neoimperios no tienen el monopolio de la coerción económica. Pero mientras que las sanciones occidentales suelen emplearse para condenar comportamientos que contravienen las normas internacionales, Moscú y Pekín recurren a la coerción únicamente para sus propios intereses nacionales. En 2010, China interrumpió el suministro de tierras raras a Japón con el pretexto de que la marina nipona había abordado un barco chino en aguas disputadas, y dejó de importar salmón de Noruega para quejarse de la concesión del Premio Nobel de la Paz a Liu Xiaobo. Lo mismo ocurrió en 2014 con los plátanos procedentes de Filipinas, a raíz de la disputa marítima entre Pekín y Manila. Durante la crisis sanitaria, vimos a uno u otro de estos países distribuir sus vacunas (poco eficaces) o intentar imponer su uso, en varios países africanos a cambio de compensaciones políticas. Hoy, Rusia amenaza con cortar el suministro de gas o cereales a cualquier país europeo o africano que no le apoye en su aventura ucraniana.

La depredación pura y simple de los recursos es también un método perfeccionado por Rusia en Siria (petróleo, fosfatos), República Centroafricana (oro, diamantes) y Ucrania (minerales, cereales). En el continente africano, las milicias del Grupo Wagner garantizan la seguridad de los regímenes saqueando descaradamente los recursos nacionales, con cierta eficacia: «la ONU hace fotos, Rusia mata».[51] Turquía, por su parte, lleva varios años inmersa en una campaña de prospección de gas en las zonas económicas exclusivas de Grecia y Chipre.

Rusia y China son los dos mayores exportadores de fertilizantes y ya tienen capacidad para causar trastornos en la producción agrícola mundial. Pero es sobre todo el riesgo de captar los recursos necesarios para la transición energética y la descarbonización lo que debe llamar nuestra atención. Pekín y, ahora, Moscú, pretenden hacerse con el control directo o indirecto de una parte cada vez mayor de estos recursos: cobalto (cuyas principales reservas probadas se encuentran en la República Democrática del Congo y Australia), cobre (Chile, Australia, Perú), litio (Chile, Australia, Argentina), níquel (Australia, Indonesia, Brasil) y tierras raras (Vietnam, Brasil).[52] * China ya posee partes clave de las cadenas mundiales de suministro de minerales y tierras raras.[53] Por ejemplo, aunque más de la mitad del litio mundial se produce en Australia, Talison Lithium (que abarca una quinta parte del mercado mundial) está controlada en gran parte por… el grupo

chino Chengdu Tianqi. Ocupa una posición dominante en el sector de los metales eléctricos, que desempeñan un papel fundamental en las tecnologías de almacenamiento de energía. Es el principal productor de imanes de tierras raras y controla en gran medida su cadena de valor. En cuanto a Rusia, en África y en otros lugares se escuda en el anticolonialismo para hacerse con los materiales que Europa necesitará, creando así nuevas dependencias. Se aprovecha de «el disfraz de la historia para consolidar su papel en la industria del futuro impulsada por el clima».[54]

La depredación de los recursos físicos va acompañada de la de los intelectuales —Pekín saquea sin pudor los conocimientos científicos y tecnológicos de los estados occidentales— y también, por desgracia, de la de los recursos humanos —Moscú ha conseguido aumentar un poco (de forma artificial) su menguante población gracias a la distribución de pasaportes en los territorios ocupados y mediante la anexión pura y simple, por no hablar del traslado forzoso de poblaciones y... el secuestro de niños—.

---

[43]. Bernard-Henri Lévy, (2018). *L'Empire et les Cinq Rois*. Grasset.

[44]. Jeffrey Mankoff, (2022). *Empires of Eurasia: How Imperial Legacies Shape International Security*. Yale University Press, p. 3.

[45]. Alexandre Devecchio y Raphaël Pinault, (18 de noviembre de 2022). «Giuliano da Empoli et Jean-François Colosimo: "Jusqu'où ira Vladímir Poutine?"». *Le Figaro*.

[46]. Luc de Barochez, (10 de noviembre de 2022). «Guerre en Ukraine: quand Poutine s'inspire de Ben Laden». *Le Point*.

[47]. François Forestier, (27 de octubre de 2022). «Russie, 1662: à la conquête de l'Est». *L'Obs*.

[48]. Club Internacional de Debate Valdai, 19.ª reunión anual (27 de octubre de 2022).

[49]. Carrie Nooten, (25 de abril de 2023). «À l'ONU, la Russie et les Occidentaux s'affrontent sur le multilatéralisme». *Le Monde*.

[50]. Christopher Walker y Jessica Ludwig, (16 de noviembre de 2017). «The Meaning of Sharp Power: How Authoritarian States Project Influence». *Foreign Affairs*.

[51]. Roger Cohen, (24 diciembre 2022). «Putin Wants Fealty, and He's Found It in Africa». *The New York Times*.

[52] * *N. del A.:* Los metales raros existen en pequeñas cantidades en la naturaleza, pero no existe un criterio universalmente reconocido para definir su rareza. Los metales cuyo contenido en la corteza terrestre es inferior a una parte por millón pueden calificarse de muy raros: metales preciosos (plata, oro y los seis platinoides), antimonio, indio y selenio.

Los **metales eléctricos** desempeñan un papel esencial en la fabricación de

acumuladores (cobalto, grafito, litio, manganeso).

Las **tierras raras** son esenciales para la economía moderna por sus propiedades electromecánicas. Su extracción es costosa: escandio, itrio y los quince lantánidos. Los imanes de tierras raras (neodimio, samario-cobalto) son especialmente importantes: se emplean en coches eléctricos, turbinas eólicas, teléfonos inteligentes, aviones y satélites.

La lista de **materiales críticos** depende de decisiones políticas, económicas y tecnológicas. En la actualidad EE.UU. incluye 50 en su lista y la Unión Europea, 34.

53. Luc Leruth *et al*. (Agosto de 2022). «Green Energy Depends on Critical Minerals: Who Controls the Supply Chains?». *Working Paper* 22-12, Peterson International Economic Institute.

54. Olivia Lazard, (14 de junio de 2022). «Russia’s Lesser-Known Intentions in Ukraine». Carnegie Europe.

5
La venganza de Putin

El régimen ruso es una síntesis casi perfecta de zarismo y estalinismo, apoyado por la Iglesia, con un barniz ideológico que poco disimula su naturaleza fundamentalmente cleptocrática y mafiosa. Hablar de una alianza entre oligarcas y siloviki (miembros de las instituciones de seguridad) omite una dimensión esencial del poder moderno en Rusia: la importancia estructural del crimen organizado en funcionamiento. Vadim Volkov distingue dos estratos o, más bien, dos tipos de bandas.[55] Por un lado, los «ladrones», que salieron de las cárceles y los campos de concentración y dominaron hasta 1991. Estas mafias habían construido durante mucho tiempo un sistema paralelo en el que reinaba un código de honor basado en la tradición cristiana. Todavía se encuentran en el Extremo Oriente y en el sur del país (Krasnodar), pero ahora han sido superadas por los «bandidos», que surgieron al desintegrarse el Estado, después de 1991. Sin ley, solo adoran el dinero y el poder. San Petersburgo —de donde surgió Vladímir Putin— fue el crisol. Este sistema mafioso redobla la verticalidad del poder, en todos los niveles, hay que pagar tributo al escalón superior a cambio de su protección.

Una autocracia paranoica, violenta y mesiánica

El ADN político de Rusia es el de una autocracia paranoica. «El Estado debe ser monolítico y compacto, porque el enemigo encontrará la forma de colarse por la más mínima grieta».[56] Hay que recordar siempre hasta qué punto el país ha estado marcado por el yugo tártaro-mongol, en el que «el pueblo es esclavo y la Iglesia, una sierva».[57] La esclavización de la población, literalmente bajo el imperio y figuradamente bajo el comunismo, forma parte de una larga tradición. Para comprender el país, es mejor leer a Custine que a Voltaire, a pesar de los excesos del primero quien, en sus *Cartas de Rusia*, se refiere al pueblo ruso como «el amor del rebaño por el pastor que lo alimenta para matarlo».[58]

Si considerásemos a Rusia como una potencia europea más, estaríamos olvidando cuatro elementos estructurantes de su

personalidad estratégica.

En primer lugar, por supuesto, su carácter imperial. «Incluso hoy en día, no existe el concepto de nación rusa: los rusos cuando piensan en sí mismos lo hacen en un imperio. La idea de que una nación es el deseo de vivir juntos les resulta ajena. El imperio asegura su cohesión mediante "grapas", es decir, no se basa en instituciones, sino en coacciones», afirma Françoise Thom.[59] Un imperio es intrínsecamente imperialista: Rusia está obligada a crecer o a marchitarse, según Catalina II. Pero la expansión crea un problema de seguridad ontológica. La amenaza puede venir de Oriente, pero sobre todo de Occidente. El país debe protegerse contra la invasión recurrente de su territorio. Hay que encerrar al pueblo para protegerlo del contagio de las ideas occidentales. Sin embargo, esta auténtica paranoia ha sido explotada. La amenaza primero se exagera y, luego, se inventa. ¿Con mentiras? Desde luego, pero como decía Balzac en *Las ilusiones perdidas*: «A fuerza de repetirse, un hombre acaba por creer lo que dice».

En segundo lugar, la violencia, cuyas formas contemporáneas ya se han mencionado. Sin caer en el «asiatismo», se puede argumentar que esto es en parte el resultado de la herencia tártara y mongola de Rusia. Como ha escrito François Heisbourg, el poder ruso sigue estando «más cerca de Gengis Kan que de la Ilustración».[60] La especialista Céline Marangé explica que «la cultura política [nacional], históricamente muy alejada de la nuestra, sigue marcada por la experiencia repetida de una violencia sin precedentes».[61] Esta violencia es a la vez heredada y practicada dentro de las instituciones (el 10% de los rusos dicen haber sido objeto de torturas policiales o de seguridad)[62] y fuera de ellas (bandas y delincuencia organizada). La violencia empleada es el resultado de la violencia sufrida. Françoise Thom explica que «los rusos comparten la pasión por la dominación y la humillación de los demás, porque ellos mismos están esclavizados y odian a los pueblos libres».[63] Como escribió Custine:

> *En el corazón del pueblo ruso fermentaba una ambición desordenada, inmensa, una de esas ambiciones que solo pueden germinar en el alma de los oprimidos y alimentarse con la desgracia de toda una nación. Esta nación, esencialmente conquistadora, ávida a fuerza de privaciones, expía de antemano la esperanza de ejercer su tiranía sobre los demás mediante una sumisión envilecida; la gloria y la riqueza que espera le distraen de la vergüenza que sufre, y, para lavar el impío sacrificio de toda libertad pública y personal, el esclavo, de rodillas, sueña con la dominación del mundo.*[64]

Del mismo modo, Máximo Gorki, citando a Dostoyevski, se refirió a

los dos males rusos: «la violencia sádica de un nihilista que ha perdido toda confianza en el mundo y su opuesto exacto, el masoquismo de una criatura oprimida».[65]

En tercer lugar, el resentimiento. El escritor Iegor Gran dedica muchas buenas páginas al concepto de «justa verdad histórica», el sentimiento de las injusticias cometidas contra Rusia: Europa no está agradecida a Rusia por protegerla de los mongoles, Estados Unidos robó a Moscú en 1867, la posesión de Europa del Este es un tributo natural al sacrificio de 1941-1945.[66]

El cuarto elemento es el mesianismo, que se basa en el mito de la Tercera Roma (desarrollado por el monje Filoteo en el siglo XV, bajo el reinado de Iván el Terrible). Rusia se veía a sí misma como un «katechon», un baluarte contra el Anticristo. Un mesianismo encarnado en otro tiempo por la Internacional Comunista —a su vez considerada diabólica por los grupos evangélicos estadounidenses— y revivido por los ultranacionalistas. Se dice que Rusia es un «antimundo».[67] El Kremlin retoma una tesis muy querida por Dostoyevski, según la cual su misión es salvaguardar los valores morales y preservarlos de la corrupción occidental. Sin embargo, presentarse como la encarnación del conservadurismo europeo con una tasa de abortos superior a la de Estados Unidos, un tercio de los hogares formados por madres solteras y una práctica religiosa mediocre a pesar del renacimiento de las creencias, resulta poco convincente.

El resultado es una tragedia:

> *Muchos rusos ven a su país como una potencia providencial, con una civilización distinta y una misión especial en el mundo, pero las capacidades de Rusia no están a la altura de sus aspiraciones, por lo que sus dirigentes han recurrido repetidamente a una hiperconcentración del poder en manos del Estado en un esfuerzo coercitivo por salvar la enorme brecha con Occidente. Pero el intento de construir un Estado fuerte no funciona e inevitablemente se convierte en un régimen personalista. Y la combinación de debilidad y grandeza lleva al autócrata a exacerbar el problema que facilitó su ascenso.*[68]

La elección de Putin: Eurasia y guerra

El gobierno actual se construyó sobre las bases sentadas en la época de Yeltsin: el desarrollo de la oligarquía mediante la venta de las riquezas del país a particulares a precios irrisorios a cambio de su lealtad, la represión en Chechenia, el deseo de controlar el continente y el miedo a que Ucrania se distanciara de Moscú.

Esta obsesión por el control ha sido llevada al extremo por Vladímir Putin, de quien sabemos que quedó traumatizado por el hundimiento del sistema comunista, del que fue testigo desde Dresde, donde el exagente del KGB estaba destinado entonces. En 1989, el destino del sistema comunista estaba en juego: China acababa de sofocar su revuelta estudiantil, mientras que la RDA se mostraba incapaz de hacerlo. Putin tomó nota. Las restricciones a las libertades son cada vez más severas. El sistema de control de Internet, Okulus —el ojo de Moscú—, creado en 2023, vigila ahora de cerca. Pero el gobierno se apoya también en un inmenso resentimiento, exacerbado por el Kremlin del mismo modo que hizo Hitler en los alemanes. El sociólogo Grigori Yudin dice:

> *En la Rusia actual existe un poderoso sentimiento de resentimiento; es uno de los pocos canales a través de los cuales Vladímir Putin conecta con una parte significativa de la sociedad. No todo el mundo comparte sus descabelladas teorías, ni mucho menos, pero conecta con la gente. Y lo que es más importante, él mismo produce este resentimiento, un resentimiento monstruoso e interminable que nada puede aplacar; es imposible imaginar qué podría compensarlo. Esta emoción no permite pensar en establecer ningún tipo de relación productiva con otros países. El caso es similar al de un niño pequeño que se siente profundamente ofendido y hace daño a quienes le rodean. El daño se hace cada vez mayor y llega un momento en que empieza a afectar seriamente la vida de los demás, así como la suya propia. Pero el niño no piensa en eso; no piensa en que debe construir relaciones de alguna manera. Creo que el resentimiento que ha desbordado recientemente a Rusia está en gran parte apoyado por la propia sociedad rusa.*[69]

El filósofo Michel Eltchaninoff describe que la ideología de Putin está asentada sobre cuatro pilares: «neosovietismo, eslavofilia, eurasianismo y conservadurismo».[70] Ha allanado el camino para el fin de la Rusia europea, en consonancia con la evolución natural del país. Como resultado de la geografía, el comercio y las alianzas, Rusia, que era plenamente europea en el siglo XIX, lo fue mucho menos en el XX y lo es aún menos en el XXI. Su centro de gravedad se ha desplazado hacia el este. En honor a Putin, su visión de Rusia siempre ha sido integradora, sin chovinismo ni desprecio por las minorías (algo que lo diferencia de Stalin).

En el exterior, su objetivo es reconstituir una esfera de influencia (o «zonas de interés prioritario», expresión que sustituyó a «extranjero próximo» a finales de la década de 2000), mediante la seducción, la intimidación y, si fuera necesaria, la fuerza. Afirma ser el protector de todos los rusos —los grandes, los blancos y los pequeños— y el defensor del «mundo ruso» (русский мир), probablemente solo bromea a medias cuando dice que las fronteras de su país no están «en

ninguna parte».[71] Ya no estamos en la era de la búsqueda del reconocimiento. Su nuevo objetivo es revanchista. No solo hay que dejar de retroceder, sino que hay que avanzar. Putin tiene «un gran designio: el de ampliar las fronteras del país reuniendo, por diversos medios directos e indirectos, las ancestralmente consideradas "tierras rusas"».[72] Los miembros fantasmas de la Unión Soviética deben entonces ser controlados a través de la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC) y la Unión Económica Euroasiática. Había que resolver el problema europeo. Mediante la intimidación: para ello debía demostrar que Moscú puede hacer lo que le plazca en el continente (casos Skripal y Navalny), y «poner en tela de juicio todo el orden liberal europeo posterior a la Guerra Fría»,[73] bajo la amenaza de invadir Ucrania. En otras palabras, deshacerse de Helsinki —un modelo de seguridad colectiva— y volver a Yalta —un modelo de esferas de influencia—. Para todo ello se ha valido de la desinformación —socavando los cimientos del modelo democrático para debilitar al continente— y también de la seducción —defendiendo el antiliberalismo y los supuestos verdaderos valores europeos—. Presenta la teoría de los dos Occidentes: uno patriótico y cristiano y el otro, «agresivo, cosmopolita y neocolonial», con objeto de atraerlos hacia la Eurasia de la que formarían parte de forma natural.[74] Por último, había que proyectar el poder ruso en las antiguas zonas de influencia de la URSS: en los Balcanes (a menudo bajo el pretexto de defender la ortodoxia y a los cristianos ortodoxos), Oriente Medio, África y América Latina. La nueva política exterior rusa definida en 2023 marca la pauta: entre sus objetivos figuran «eliminar los vestigios del dominio de Estados Unidos y otros Estados hostiles en asuntos mundiales», «neutralizar los intentos de imponer principios ideológicos pseudohumanistas y neoliberales, que conducen a la pérdida de la espiritualidad y de los principios morales tradicionales» y «buscar el dominio mundial en el ámbito militar, proyectando el poder más allá de su esfera de responsabilidad».[75]

Escuchemos lo que dice Dimitri Orechkin, politólogo y geógrafo ruso independiente, sobre Putin en una entrevista con *Desk Russia*: «Su populismo, monismo ideológico, militarismo, unitarismo y desprecio por el derecho formal conducen a una sed insaciable de expansión. Este deseo, irracional y contraproducente desde el punto de vista europeo, es económica y socialmente ineficaz. ¿Y a quién le importa?».[76] Sus armas son el chantaje mediante el petróleo, la manipulación de los flujos de refugiados, los canales y sitios web de noticias (el canal RT tiene mucho éxito en América Latina), las granjas de *trolls*, los ciberataques y, cada vez más, las milicias. Occidente

descubrió a los hombrecillos verdes cuando invadió Ucrania por primera vez. Hoy, el Movimiento Imperial Ruso y su brazo armado, la Legión Imperial, apoyan a los ultranacionalistas serbios, y las milicias de Wagner se despliegan en Libia, Mali, la República Centroafricana, Sudán y Mozambique. Mientras afirma estar rodeada, Rusia teje su red desde África hasta el Ártico.

Y la guerra, por supuesto, a la que Putin recurre cada vez con más frecuencia: Chechenia, Georgia, Siria, Crimea y Donbás, Siria, Ucrania. «Los traumas históricos no resueltos de Rusia ahora “han tomado forma de guerra”».[77] Esta glorificación del combate ha sido preparada en la mente de la gente por la promoción de una cultura revanchista desde finales de la década de 2000, en libros, videojuegos y películas. Ofrecen una lectura revisionista de la historia y celebran las bondades del periodo estalinista. Hay que estar familiarizado con el tipo muy especial de fantasía heroica conocida como «popadantsy» (viajeros en el tiempo), que imagina la resurrección de los zares, el asesinato de Hitler (o, a la inversa, el mantenimiento del pacto germano-soviético), la reconquista de Alaska y la destrucción de Washington.[78]

El futuro está en el pasado. Me viene a la mente Leonard Cohen: «Give me back the Berlin wall / Give me Stalin and Saint Paul / I’ve seen the future, brother / It is murder. […] Give me back the Berlin wall / Give me Stalin and Saint Paul / Give me Christ or give me Hiroshima».[79]

---

[55]. Vadim Volkov, (2002). *Violent Entrepreneurs: The Use of Force in the Making of Russian Capitalism*. Cornell University Press, 2002.

[56]. Françoise Thom, (verano de 2022). «La marche vers l’autarcie de la Russie poutinienne». *Politique internationale, 176*.

[57]. Ursula Gauthier, (6 de mayo de 2022). «Françoise Thom: “Aujourd’hui encore, les Russes ne se pensent qu’en empire”». *L’Obs*.

[58]. Citado en Jacquet, Q. (14 de abril de 2020). «Custine, un mondain sur les terres du despotisme». *Philitt*.

[59]. Ursula Gauthier, art. cit.

[60]. François Heisbourg, (2023). *Les Leçons d’une guerre*. Éditions Odile Jacob, p. 54.

[61]. Céline Marangé, (10 de febrero de 2022). «Un désir de grande Russie? Réflexions sur la grande stratégie russe». *Le Rubicon*.

[62]. «1 in 10 Russians Have Been Tortured by Authorities – Poll». (26 de junio de 2019). *The Moscow Times*.

[63]. Ursula Gauthier, art. cit.

[64]. Marqués de Custine (1843). *La Russie en 1839*. Librairie d'Amyot, 2.ª edición, tomo 4, p. 354.

[65]. Máximo Gorki, (22 de septiembre de 1913). «О "карамазовщине"» ['Sobre el «karamazovismo»']. *Russkoye Slovo, 219*, p. 3.

[66]. Iegor Gran, (2022). *Z comme zombie*. P.O.L., p. 101 y ss.

[67]. Mikhail Epstein (2023). *Russian Anti-World: Politics on the Verge of Apocalypse*. Franc-Tireur USA.

[68]. Stephen Kotkin, (6 de abril de 2022, mayo-junio 2022). «The Cold War Never Ended: Ukraine, the China Challenge, and the Revival of the West». *Foreign Affairs*.

[69]. Anna Colin Lebedev y Margarita Liutova, (6 de marzo de 2023). «"Poutine veut une guerre éternelle", une conversation avec Grigori Yudin». *Le Grand Continent*.

[70]. Nicolas Truong, (30 de marzo de 2022). «"Vladímir Poutine mène une guerre de civilisation", estime l'essayiste Michel Eltchaninoff». *Le Monde*.

[71]. Damien Sharkov, (24 de noviembre de 2016). «Putin Claims Russia's Borders "End Nowhere" At Geography Event». *Newsweek*.

[72]. Céline Marangé, art. cit.

[73]. Françoise Thom, (11 de febrero de 2022). «Le dressage de l'Europe: comment la Russie exploite la crise ukrainienne». *Desk Russie*.

[74]. 19.ª reunión anual del Club Internacional de Debate Valdai (27 de octubre de 2022).

[75]. Ministerio de Asuntos Exteriores de la Federación Rusa, concepto de política exterior de la Federación Rusa (31 de marzo de 2023). [traducción oficiosa].

[76]. Alla Chevelkina, (11 de febrero de 2022). «Dmitri Orechkine : "Poutine n'a pas l'intention de se battre pour un redécoupage du monde. Mais il veut extorquer autant que possible"». *Desk Russie*.

[77]. Andréi Arkhangelski, (1 de febrero de 2023). «Interview: Writer Vladímir Sorokin Says Russia's Unresolved Historical Traumas Have Now "Taken The Form of War"». RFE/RL.

[78]. Sergej Sumlenny,[@sumlenny]. (11 de junio de 2022). X (antes Twitter).

[79]. Leonard Cohen, (1992). *The Future* [Canción].

6
Z de zombi

El hombre que ya no tiene límites se dice a sí mismo: ¿y por qué no? Este es sin duda el estado de ánimo en el que Vladímir Putin, cada vez más aislado, política y físicamente, se sintió a finales de 2021. Pensando que ésta podría ser su última oportunidad —y la de Rusia— de hacerse con Ucrania. Era la culminación de una larga cadena de acontecimientos cuyas raíces se encuentran más en Moscú y Kiev que en Washington y Bruselas.

Año 1991, el trauma

En la mañana del 19 de agosto de 1991, una noticia apareció en los noticiarios de todo el mundo: «¡Urgente! Golpe de Estado en la Unión Soviética». Debemos recordar lo aterradora que fue esta noticia: estaba en juego el futuro de lo que en aquel momento era una superpotencia con armas nucleares. El golpe duró poco, pero aceleró considerablemente el proceso de desintegración de la URSS. Cinco días después, Ucrania declaró su independencia, para sorpresa y decepción de las autoridades rusas. Durante un tiempo, Boris Yeltsin consideró la posibilidad de imponer un nuevo trazado de las fronteras para absorber al menos Crimea y, tal vez, el Donbás, o incluso el norte de Kazajstán. Pero el presidente kazajo Nursultán Nazarbáyev le disuadió. Yeltsin, quien no quería que la URSS corriera la misma suerte que Yugoslavia, aceptó sus argumentos.[80] Se aplicó la sabiduría encarnada en el principio de derecho internacional *uti possidetis* («tendrás lo mismo que tienes»). En aquel momento, aún se estaba estudiando un nuevo tratado de unión. Pero Moscú solo estaba dispuesto a firmarlo si se incluía a Ucrania. Sin embargo, el referéndum sobre la independencia, celebrado el 1 de diciembre, fue decisivo: con más del 90% a favor y una participación del 82%, Ucrania decidió seguir su propio camino. Pocos días después, el recién elegido presidente Leonid Kravchuk y sus homólogos ruso y bielorruso declararon nulo el tratado fundacional de 1922.

Ucrania ponía fin a 350 años de historia bajo el mismo techo. A la pregunta «¿Quién mató a la URSS?», la primera respuesta es «la

elección de Kiev». Una elección formalmente aceptada por Moscú, con Ucrania reconocida como Estado independiente dentro de las fronteras que existían en ese momento; al aceptar el *statu quo* fronterizo de 1991, no solo tácitamente, sino, sobre todo, al haber firmado con posterioridad varios tratados y acuerdos con ella: el Memorando de Budapest (1994) —que garantizaba su integridad territorial—, el Tratado de Amistad ruso-ucraniano (1997) —que confirmaba las fronteras y proclamaba su inviolabilidad— y los acuerdos relativos a la base de Sebastopol (1997 y 2010).

Alexander Solzhenitsyn lamentó la marcha de Ucrania, pero se lo tomó con calma. «Hay que tomárselo como una especie de enfermedad mental y esperar a que pase. Por nuestra parte, nada de amenazas vanas: ¡eso es lo que están esperando! El tiempo los hará entrar en razón [...]. Cuando se quiere hacer un injerto, es mejor dejar el hacha a un lado».[81] Un influyente asesor de Boris Yeltsin no dudó en describir la existencia de una Ucrania independiente como un «fenómeno temporal».[82] Vladímir Putin, en una cita fundacional (2005), describió la ruptura de la Unión como «la mayor catástrofe geopolítica del siglo XX».[83] Helene Carrere d'Encausse sugiere que la invasión de Ucrania fue «el apogeo de esta regresión [del *homo sovieticus*]».[84]

Pero sus causas son más profundas. «Sin Ucrania, Rusia deja de ser un imperio euroasiático. Rusia sin Ucrania puede seguir luchando por conservar su estatus imperial, pero entonces se convertiría en un Estado imperial cuya esencia sería asiática», escribió Zbigniew Brzezinski.[85] Ucrania tiene recursos, por supuesto. Pero lo que en su día se llamó el granero de la Unión Soviética —gracias a su tierra fértil, las famosas *chernozioms* (tierras negras)— es hoy menos importante para Moscú que entonces, porque Rusia se ha convertido en el primer exportador mundial gracias a su producción nacional. Ucrania también tiene gas, con varios yacimientos marinos en el Mar Negro, por no hablar de su situación, que la sigue convirtiendo en el principal cruce de gasoductos continentales. También tiene carbón y acero, en el Donbás, así como minerales. Por último, está el puerto de Sebastopol, en Crimea, pero su estatus quedó teóricamente regulado por el acuerdo de Járkov (2010), con el acceso ruso garantizado hasta 2042. Esta guerra es, por tanto, una guerra de saqueo consumista, cultural e incluso demográfico, pero también es una guerra imperialista, cuyo objetivo no es tanto «conquistar nuevas colonias en busca de nuevos recursos» como «imponer el viejo comercio colonial a sus clientes».[86]

La lección de historia de Putin

La captura de los recursos de Ucrania era, por tanto, una motivación relativamente secundaria. Por otra parte, Putin recuerda que Crimea era «el emplazamiento de la antigua Quersoneso, donde fue bautizado el príncipe Vladímir [en el año 988]. Su elección espiritual de adoptar la ortodoxia sentó las bases de la cultura, la civilización y los valores humanos que unen a los pueblos de Rusia, Ucrania y Bielorrusia. También alberga Sebastopol, una ciudad legendaria con una historia excepcional, una fortaleza que fue la cuna de la Flota rusa del Mar Negro».[87] Crimea sería «sagrada» para Rusia, «como el Monte del Templo para musulmanes y judíos».[88] La península, anexionada tras un referéndum celebrado en condiciones que recuerdan al plebiscito a favor de la anexión de los Sudetes, está ahora rusificada. De las 49 parroquias pertenecientes al Patriarcado de Kiev que existían en 2014, solo quedan cinco.[89] Los tártaros se enfrentan de nuevo a la represión. Al igual que sucedió con los Estados bálticos después de 1940, la península de Crimea puede estar perdida para Kiev durante mucho tiempo.

Putin lo había anunciado en un texto —inusualmente largo para una publicación presidencial— firmado por él mismo y publicado en el verano de 2021, con motivo del trigésimo aniversario de esta verdadera Nakba rusa, titulado «Sobre la unidad histórica de rusos y ucranianos».[90]

Aunque estaba bien fundamentado, no deja de ser revisionista. Vladímir Putin afirmaba que Rusia era la heredera natural de la Rus de Kiev. Esta matriz original de naciones eslavas orientales, fundada por los varegos (vikingos) en el siglo IX, era una próspera federación de principados administrada por Kiev, el centro espiritual de la región. Según un relato no exento de popularidad en Occidente, incluso entre algunos académicos,[91] tras su caída (la invasión mongola del siglo XIII), Moscovia se convirtió en su legítimo heredero, con el objetivo de reunificar las tierras rusas. Basada en el principio medieval de la *translatio imperii*, que data de los siglos XV y XVI, esta narrativa pretendía legitimar las reivindicaciones territoriales de Moscovia. La construcción del mito nacional ruso,[92] que pretendía romper con el pasado tártaro, requería un pasado kievita, que en última instancia podía significar un pasado bizantino y romano (de ahí la idea de la Tercera Roma).[93] A finales del siglo XV, Iván III fue aclamado zar (césar), título que se haría oficial bajo el reinado de su nieto Iván IV el Terrible, «gobernante de toda la Rus» y que en el siglo XVIII se convirtió en «zar de todas las Rusias»: la grande, la pequeña y la

blanca.

En esta historia, Rusia pretende ser la protectora de las naciones eslavas orientales. Pero para los pueblos de lo que hoy es Ucrania, fue una unión forzosa. En el siglo XV, los cosacos, que habían fundado un grupo de comunidades en el sureste de lo que hoy es Ucrania, se rebelaron contra la República de las Dos Naciones (Polonia y Lituania). En 1649 proclamaron el Hetmanato, un gobierno independiente. Cinco años más tarde, se sintieron obligados a buscar el apoyo ruso frente a las apetencias polaco-lituanas. Pero el Tratado de Pereiaslav (1654), descrito por Moscú como una unión, era en realidad un matrimonio forzoso, mientras que los cosacos solo querían una alianza para defenderse de la República de las Dos Naciones. El zarato ruso acabó absorbiendo la mayor parte de lo que hoy es Ucrania y la república acordó un tratado de paz eterna en 1686. La imposición del gobierno religioso de Moscú, la abolición del Hetmanato y la prohibición del uso de la lengua ucraniana debilitaron considerablemente a la nación ucraniana. Leópolis, entonces en Austria-Hungría, se convirtió en el receptáculo de la cultura nacional.

El segundo argumento de Putin se deriva del primero: la formación del Estado ucraniano fue una conspiración occidental —más concretamente, austrohúngara y polaca— destinada a crear una «Rus» antimoscovita. Se dice que su bandera es austriaca (en realidad es rutena y fue izada por primera vez en 1848 por el Consejo ruteno de Lemberg, más tarde Leópolis). A menos que se trate de un error bolchevique, como afirmaría el presidente ruso en su discurso del 21 de febrero de 2022…

Putin, quien a menudo se ha distanciado del leninismo —para dar mayor valor, es cierto, al estalinismo—, culpa a los revolucionarios rusos de favorecer a las naciones e integrar a Ucrania en la URSS como república de pleno derecho. Y aún más de haber ampliado su territorio, que hoy refleja las conquistas imperiales del Imperio otomano («Nueva Rusia» en el sur de la Ucrania contemporánea, región del imperio zarista entre 1721 y 1917) y la unificación de las tierras culturales ucranianas en detrimento de Polonia y Rusia, tierras supuestamente rusas.

Según el relato del Kremlin, Crimea fue un regalo injusto a Kiev en el 300 aniversario del Tratado de Pereiaslav. En 2014, Putin recordó lo que consideraba la afortunada decisión de Catalina la Grande de anexionarse el sur de lo que hoy es Ucrania. Y estigmatizó la decisión de los bolcheviques («que Dios los juzgue») de aceptar que tierras

rusas formaran parte de un Estado independiente. En su opinión, esas fronteras eran «arbitrarias». No es de extrañar, pues, que los dos *oblasts* del Donbás se denominaran «Nueva Rusia» y formaran una confederación secesionista autoproclamada en 2014 y luego anexionada en 2022.

En última instancia, pues, la existencia de Ucrania no es más que una especie de accidente de la historia y su hermana pequeña nunca ha constituido un Estado independiente. En los siglos XVIII y XIX, los rusos tenían una visión romántica y condescendiente de Ucrania, que recordaba en cierto modo a la visión inglesa de Escocia. En el siglo siguiente, esto se invirtió: los ucranianos eran nazis o traidores. La Ucrania de hoy, en el discurso de Putin, es, por tanto, un Estado artificial gobernado por fascistas. «Para la propaganda del Kremlin, los dirigentes ucranianos se han convertido en "banderistas" y "nazis", mientras que Rusia ha vuelto a su papel de 1941-1945 y lucha de nuevo contra los fascistas», escribe Boris Nemtsov.[94] La banda de San Jorge, inspirada en la orden militar imperial del mismo nombre y resucitada en Moscú en 2005 tras la Revolución Naranja, se ha convertido en el atributo obligatorio de la llamada resistencia. Y, en 2016, Putin hizo erigir una enorme estatua del príncipe Vladímir frente al Kremlin. Era el contrapunto adecuado a la estatua que existe desde hace tiempo en Kiev —10cm más baja—, así ambos Estados se proclaman descendientes del príncipe convertido a la ortodoxia.

En 2021, Rusia había preparado el terreno para la aventura ucraniana al crear una comisión de educación histórica, al aprobar una ley que castigaba cualquier comparación entre la Unión Soviética y la Alemania nazi, al publicar —bajo la firma de Putin— un texto que proclamaba la unidad de los pueblos ruso y ucraniano y al prohibir la organización Sociedad Memorial. Para Putin, era necesario «borrar los crímenes del pasado para poder cometer los crímenes del presente».[95]

La inseguridad demográfica de Rusia

Si escarbamos un poco más, encontramos un tema subyacente en la visión rusa: el temor a que el país sea absorbido algún día por Asia. Llamémoslo inseguridad demográfica. Mientras la población rusa disminuye, la de Asia Central crece, al tiempo que la creciente sombra de China se cierne sobre la parte oriental de la antigua Unión Soviética. Para Rusia, perder Ucrania podría significar cambiar un futuro europeo por otro asiático.

En el centro del problema se encuentra Asia Central, una región con la que Rusia siempre ha mantenido una relación ambivalente. Componente importante del Imperio (en su forma tardía) y luego de la Unión Soviética, permitió a Moscú afirmar su dominio sobre una zona multinacional y multiétnica. «La legitimidad imperial de Rusia descansa directamente en el mantenimiento de su dominio sobre Asia Central», escribe la historiadora Marlène Laruelle.[96] El control de Asia Central también ayuda a Rusia a vigilar a China y a reivindicar su estatus de gran potencia. Al mismo tiempo, Moscú siempre ha recelado de las repúblicas musulmanas. En la época imperial, la región era más una carga que un territorio conquistado con orgullo. Hoy, los nacionalistas rusos se interesan poco por ella, y la opinión pública suele equipararla con el islamismo, el terrorismo y la mafia. Las referencias positivas a los vínculos históricos y culturales con la región son escasas. En su libro de 1990 *Восстановление России* [‘La restauración de Rusia’], Alexander Solzhenitsyn proponía deshacerse de ella.

Aquí es donde entra en juego la cuestión ucraniana. En una conversación telefónica con el presidente Bush en vísperas del referéndum sobre la independencia de Ucrania de 1991, Boris Yeltsin afirmó que una nueva unión sin Ucrania «alteraría radicalmente el equilibrio [...] entre las naciones eslavas y las islámicas. No podemos tener una situación en la que Rusia y Bielorrusia tengan dos votos como Estados eslavos frente a los cinco de las naciones islámicas».[97] Como dice el analista estadounidense Mackensie Knorr, «una vez que quedó claro que Ucrania estaba perdida, Rusia no estaba interesada en una unión con una influencia eslava tan disminuida en comparación con las poblaciones de Asia Central y el Cáucaso».[98] Esta ambivalencia hacia Asia Central se ha reflejado durante mucho tiempo en la cuestión demográfica. Rusia necesitaba trabajadores de la región, pero desconfiaba de una inmigración excesiva.

Putin ha adoptado una visión euroasiática del futuro de su país. Sin embargo, existe un malestar evidente en ciertos círculos nacionalistas por una evolución interna que refleja la de la antigua Unión. En 1959, el 83% del país era ruso: una cifra que había descendido al 78% en 2010. Actualmente hay entre 15 y 20 millones de musulmanes[99] en Rusia, es decir, el 10-15% de la población, con una elevada tasa de natalidad que ha llevado al gran muftí Rawil Ğaynetdin de Moscú a predecir que representarán el 30% de la población a mediados de la década de 2030.[100]

Las causas: una tasa de mortalidad muy alta entre los hombres, una

tasa de natalidad baja y una tasa de emigración elevada. La población alcanzó un máximo de 148 millones en 1992 y no ha dejado de disminuir desde entonces, a pesar de un modesto repunte a mediados de la década de 2010. El país rondará los 140 millones en 2035 y los 130 millones en 2050. En cambio, Asia Central sigue creciendo: 88 millones de habitantes en 2035 y 100 millones en 2050. A Moscú no le queda más remedio que recurrir a los trabajadores de esas regiones. Putin ha adoptado un doble enfoque: invitar al mayor número posible de rusos a regresar del extranjero y abrir las fronteras a la inmigración. Pero esto último ya no compensa el declive natural y ha provocado un aumento de las tensiones en las ciudades. Por ello, el Kremlin ha experimentado con nuevos enfoques: distribuir pasaportes rusos en las zonas disputadas u ocupadas, y facilitar la naturalización de inmigrantes rusoparlantes de la antigua Unión. En 2020, Rusia había acogido a un número récord de nuevos ciudadanos (660000).[101] Por último, la anexión de Crimea ha permitido que otros 2,5 millones de personas se conviertan en ciudadanos rusos. Este contexto demográfico convierte al imperialismo ruso en lo contrario del expansionismo nazi: la Rusia de Putin corre el riesgo de convertirse no en un pueblo sin espacio, sino en «un espacio sin pueblo» (*Raum ohne Volk*)[102] . Confirma la verdadera catástrofe que fue la pérdida de Ucrania y explica por qué Rusia sintió la independencia de esta última como una amputación.

El escenario ideal para Moscú es, por tanto, que vuelva al redil ruso. Esto permitiría una afluencia mucho mayor de trabajadores eslavos, hacia el este en vez de hacia el oeste. En palabras de un experto, los ucranianos «son casi los emigrantes ideales. Como eslavos orientales, se les considera fáciles de integrar, y aportan las cualificaciones necesarias al mercado laboral ruso».[103] En su defecto, había que aprovechar el recurso de la anexión, la deportación y el secuestro de niños. La Operación Z fue también una operación de ingeniería demográfica.

Al principio: la UE antes que la OTAN

¿Preocupaba realmente al Kremlin la perspectiva de la adhesión de Ucrania a la Alianza Atlántica? Según muchos teóricos (y unos pocos prácticos) de las relaciones internacionales, la ampliación de la OTAN es la fuente de todos los males, incluso se trata de una especie de pecado original. Según el «dilema de seguridad» de Moscú, Rusia se vio abocada inevitablemente a oponer resistencia a la Alianza

Atlántica y a intentar hacerla retroceder violentamente. Según Putin:

> *Sabes, esas placas tectónicas se mueven constantemente en algún lugar profundo de la corteza terrestre. Los expertos dicen que están en constante movimiento e incluso, cuando todo parece tranquilo, se están produciendo cambios. Y entonces colisionan. La energía se acumula y cuando las placas se mueven, se produce un terremoto. La acumulación de esta energía y su liberación es lo que ha provocado los acontecimientos actuales.*[104]

Como hemos visto antes, esta forma de ver las cosas no hace justicia a la lógica que subyace a esta ampliación. Es probable que a Putin le repugnara la inclusión del objetivo de la adhesión a la OTAN en la Constitución ucraniana de 2019. Y los dirigentes rusos tal vez temían sinceramente que Ucrania se convirtiera un día en un «portaaviones occidental estacionado justo enfrente de la provincia de Rostov».[105] Hay que recordar que, a finales de los noventa, varios funcionarios rusos se mostraron algo inquietos cuando se publicó *El gran tablero mundial* —aunque solo representaba las opiniones de su autor, el exasesor de seguridad nacional Zbigniew Brzezinski—, al ver en este el comienzo de un plan estadounidense para debilitar a Rusia.

Pero hay que recordar que cuando la Alianza abrió la perspectiva de la adhesión del país en 2008, Moscú no se ensañó con Kiev, sino con Georgia —también afectada por la decisión de 2008—, que fue la invadida. En retrospectiva, la decisión de la OTAN podría describirse como destructivamente ambigua: no satisfizo a nadie y, desde el punto de vista de Putin, el significado del artículo 5 del Tratado de Washington allanó el camino para la intervención rusa antes de que fuera demasiado tarde. Y fue eso precisamente lo que hizo Putin en Georgia.

Pretender que la entrada de Ucrania en la OTAN habría significado la pérdida de Sebastopol e inferir que la intervención de 2014 habría sido por tanto solo preventiva —algo que eminentes exfuncionarios occidentales no tienen reparo en hacer— es absurdo. ¿Acaso Estados Unidos no tiene desde hace tiempo una base en... Cuba, de la que fue una vez enemigo jurado? ¿Y podemos imaginarnos seriamente a Ucrania violando todos sus compromisos y recuperando la base de Sebastopol a riesgo de una guerra con Rusia, sin estar protegida por el artículo 5 del Tratado de Washington, que probablemente no entraría en juego en tal escenario?

En cualquier caso, la adhesión no estaba en el proyecto. Por cierto, la cuestión de la OTAN apenas se ha planteado en los argumentos rusos desde el 24 de febrero de 2022.[106] ¿Una causa principal? Más

bien la última causa.

El verdadero problema para Rusia no era la atracción de Ucrania por la OTAN, que seguía siendo limitada hasta hace pocos años. Era sobre todo su atracción por Europa y la perspectiva, para Rusia, de una segunda cesión de Ucrania tras la de 1918 (el país se incorporó a la URSS en 1922). No eran banderas estadounidenses ni de la OTAN las que ondeaban en la plaza Maidan en 2013, sino europeas. Y la adhesión a la UE es un objetivo que también está consagrado en la Constitución del país. Kiev realizaba casi el 40% de su comercio con la Comunidad de Estados Independientes a finales de la década de 2000, pero se había reducido a solo el 10% en 2020. La emigración laboral había empezado a dirigirse a países de la Unión Europea como Polonia. El tiempo había hecho mella: el 30% de la población nunca había conocido la Unión Soviética.

Además, la política rusa de los últimos diez años había reforzado la identidad nacional lo que ha resultado contraproducente para el Kremlin. Los partidos prorrusos representan ahora solo una quinta parte del electorado y la mayoría de la gente está a favor de unirse a las instituciones occidentales. Incluso antes de la invasión, solo el 41% de los encuestados creía que «rusos y ucranianos son un solo pueblo que pertenece al mismo espacio histórico y espiritual».[107] El presidente Putin puede ensalzar estos «vínculos espirituales», pero la Iglesia Ortodoxa Ucraniana se independizó en 2018 y al año siguiente el Patriarca Ecuménico de Constantinopla le concedió un *tomos* de autocefalia.

En definitiva, era la deriva de Ucrania hacia Occidente lo que inquietaba al Kremlin. Sobre todo, porque una Ucrania exitosa podría servir de ejemplo a Rusia o incluso ser el preludio de una nueva revolución rusa, que se organizaría desde el exterior. Porque no cabe duda de que Putin veía sinceramente los acontecimientos de la plaza Maidan como la puesta en práctica de un plan estadounidense.

---

80. Conor O'Clery, (2011). *Moscow, December 25, 1991: The Last Day of the Soviet Union*. Public Affairs; Plokhy, S. (2021). *The Gates of Europe: A History of Ukraine* (Edición revisada). Basic Books, p. 120.

81. Alexander Solzhenitsyn, (1998). *La Russie sous l'avalanche*. Fayard, pp. 142-144.

82. Citado en Zbigniew Brzezinski, (1997). *The Grand Chessboard: American Primacy and Its Geostrategic Imperatives*. Basic Book, p. 104.

83. NBC News (25 de abril de 2005). «Putin: Soviet Collapse a "Genuine Tragedy"».

[84]. Grégory Rayko y Natalia Routkevitch, (otoño de 2022). «Poutine ou la course a l'abime. Entretien avec Helene Carrere d'Encausse». *Politique internationale, 177*, p. 12.

[85]. Zbigniew Brzezinski, obra cit., p. 46.

[86]. Alexander Etkind, (14 de marzo de 2023). «Two Toxic Commodities, Two Crimean Wars, and Other Wrong Historical Analogies». Carnegie Endowment for International Peace.

[87]. Vladímir Putin, (18 de marzo de 2014). Discurso presidencial ante la Asamblea Federal.

[88]. *Idem*, Discurso presidencial ante la Asamblea Federal, (4 de diciembre de 2014).

[89]. Benoît Vitkine, (6 de agosto de 2021). «Bons baisers de Russie : voyage dans la region vitrine de Vladímir Poutine». *Le Monde*.

[90]. Vladímir Putin, (2 de julio de 2021). «Sobre la unidad histórica de rusos y ucranianos».

[91]. Tim Marshall, (2016). *Prisoners of Geography: Ten Maps That Explain Everything About the World*. Scribner.

[92]. Serhii Plokhy, (2006). *The Origins of the Slavic Nations: Premodern Identities in Russia, Ukraine, and Belarus*. Cambridge University Press.

[93]. *Idem*.

[94]. Boris Nemtsov, (2016). *Le Rapport Nemtsov. Poutine et la guerre*. SOLIN/Actes Sud, p. 32.

[95]. Alexandre Devecchio y Raphaël Pinault, art. cit.

[96]. Marlène Laruelle, (abril de 2008). *Russia's Central Asia Policy and the Role of Russian Nationalism*. Asia Central – Instituto del Cáucaso.

[97]. Casa Blanca, Memorando de conversación telefónica. (30 de noviembre de 1991). **https://bush41library.tamu.edu/files/memcons—telcons/1991-11-30——Gorbachev.pdf**.

[98]. Mackensie Knorr, (29 de abril de 2013). «Why Did Russia Let the Republics Go? Revisiting the Fall of the USSR». Wilson Center, Kennan Institute.

[99]. «Russia Will Be One—Third Muslim in 15 Years, Chief Mufti Predicts». (5 de marzo de 2019). *The Moscow Times*.

[100]. Ali Cura, (5 de marzo de 2019). «"Muslims to Make Up 30% of Russia's Population by 2034"». Agencia Anadolu.

[101]. «Central Asian Migration to Russia: Legalization in 2020». (18 de febrero de 2021). *Voices on Central Asia*.

[102]. Walter Laqueur, (2015). *Putinism: Russia and its Future with the West*. Dunne Books, p. 213.

[103]. Fabian Burkhardt, (3 de Agosto de 2020). «Russia's "Passportisation" of the Donbas: The Mass Naturalisation of Ukrainians Is More Than a Foreign Policy Tool». *SWP Comments*, Instituto Alemán para Asuntos Internacionales y de Seguridad.

[104]. Club Internacional de Debate Valdai, (27 de octubre de 2022). «Vladímir Putin Meets with Members of the Valdai Discussion Club: Transcript of the Plenary Session of the 19th Annual Meeting».

[105]. Eugene Rumer y Andrew S. Weiss, (12 de noviembre de 2021). «Ukraine: Putin's Unfinished Business». Carnegie Endowment for International Peace.

[106]. Texto traducido y distribuido por la Fondation pour l'innovation politique en 2022.

[107]. «Общественно—политические настроения населения (23-25 июля 2021)» [‘Estado de ánimo sociopolítico de la población’ (23-25 de julio de 2021)’]». (27 de julio de 2021). Rating Group.

7
La violación de Ucrania

El amo del Kremlin reaccionó básicamente como un cónyuge que no soporta que su mujer le haya abandonado. Es el ex tóxico que quiere llevarla a casa por todos los medios, incluso si eso significa violarla y matarla. Y no necesariamente en ese orden. El 7 de febrero de 2022, frente a Emmanuel Macron, Putin se permitió citar una copla escabrosa: «Te guste o no / Lo único que tienes que hacer es aguantarte, mi bella», y se abstuvo de citar el verso anterior, que muchos rusos conocen: «En la tumba duerme mi bella / Me acuesto contigo y te f…». Si no me perteneces, no pertenecerás a nadie más. El proyecto ucraniano no debe triunfar, Ucrania no debe anclarse en Europa. Debe ser subyugada, si bien no aplastada, sí aniquilada.

El apogeo del «putinismo»

Las etapas del camino están ahora claras: la anexión de Crimea, el castigo a los dirigentes armenios y su traslado al Cáucaso, el sometimiento de Bielorrusia (probablemente con el objetivo de crear una verdadera unión de los dos países a la primera oportunidad), la intervención en Kazajistán (que recuerda el apogeo del Pacto de Varsovia) y Ucrania, donde el objetivo era, como mínimo, debilitarla y someterla y, como máximo, destruirla como Estado nación independiente.

También es un proyecto personal. Según la exasesora de Donald Trump, Fiona Hill, una de las expertas estadounidenses que mejor conoce al presidente ruso:

> *Es algo personal: su legado, su imagen de sí mismo, su visión de la historia rusa. Putin se ve claramente a sí mismo como protagonista de la historia rusa, que sigue los pasos de los líderes rusos que intentaron reunificar en el pasado lo que él considera tierras rusas. Ucrania es la pieza que faltaba, la que se le escapó y la que intenta devolver al redil.*[108]

A principios de 2022, la situación era ideal desde el punto de vista del presidente ruso. Ya no había controles ni equilibrios. La asociación Memorial, guardiana del pasado criminal de la URSS, había sido

disuelta. Y todo se hizo para desarrollar en la sociedad rusa un patriotismo militar que ha sido bien descrito por la investigadora Isabelle Facon.[109] El control del pasado dicta el control del futuro y el mencionado texto de julio de 2021 legitimaba de antemano cualquier nueva acción de fuerza contra Kiev. Las reservas de divisas del país se habían repuesto. Joe Biden estaba preocupado por Asia. Y Pekín había dado su *nihil obstat* al Kremlin.

Convertir la invasión rusa en un conflicto fratricida, el de Vladímir (Putin) contra Volodímir (Zelenski) —donde ambos pretenden ser el príncipe de la «Rus» de Kiev que llevaba ese nombre—, solo es apropiado si estamos dispuestos a considerar que se trata del conflicto entre Caín y Abel.

El proyecto ucraniano

Frente al proyecto ruso, los ucranianos oponen el de la reconstitución de una nación y el establecimiento, tras siglos de servidumbre, de un Estado plenamente soberano. Todas las narrativas nacionales suelen tener un elemento de ficción, pero solo mediante un juego de manos político e intelectual puede Moscú pretender ser el presunto heredero de la Rus de Kiev, presentada como la cuna del país. Esta última es la matriz común de las naciones eslavas orientales: no es menos antepasado de Ucrania que de Rusia y Bielorrusia. La existencia en Occidente de una entidad distinta de Moscovia y luego de Rusia ha sido casi una constante desde el siglo XV, y el nacimiento del nacionalismo ucraniano en el siglo XIX fue una construcción endógena. Culminó con la declaración de independencia en 1917, una entidad nacida muerta incapaz de resistir a las fuerzas revolucionarias.

En cuanto a Crimea, a pesar de la creencia más generalizada, no «siempre ha sido rusa». De hecho, tanto política como étnicamente, la península ha sido mucho más tiempo turcomongola que rusa. Anexionada en 1783, no fue rusificada (por la fuerza) hasta finales del siglo XIX, y no tuvo mayoría rusa hasta el siglo XX (reforzada por la deportación masiva de la minoría tártara por parte de Stalin en 1944). Sin embargo, esto no la convirtió en una emanación natural de Rusia. Legalmente ucraniana desde 1954, su pertenencia al nuevo Estado independiente no fue impugnada por Moscú en 1991. Y, lo más importante, el 54% de su población votó a favor de la independencia de Ucrania, en el referéndum de ese mismo año. En cuanto a los tártaros, a los que se animó a regresar a Crimea tras la independencia, ahora son discriminados por las autoridades rusas. ¿Y el argumento de

las raíces religiosas? Entonces, Alemania podría reclamar la Champaña porque Clodoveo fue bautizado allí en 498. El mítico acontecimiento del año 988 antes mencionado es en realidad «un bautismo que tuvo lugar, o no, hace mil años, en el territorio de una agencia de comercio que era, en aquella época, una especie de crisol de vikingos paganos y jázaros judíos», según la divertida descripción de Timothy Snyder.[110]

Dividida entre Polonia y Rusia durante siglos, la identidad moderna de Ucrania solo se consolidó de forma gradual. Tras el trauma de la Primera Guerra Mundial —con ucranianos luchando en bandos opuestos—, el Tratado de Versalles dividió el país y la primera independencia duró poco. El recuerdo de la República Socialista de Ucrania es ambivalente. Estamos agradecidos a Moscú por haber reconocido la existencia de la república y su lengua, y por haber permitido la expansión del territorio hacia el oeste (Galitzia y Volinia en 1939, Bucovina en 1940, y Rutenia en 1945) y hacia el sur (Isla de las Serpientes en 1948 y Crimea en 1954), con solo pequeñas pérdidas de territorio (parte del Donbás en 1925 y Galitzia en 1945). La república era fundamental para el proyecto soviético. Al igual que su hermana bielorrusa, gozaba de un estatus privilegiado: un escaño para cada una en las Naciones Unidas. Jrushchov y Brézhnev nacieron en Ucrania, Andrópov hizo su carrera en Ucrania y Chernenko era de padres ucranianos. Este lugar privilegiado en la Unión no borra los recuerdos de la bolchevización, ni del Holodomor, ni del Gulag y ni de Chernóbil.

Ucrania ha heredado más cosas de la Rus de Kiev —una entidad descentralizada sin una autoridad política fuerte—, que de Rusia. Voltaire ya dijo que «siempre ha aspirado a ser libre». Como nos recuerda Laure Mandeville, aunque la sociedad precede al Estado, en Rusia, sucede al revés, la sociedad es producida por el Estado.[111] Y los recuerdos traumáticos antes mencionados han infundido en los ucranianos una profunda desconfianza hacia el Estado central.

En 2014, Brzezinski predijo que «si Putin toma Crimea, perderá Ucrania».[112] Parece que tenía razón. La separación entre Moscú y Kiev era cada vez más inevitable.[113] Desde el punto de vista de Vladímir Putin, esta era probablemente la última oportunidad de Rusia para recuperar el control sobre Ucrania.

¿Eran posibles otros escenarios?

En cuanto a los escenarios alternativos descritos aquí y allá por los comentaristas, son poco convincentes. No tendría ninguna lógica dividir el país. Su turbulenta historia hacía artificial cualquier supuesta división entre un oeste ucraniano y un este ruso, desde el punto de vista nacional o lingüístico. El censo de 2001 mostró que alrededor del 30% de los ciudadanos del país, ya fueran rusos o ucranianos, hablaban ruso como lengua materna. También existe una lengua vernácula, el «surjyk», que bebe de ambas. Los rusos están presentes en Crimea y el extremo oriental. En el sureste y el suroeste se habla ruso. En el centro, todo se mezcla. Ucrania no es Bélgica. En Odesa, la gente habla casi tanto ucraniano como ruso, los habitantes son bilingües y las poblaciones se mezclan independientemente de sus orígenes: Ucrania tampoco es Bosnia. Y el mapa político solo cubre de un modo imperfecto estas divisiones aproximadas.

¿Y la finlandización? Para resolver el problema ucraniano, algunos creen que habría que conseguir hacer que Ucrania fuera «neutral», de modo que no pertenezciera ni a la OTAN ni a una esfera de influencia rusa. Esta es una visión popular en Rusia, donde a la gente le gusta soñar con «volver a una "división suave" de Europa. [...] Una línea clara entre su esfera de seguridad y nuestra esfera de seguridad, con Ucrania como posible zona de amortiguamiento o separación, es lo que Rusia desearía conseguir».[114] Esta neutralidad habría planteado tres problemas. En primer lugar, como hemos dicho, en 2008 la OTAN hizo una promesa: cuando llegue el día y si Ucrania así lo desea, podrá unirse a la Alianza Atlántica. Renegar de este compromiso habría supuesto una enorme victoria política para el Kremlin. En segundo lugar, imaginar que esto habría resuelto el problema es engañarnos a nosotros mismos. ¿Pensamos seriamente que Putin se habría callado tras una victoria así? Esto es malinterpretar la forma de razonar de los autócratas cuando se enfrentan a las debilidades occidentales. Putin se burla de las reglas (su adversario Garry Kasparov, que lo conoce bien, señala que es tanto más absurdo compararle con un jugador de ajedrez porque «en el ajedrez, existen reglas»[115]). Por último, un pequeño detalle: los ucranianos no desean ser neutrales. Desde 2021, hay una clara mayoría a favor de la pertenencia a la Alianza Atlántica. Quienes citan el ejemplo del no alineamiento de Finlandia durante la Guerra Fría olvidan a menudo que se trató de una elección soberana. La neutralidad de Austria fue impuesta en 1955 por los vencedores de la Segunda Guerra Mundial: nada en común con la situación actual de Ucrania. Y ¿hace falta recordar que Moscú se comprometió dos veces —en 1975 y 1990— a garantizar que cada país europeo sería libre de pertenecer a alguna alianza militar?

En cuanto a la adhesión a la Unión Europea, aunque sigue siendo una perspectiva lejana, se ha convertido en un escenario realista. Nadie idealiza a la actual Ucrania. Un país plagado de corrupción que, a pesar de los esfuerzos reales, está lejos de ser una democracia ideal: según los estándares internacionales, se encuentra en algún lugar entre Hungría y Serbia. Por otra parte, la ocupación del territorio no debería ser un obstáculo: el precedente chipriota ha levantado ese tabú.

Exactamente cien años después del nacimiento de la Unión Soviética, la violación de Ucrania es también una forma de catarsis para un poder ruso que cree estar en condiciones de vengarse de los éxitos de Occidente. El sindicato mafioso que gobierna Rusia en la actualidad y que confunde a voluntad sus intereses personales, incluidos los económicos, con los del país, se creía suficientemente protegido para no salir perdiendo. Vladímir Putin, maestro táctico, pero mal estratega, se equivocó. Perderá su apuesta. Si hiciéramos una analogía con China, el destino de Ucrania se parece más a Taiwán que al Tíbet. Ucrania está tomando el camino correcto. El «pivote geopolítico» de Brzezinski ha funcionado.

Guerra de civilización, guerra santa, guerra normal

Esta guerra en la Unión Soviética es otra guerra en Yugoslavia. Una guerra fronteriza en el sentido literal del término, porque «krajinas» (término que designa las regiones de Croacia y Bosnia pobladas por serbios) y «Ukraina» proceden de la misma raíz eslava antigua. Serbia nunca habría aceptado que Croacia y Kosovo se le escaparan y Rusia nunca habría aceptado que Ucrania y Crimea tuvieran su propio destino. Como en Yugoslavia, cuando no se reconocen los errores del pasado —y mucho menos se expían—, los asesinatos en masa siguen siendo concebibles. Y así se repiten las masacres, las violaciones, la deshumanización y las oleadas de refugiados, mientras sacerdotes, filósofos y poetas justifican la guerra santa y el genocidio. Como escribió, con mucho acierto, un especialista en la región en 2017, «puede que la guerra de Yugoslavia no llegara cincuenta años tarde, sino que solo se adelantara treinta».[116]

¿Es Crimea el nuevo Kosovo? Esto no es falso en términos simbólicos. En primer lugar, como hemos visto, es sagrada para Rusia, si creemos a Vladímir Putin. En segundo lugar, Putin está deseoso de vengar la supuesta humillación de Moscú al ver cómo la OTAN intervenía en 1999 para proteger ese territorio de la acción serbia. Hasta el punto

no solo de emplear una retórica similar —que a veces se refiere explícitamente a los acontecimientos de entonces—, sino también de comenzar las operaciones exactamente de la misma manera: atacando la torre de televisión de Kiev. Huelga decir que este paralelismo es injustificado, tanto desde el punto de vista político (Ucrania no atacó a Rusia) como jurídico (la autodeterminación de Kosovo se consiguió libremente).

Al igual que los dirigentes serbios de la época, los dirigentes rusos presentaron la guerra —un ejemplo clásico de aventuras imperiales— como una cuestión de civilización. Pero si la línea de fractura entre Roma y Constantinopla atravesaba el centro de un Estado reciente sin más identidad que la de una federación comunista dominada por los serbios, aquí atraviesa el corazón mismo de un país antiguo. Como señala Jean-François Colosimo, Ucrania «metaboliza esta fractura reproduciéndola en su territorio».[117] Samuel Huntington se equivocó al considerar que Rusia y Ucrania pertenecían a la misma civilización. A principios de los noventa, algunos se preguntaban qué forma adoptaría ese conflicto fratricida. A lo que el secretario de Estado estadounidense James Baker respondió: «La de una guerra normal»,[118] pero se ha convertido en un conflicto entre el Occidente liberal y la Eurasia autoritaria.

Y también adoptaría la forma de una guerra santa. La alianza de la Iglesia Ortodoxa con Vladímir Putin ha desatado los excesos retóricos más inquietantes. Durante las celebraciones del 21 de septiembre de 2022 en la Plaza Roja, se pudo ver hablar a un personaje vestido como el Doctor Strangelove de la película del mismo nombre. Ivan Ojlobystin, actor y sacerdote expulsado de la Iglesia, dio gracias a Dios porque Rusia «ya no puede retroceder» y describió la guerra actual como un «enfrentamiento entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas, entre Dios y el diablo». Y empleó una vieja palabra rusa, «¡Goida!», que sin duda pocos de sus compatriotas conocen aunque era el grito de guerra de las milicias de Iván el Terrible. Hizo un llamamiento a una «guerra santa» que cada ruso está llamado a comenzar «en su corazón, contra sus propios pecados».[119] Palabras muy parecidas a las del conocido ideólogo Alexandr Dugin, para quien ha comenzado «la última batalla entre la luz y las tinieblas».[120] Quienes solo ven en todo esto los excesos de una minoría ruidosa harían bien en leer a expertos otrora más matizados, como Dimitri Trenin, quien vio en la guerra una oportunidad para superar «el materialismo primitivo y la falta de fe».[121] El propio Putin ha abrazado la retórica espiritual. Ha «revivido el mito de una Rusia

atacada desde todas partes porque lleva en sí un proyecto mesiánico. Un proyecto necesario para la salvación del mundo, que se ve obstaculizado por las fuerzas del mal que se le oponen satánicamente. Por ello, los rusos deben formar un ejército de inmortales y la sangre de hoy es el precio que se debe pagar por la de ayer».[122] Y el presentador estrella de Rossia 1, con su famosa chaqueta negra bávara, insiste en que: «la vida está sobrevalorada». «¡La muerte no existe, es solo el camino hacia la inmortalidad!».[123]

Esto no debería sorprender a nadie: los nacionalistas rusos se han nutrido «de la divinización secular de la violencia y del culto mimético de la ordenación. En otras palabras, una visión maniquea del mundo, donde la otredad es el mal y el mal debe ser erradicado mediante el fuego purificador con un telón de fondo de apoteosis apocalíptica».[124] Se trata de un descendiente directo de la tradición nihilista de finales del siglo XIX, para la que la destrucción no es «un medio, sino un fin en sí misma»: es purificadora y redentora.[125] La deshumanización de los ucranianos es total: como dijo el expresidente Dimitri Medvédev, ahora debemos «exterminar esta infección».[126] Céline Marangé explica: «La idea de "desatlantizar" Ucrania y no solo de "desnazificarla", apareció en la propaganda rusa a partir del otoño de 2022. [...] Se trata de justificar el paso a una estrategia de destrucción total de Ucrania».[127]

¿Cuál fue el resultado?

El 24 de febrero, las celebraciones de la victoria estaban preparadas. El editorial de la agencia RIA Novosti estaba listo y fue publicado demasiado rápido (dos días después), antes de ser borrado a toda velocidad de su sitio web. Se podía leer «Rusia restaura su unidad», como si de manera subsidiaria también estuviera en juego «la cuestión de la seguridad nacional de Rusia, es decir, evitar que Ucrania se convierta en una anti-Rusia». Y citaba como precedente la unificación de Alemania.[128]

El fracaso fue aún más amargo. Europa se refugió bajo las faldas de Estados Unidos, la OTAN se revitalizó y, con la adhesión de Finlandia y Suecia, el mar Báltico se convirtió en un lago occidental. La operación Z también reveló todas las debilidades de Rusia: la corrupción del sistema, que explica la mala preparación de la operación; la ineficacia de un ejército en el que los niveles inferiores no tienen margen de iniciativa; el análisis erróneo del equilibrio de poder por parte de un gobierno solitario y aislado. Según su ministro

de Asuntos Exteriores, Sergei Lavrov: «[Putin] tiene tres consejeros. Iván el Terrible. Pedro el Grande. Y Catalina la Grande».[129] Como ocurrió con la Unión Soviética en Afganistán, la aventura militar deja de repente al rey desnudo.

¿Cómo explicar el carácter casi sistemáticamente contraproducente de las iniciativas de Moscú, que se dispara constantemente en el pie? Quizá Rusia ya no sepa hacer las cosas de otra manera. Vladislav Surkov, un conocedor del Kremlin que inspiró *Le Mage du Kremlin* [El mago del Kremlin], explicaba en 2021 que «el Estado ruso, con su interior duro y rígido, solo ha sobrevivido expandiéndose incansablemente más allá de sus fronteras. Desde hace mucho tiempo, no sabe sobrevivir de otro modo».[130]

Pero, como buen judoca, Putin sabe convertir la debilidad en fortaleza: su poder puede florecer al máximo en una Rusia en guerra. Observa que la devolución de los ataúdes —a diferencia de lo que ocurrió en Afganistán— no parece tener el efecto de revuelta que algunos esperaban: al contrario, produce odio y deseos de venganza por parte de las familias. ¿Y qué mejor espantapájaros que una OTAN revitalizada? La invasión de Ucrania, una cosa lleva a la otra, está permitiendo al Kremlin volver a la comodidad intelectual de la Guerra Fría: ellos contra nosotros. Sin embargo, ha abandonado el único elemento que mantenía entonces la ficción de la paridad: el mecanismo de control de armas estratégicas, pues en 2023, Rusia suspendió su participación en él.

También puede haber un elemento de nihilismo en esta lógica. La Rusia de Putin se comportaría como el escorpión que pica mortalmente a la tortuga mientras lo lleva al otro lado del río, y se ahoga con ella: porque forma parte de su naturaleza.

La Z(З)[131] * que vimos aparecer en los vehículos militares rusos a principios de 2022, ¿significaba «За победы» [¿Por la victoria?]? ¿«За мир» [‘Por la paz’]? ¿«на Запад» [‘hacia Occidente’]? ¿Se inspiró en la simbología nazi y en las insignias de la Division Polizei de las Waffen SS, como afirman algunos? Mejor burlarse con cinismo y hablar de «Z» de BereZina[132] * o de Zombie. Para el escritor ruso Vladímir Sorokin (ahora en el exilio), en la época de Yeltsin, el cadáver de la Unión Soviética había estado

> *escondido en un rincón y cubierto de serrín, esperábamos que se pudriera una vez abandonado a su suerte. Pero no fue así. Resultó estar vivo, en un sentido infernal y sobrenatural. Le dieron vida los campeones del resentimiento imperial, en la televisión y en la vida real. Le clavaron electrodos en el cuerpo […] y lo resucitaron.*

Ahora destruye ciudades extranjeras y amenaza al mundo con armas nucleares.[133]

Los propios ucranianos evocaron la película *Guerra Mundial Z* cuando tuvieron que hacer frente a la marea humana rusa en el sur del país. Sin embargo, el ejército de zombis es un ejército Potemkin, capaz de aplastar ciudades con bombas, pero incapaz de liderar una ofensiva a gran escala por tierra y aire.

Ucrania es el Irak de Rusia: una intervención militar masiva destinada a cambiar un régimen político al margen de las normas legales establecidas, sobre la base de que suponía una amenaza directa (o inminente) para el Estado atacante (incluso mediante el desarrollo de «armas de destrucción masiva») y se percibía que tendría todas las posibilidades de éxito porque los soldados serían recibidos como libertadores por parte de la población local. La analogía es más que imperfecta. Irak era una dictadura estigmatizada por las resoluciones del Consejo de Seguridad y presentaba un problema innegable para la región y la comunidad internacional, además, Estados Unidos no estaba solo en su empeño. En cambio, Ucrania, aunque era una democracia imperfecta, no constituía en modo alguno una amenaza para Rusia, que solo contaba con Bielorrusia como compañero beligerante. No había invadido a ninguno de sus vecinos, ni empleado armas químicas contra su propia población, ni planeado asesinar a ningún expresidente ruso. Por otro lado, ambas guerras fueron transformadoras: tuvieron un impacto en todo el mundo.

Una cosa es casi segura: la guerra de Ucrania no acabará en una paz de los valientes y no habrá Congreso de Viena ni Congreso de Versalles para concluirla. Por lo demás, todavía son posibles varios escenarios.

Los cinco escenarios posibles

El escenario «Chipre». En un escenario favorable, Moscú lograría finalmente, a costa de grandes esfuerzos, conquistar la totalidad de la «Nueva Rusia», desde el Donbás hasta el oeste de Crimea, y consolidar sus posiciones. Propondría entonces un alto el fuego en Kiev. Este escenario seguirá siendo improbable mientras la capacidad de resistencia de Ucrania supere la capacidad de movilización de Rusia, que mantendría al país en estado de guerra y esperaría a que Occidente se cansara. Rusia ya habría ganado al tener las regiones ocupadas bajo su control durante mucho tiempo, con todos los beneficios económicos y demográficos que ello conlleva. Este

escenario recordaría a la guerra de Nagorno-Karabaj entre 1994 y 2020. O, *mutatis mutandis*, el resultado de la invasión de Chipre de 1974.

El escenario «Corea». Un estancamiento duradero —una especie de prueba de debilidad o lo que el experto estadounidense Eliot Cohen llama un «colapso competitivo»— podría conducir en última instancia, tras una retirada rusa, a un retorno acordado al *statu quo* previo al 24 de febrero.[134] Una hipótesis sugerida por diversas personalidades, como Henry Kissinger, como posible resultado óptimo para una eventual negociación.[135] Baste decir que el antiguo secretario de Estado no solo ha hecho amigos en Ucrania. De hecho, esto es exactamente lo que propuso en 1973: una vuelta a la situación anterior, a condición de que las partes aceptaran los principios de la Resolución 242 del Consejo de Seguridad de la ONU, que consagra el derecho de todo Estado a vivir dentro de fronteras seguras y reconocidas y la inadmisibilidad de la adquisición de territorio por la fuerza.[136] Y sobre esta base se puso en marcha el proceso de paz de Camp David, en el que Egipto acabó aceptando la existencia de Israel, Ammán abandonó sus reivindicaciones territoriales sobre la Cisjordania anexionada en 1950 y se logró la paz entre Israel y Jordania. Si Ucrania se enfrentara a la perspectiva del colapso de su ejército, este escenario no sería absurdo y probablemente sería el mínimo aceptable para Kiev. Podría recordar al armisticio de Corea (1953), cuya negociación se vio facilitada por la desaparición de Stalin. Un precedente más que imperfecto, sin embargo, porque ese armisticio dio lugar a dos Estados independientes.

El escenario «Croacia». Teniendo todo en cuenta, este escenario, que supondría el progresivo colapso material y moral del ejército ruso, sigue siendo más probable que la hipótesis contraria. ¿Acabarán volviéndose los rusos contra la guerra? Con el tiempo, el efecto corrosivo de las sanciones —un veneno lento— sobre la economía y las capacidades bélicas de Moscú se dejará sentir. ¿Hasta el punto de permitir algún día a Ucrania lanzar una operación relámpago para reconquistar su territorio, como hizo Croacia en el verano de 1995 (Operación Tormenta)? De ser así, varios países aliados podrían negarse a ayudar a Ucrania en una operación de reconquista de Crimea. Con el riesgo esta vez real de escalada del conflicto y amenaza nuclear. El suministro de armas y de inteligencia táctica a Ucrania podría entonces agotarse.

El escenario «Kosovo». Imaginemos que se recupera el Donbás, pero Crimea sigue en manos de Moscú. ¿Como Kosovo para Serbia?

Sería un paralelismo atrevido: Serbia fue el agresor y, al parecer, ha abandonado toda esperanza de hacerse con el control de las tierras de habla albanesa. Digamos que el irredentismo ucraniano podría desarrollarse hasta el punto de que la península se convirtiera en una especie de Alsacia-Lorena, con posibilidad de una futura recuperación. Así que este escenario de «tierra a cambio de paz», tomando prestada la metáfora de Oriente Medio, solo sería verdaderamente realista si los países de la OTAN —liderados por Estados Unidos— aceptaran compensar la pérdida de Crimea y el reconocimiento de la soberanía rusa sobre el territorio con una garantía de seguridad para Ucrania dentro de sus nuevas fronteras. Al precio de bendecir de hecho la transgresión por parte de Rusia de las normas europeas sobre la no modificación de las fronteras por la fuerza.[137] Debido a que este escenario sigue siendo extremadamente improbable, no se menciona aquí el precedente de la Guerra de Invierno, en la que Finlandia consintió en 1940 el abandono de parte de su territorio tras haber dado una lección a las fuerzas soviéticas.

El escenario «Afganistán». Putin pensó que estaba jugando a 1956 o a 1968 —una operación neoimperial para restablecer el orden en las fronteras del imperio— pero corre el riesgo de encontrarse en 1979 —Afganistán— o incluso un siglo antes, en 1856 —Crimea, de hecho—. Putin podría experimentar así el destino de Nicolás I, quien no estaba destinado a subir al trono, cuya victoria en 1812 le hizo sentirse invencible y lo llevó a embarcarse en la guerra de Crimea... solo para ser sustituido. Si Putin sobrevive a la derrota de su ejército, sin duda afirmará que se ha dado una lección a los ucranianos y que los rusos deben librar ahora una gran guerra patriótica a largo plazo contra la OTAN.

---

[108]. Blake Hounshell y Leah Askarinam, (18 de febrero de 2022). «Explaining Putin's Decades-Long Obsession With Ukraine». *The New York Times*.

[109]. «“La Russie espère susciter la crainte d'une confrontation militaire en Europe”, une conversation avec Isabelle Facon», (11 de febrero de 2022). *Le Grand Continent*.

[110]. Timothy Snyder, (8 de mayo de 2015). «When Stalin Was Hitler's Ally». *Eurozine*.

[111]. Pierre-Alexis Michaud, (17 de febrero de 2023). «Laure Mandeville et Constantin Sigov, “Qu'est-ce que l'Ukraine?”». *Le Figaro*.

[112]. Laure Mandeville, (10 de marzo de 2014). «Brzezinski: “Si Poutine prend la Crimée, il perdra l'Ukraine”». *Le Figaro*.

[113]. Taras Kuzio, (26 de marzo de 2021). «Five Reasons Why Ukraine Rejected

Vladímir Putin's "Russian World"». *Atlantic Council.*

[114]. Laure Mandeville, (17 de febrero de 2022). «Pourquoi la Russie rêve de prendre d'assaut l'ordre européen». *Le Figaro*.

[115]. Tal Kopan, (3 de marzo de 2014). «Chess Master: Putin Makes Own Rule». *Politico*.

[116]. Loïc Trégourès, (26 de enero de 2017). «Pourquoi les Balkans comptent (partie 2)». Institut de relations internationales et stratégiques (IRIS).

[117]. Jean-François Colosimo, (2022). *La Crucifixion de l'Ukraine. Mille ans de guerres de religions en Europe*. Albin Michel.

[118]. Citado en Mary E. Sarotte, obra cit., p. 127.

[119]. Russia Today (21 de septiembre de 2022). Discurso de un exsacerdote en la Plaza Roja, tras el discurso de Putin [Vídeo]. YouTube.

[120]. Isabelle Mandraud, (7 de octubre de 2022). «Vladímir Poutine ou le crépuscule de l'impérialisme russe». *Le Monde.*

[121]. Benoît Vitkine, (5 de abril de 2022). «En Russie, le nouveau souffle des idéologues» Le Monde.

[122]. Alexandre Devecchio y Raphaël Pinault, art. cit.

[123]. Kseniya Kirillova, (17 de enero de 2023). «Learn to Love Death, Russians Urged». Center for European Policy Analysis (CEPA).

[124]. Marc Semo, (13 de octubre de 2022). «Jean-François Colosimo: "Les empires européens ont fait de l'Ukraine un enjeu majeur de leurs guerres saintes"». *Le Monde.*

[125]. François Galichet, (24 de junio de 2022). «Guerre en Ukraine: "Il y a une filiation entre l'idéologie nihiliste qui a marqué la Russie au xixe siècle et cette façon de mener la guerre"». *Le Monde.*

[126]. «Медведев: российская армия дойдет до Львова, если понадобится» [Medvédev: El ejército ruso llegará a Leópolis, si es necesario]. (24 de marzo de 2023). RIA Novosti.

[127]. Benoît Vitkine, (2 de abril de 2023). «Céline Marangé, chercheuse: "En Russie, l'État et l'Église ont suivi la même trajectoire autoritaire"». *Le Monde.*

[128]. Texto traducido y distribuido por la Fondation pour l'innovation politique en 2022.

[129]. Max Seddon *et al.* (23 de febrero de 2023). «How Putin Blundered Into Ukraine – Then Doubled Down». *The Financial Times*.

[130]. «Why Russia Has Never Accepted Ukrainian Independence». (18 de diciembre de 2021). *The Economist.*

[131]* *N. de la T.:* En el alfabeto cirílico la «З» corresponde a la «Z» del nuestro.

[132]* *N. de la T.:* Berezina es un río bielorruso que adquirió su fama en 1812, durante

las guerras napoleónicas. Se estima que en esa batalla murieron decenas de miles de soldados mientras intentaban cruzar el río. Desde entonces, en francés «Bérézina» se emplea para referirse a cualquier desastre o situación catastrófica.

[133]. Andréi Arjánguelsky, A. (1 de febrero de 2023). «Interview: Writer Vladímir Sorokin Says Russia's Unresolved Historical Traumas Have Now "Taken The Form of War"». RFE /RL.

[134]. Eliot A. Cohen, (12 de abril de 2022). «This Is the War's Decisive Moment». *The Atlantic*.

[135]. Timothy Bella, (24 de mayo de 2022). «Kissinger Says Ukraine Should Cede Territory to Russia to End War». *The Washington Post*.

[136]. Martin Indyk, [@Martin_Indyk] (26 de mayo de 2022). X (antes Twitter).

[137]. Liana Fix y Michael Kimmage, (23 de marzo de 2022). «What If Russia Makes a Deal? How to End a War That No One Is Likely to Win». *Foreign Affairs*.

8
La caída final

Poco más de cien años después del nacimiento de la Unión Soviética, estamos a punto de asistir a su segunda muerte: el intento de Vladímir Putin de reconstituir una esfera de influencia privilegiada en torno a Rusia se está convirtiendo en una catástrofe. Y esta catástrofe quizá no haya hecho más que empezar. Cada vez resulta más difícil imaginar que Rusia pueda salir airosa de su aventura ucraniana. Se usa y se abusa del adjetivo «histórico» para describir la evolución geopolítica actual, pero a veces es merecido.

¿Hacia el fascismo?

Michel Duclos ha descrito la radicalización de la política rusa desde el regreso de Putin a la presidencia en 2012 como: «el miedo a las revoluciones de colores, un deseo neocolonialista de conservar el control del "extranjero cercano", un sentido de la oportunidad, una percepción de la debilidad de Occidente y un deseo de afirmación internacional» y... la irrupción de China como posible socio alternativo.[138] Esta radicalización externa, acelerada por la deriva de Kiev hacia Occidente, unida a un endurecimiento interno —ambas cuestiones se retroalimentan— se ha incrementado desde 2022.

Sería exagerado hablar hoy de un Estado totalitario. En Rusia no existe ni un control absoluto de la sociedad ni una movilización total. Hay más rusos que parecen querer huir de la guerra que los que desean unirse a ella. La gente aún puede entrar y salir del país y los medios de comunicación extranjeros pueden trabajar. No se habla de pureza racial. Sin embargo, cada vez es menos absurdo hablar de un régimen fascista. Vladímir Putin parece cada vez más superado por la derecha. Su estrategia de los años 90 —de buscar la colaboración de grupos violentos, incluso neonazis— para proteger al país del contagio democrático, ha provocado que ahora le esté saliendo el tiro por la culata.[139] A los ultranacionalistas les están creciendo alas. La maquinaria de la guerra total se está poniendo en marcha. Fue el punto de convergencia de las dos ramas del nacionalismo ruso, la imperialista y la etnocentrista.[140]

El terreno era fértil. Como hemos dicho, la cultura política rusa está marcada por una alianza *de facto* entre los hombres de los servicios de seguridad y los del crimen organizado. El comportamiento del ejército es una clara encarnación de ello, reforzado aún más por la propia estructura de las fuerzas armadas rusas. El ejército está compuesto por soldados (a menudo abandonados a su suerte por la debilidad del cuerpo de suboficiales) y por oficiales cuya cultura militar se ha forjado gracias a una década de operaciones de «lucha antiterrorista» en Chechenia y, más recientemente, en Siria: un desencadenamiento de violencia ciega desprovista de toda preocupación moral. Las milicias chechenas y rusas —el grupo Wagner es el más conocido— tienen ahora la sartén por el mango. ¿Ganarán pronto la partida? Los acontecimientos del 24 de junio de 2023 fueron un anticipo de lo que podría ocurrir. Los ultranacionalistas rusos eran figuras relativamente marginales. «Estos personajes [...] se contentaban con vociferar sobre sus fantasías de guerra nuclear en televisión. La novedad es que ahora tienen ejércitos privados, con artillería y aviones, y una maza manchada de sangre como emblema».[141]

En la actualidad, el régimen ruso presenta, en efecto, muchas de las características del fascismo, aparte de su dimensión revolucionaria:[142] excepcionalismo y glorificación del pasado, así como victimismo y frustración; denuncia de la degeneración occidental, en particular la anglosajona, odio a la homosexualidad y fijación con la familia tradicional; obsesión por la limpieza («desnazificación») y la purificación. Las declaraciones de Putin sobre la «autodepuración» de la nación rusa a raíz del éxodo que siguió al lanzamiento de la operación Z (tema que ha retomado en la sustitución de empresas occidentales por otras rusas) la creación de milicias y la inscripción de jóvenes en clubes patrióticos, dan fe de ello; el culto al líder y a la fuerza; la glorificación de la guerra, que permite controlar la sociedad o que, al menos, la población la acepte con pasividad; la estética de las representaciones colectivas y los desfiles militares (el «regimiento inmortal», que celebra el sacrificio de los soldados de la Segunda Guerra Mundial); y, ahora, el control social, a través del sistema Okulus, que permite vigilar la actividad de los ciudadanos en Internet.

Merece la pena leer con atención el importante discurso pronunciado por el presidente ruso en la sala San Jorge del Kremlin el 21 de septiembre de 2022 para celebrar con gran pompa la anexión de cuatro «oblasts» ucranianos.[143] Las referencias del discurso son tanto más inquietantes cuanto que vuelve a citar al filósofo Ivan Iline, que consideraba el fascismo «necesario e inevitable». También hay que

recordar que el nombre de la milicia Wagner se debe menos al afecto de su fundador por la ópera que a su admiración por el Tercer Reich. En efecto, las ideas fascistas se están normalizando en Rusia.[144]

También está el éxito intemporal del personaje de Max Otto von Stirlitz, el héroe de una serie de televisión de los años setenta (*Diecisiete instantes de una primavera*), un espía soviético convertido en oficial nazi. Un icono que, según se dice, fascinó al joven Vladímir hasta el punto de mostrarle el camino de su futura carrera. De hecho, la elección de Putin por parte de la «Familia» (como se conocía el entorno de Boris Yeltsin) como sucesor del presidente en declive se basó en parte en su parecido con el héroe de ficción soviético. En 2022, se erigió una estatua a Stirlitz frente a la sede del SVR, el servicio de inteligencia exterior.[145] ¿Es el nazismo, descrito constantemente como el enemigo absoluto, objeto de admiración inconsciente en las filas de los antiguos oficiales del KGB? Como señala Pascal Bruckner: «Su rivalidad es mimética y hoy conocemos la fascinación que Hitler ejercía sobre Stalin». Además, «cuanto más fustiga el equipo del Kremlin al nazismo, más se acerca a él con extraños *lapsus linguae*».[146]

También hay referencias más contemporáneas. La noche de gala del 31 de diciembre de 2022 en la televisión estatal fue digna de verse. A medio camino entre *Cabaret*, *The Rocky Horror Picture Show* y *Los Juegos del Hambre*, este espectáculo *kitsch* y decadente reunió a soldados con uniformes impecables y a «actores obscenos con los labios hinchados y rojos, vestidos de transexuales, luciendo genitales gigantescos y pechos sobredimensionados», que supuestamente representaban a Occidente.[147]

La segunda muerte de la Unión Soviética

La Unión Soviética, en palabras del historiador Serhii Plokhy —que se apropia de la frase de Lord Ismay sobre la OTAN— garantizaba que «los ucranianos estarían dentro, los polacos, fuera y los rusos callados».[148] Hoy, el proyecto neoimperial de Putin se está derrumbando. No solo ha fracasado en su intento de unificar el «русский мир» [‘mundo ruso’], sino que sus vecinos más cercanos, gracias a la guerra, parecen querer emanciparse también. Tras pedir una breve ayuda a Moscú para sofocar una incipiente revuelta, Kazajstán ha decidido distanciarse de su gran vecino. Además, Rusia ya no está ahí para restablecer la estabilidad en su vecindad. Al permanecer ausente durante los últimos enfrentamientos entre

Tayikistán y Kirguistán —a pesar de haber restablecido la calma en 2021—, Bishkek ha cancelado las maniobras conjuntas que debían celebrarse con el ejército ruso. Sobre todo, Moscú hizo oídos sordos cuando Armenia, cuyo territorio soberano fue atacado por primera vez por fuerzas azerbaiyanas, invocó en septiembre de 2022 la garantía de defensa contenida en el tratado fundacional de la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC), sucedáneo de la OTAN. En consecuencia, Ereván se negó a firmar el documento final resultante de la reunión de la OTSC de noviembre de 2022, lo que bien podría haber firmado la sentencia de muerte de dicha organización.

¿Podemos hablar de simples réplicas del terremoto de 1991? Como mínimo, estamos hablando de lo que Gérard Araud ha llamado la «guerra de sucesión de la URSS». Y no cabe duda de que se trata de algo más. Aparte de la OTSC, el otro pilar de la Comunidad de Estados Independientes (CEI), el Espacio Económico Euroasiático, también está de capa caída. Moscú nunca ha querido entrar en el juego del multilateralismo regional y la cooperación entre iguales. Hoy en día, no solo su poder duro está afrontando sus límites, sino que su poder blando se está «disipando a ojos vistas».[149] Las palancas de la influencia rusa en Asia Central —la solidaridad de las élites soviéticas, la lengua rusa, los medios de comunicación— se están desmoronando. Y la anexión forzosa de cuatro *oblasts* ucranianos ha despertado más temor en los vecinos de Moscú que respeto por la antigua potencia tutelar. Ahora se habla mucho de colonialismo ruso y se teme la desestabilización de los frágiles Estados de la región, que solo cuentan con tres décadas de existencia autónoma. Kazajstán, Kirguistán y Tayikistán miran a China con la esperanza de atraer inversiones para… protegerse de Moscú. Por supuesto, los vínculos de dependencia económica no desaparecerán de la noche a la mañana, como tampoco lo hará el estatus del inmenso territorio ruso como encrucijada migratoria. Rusia necesita a Asia Central tanto más cuanto que Europa se está acercando a ella. Pero las semillas de la desintegración ya están ahí.

Se ha citado a Brzezinski al decir que, sin Ucrania, Rusia dejaría de ser un imperio. Esto sería aún más cierto si se confirmara la pérdida de influencia de Moscú en el resto de su entorno. Por tanto, puede que sea el «crepúsculo del imperialismo ruso» lo que se vislumbre en los próximos años.[150] En el Cáucaso y Asia Central, otras potencias saldrán beneficiadas, empezando por Turquía y China y, si son inteligentes, también Europa y Estados Unidos. Aunque sin la capacidad ni la voluntad de ser la policía de la región, un papel que

Moscú, todo hay que decirlo, ha asumido bastante bien. Podría comenzar un nuevo «Gran Juego».

¿Un descenso a los infiernos?

En el mejor de los casos, Vladímir Putin se las arreglaría para presentar su muy probable derrota en Ucrania como una victoria. ¿No es eso lo que hizo Nikita Jrushchov tras la crisis cubana o lo que han hecho otros autócratas como Sadam Husein, cuando presentó como tal su lamentable retirada de Kuwait? Sin embargo, lo tendrá difícil para convencer a la opinión pública rusa, a la que puede que le hayan lavado el cerebro durante una década, pero que no es del todo apática.

Propongamos tres cuasi certezas y tres escenarios. La Rusia de la década de 2020 será sin duda un país sin sangre, minado por la debilidad militar, económica y demográfica. Las sanciones son un veneno lento para la economía rusa y el dinero de los oligarcas ha huido. El país pierde un millón de habitantes al año. La geografía de la población está cambiando y el éxodo rural —hacia Moscú, Krasnodar y San Petersburgo— es una tendencia importante.[151] El Kremlin sigue siendo incapaz de convencer a los rusos de que se trasladen al Extremo Oriente para repoblar una región cuya población disminuye a toda velocidad (alrededor de una cuarta parte desde 1991). Y con el debilitamiento de las relaciones migratorias este-oeste, «la propia coherencia del territorio resulta amenazada».[152] Solo los inmigrantes procedentes de Asia Central siguen instalándose allí y han dado lugar al nacimiento de un «Islam polar» (Sophie Hohmann). El país experimenta una evolución paradójica: su baricentro demográfico es cada vez más occidental, pero su población es cada vez menos europea.

En 2019, *The Economist* describía a Rusia como un país con «una economía del tamaño de la de España, una corrupción del nivel de Papúa Nueva Guinea y una esperanza de vida inferior a la de Libia».[153] Dentro de unos años, podría tener una economía del tamaño de la de México, una corrupción al nivel de Nigeria y una esperanza de vida inferior a la de Pakistán. El enfermo de Eurasia, por así decirlo.

El país se está separando de Europa. La hipótesis descrita por Brzezinski en 1997 —«un imperio sin Ucrania significaría en última instancia una Rusia más “asiatizada” y más alejada de Europa»— está a punto de hacerse realidad.[154] Ucrania era el lado occidental del

cuerpo ruso, que equilibraba su lado oriental. Sin ella, cuya influencia en la historia y la formación de las élites rusas a veces se pasa por alto, las herencias mongola y tártara desempeñarán un papel más importante en la cultura nacional. Como sucedió a finales del siglo XIX, Moscú pivota hacia el este, pero esta vez con el gran atractor chino en el horizonte.

Es quizá el final de un ciclo histórico de tres siglos que comenzó con la victoria sobre Suecia en la batalla de Poltava (1709). Putin, quien quiso inspirarse en Pedro el Grande, habrá deshecho su obra. «Pedro el Grande no solo fue el hombre que "abrió una ventana a Europa"», también fue el zar «que comprendió que Rusia tenía que reclutar europeos para construir su ejército y su flota y crear un imperio capaz de derrotar a los propios europeos».[155] Aquellos días han pasado. «Ahora estamos tan lejos que prácticamente nada conecta a Rusia con la civilización occidental, todos los puentes se han quemado», afirma Alexander Zaldostanov, líder de los Lobos Nocturnos.[156] Los nuevos eslavófilos están encantados. Para Serguéi Karaganov: «hay que acabar con lo que fue nuestra segunda gran pasión en el siglo XX: el liberalismo». Añadió que «Rusia se despide de Europa». Y recuerda que «solo ha formado parte del mundo europeo durante tres siglos. Antes pertenecía al mundo bizantino». En resumen, «por fin volvemos a casa».[157]

En la gran regresión eslavófila, había que cerrar Rusia al mundo y, en particular, a Occidente. Hay que «destetarse de Occidente».[158] Dugin más que Pushkin. El filósofo ve Rusia como un «gran espacio telúrico» donde los diferentes pueblos pueden encontrar su lugar en la paz de los guerreros.[159]

Mientras Ucrania entra en Europa, Rusia sale de ella. La frontera de Europa volvería al Don, como antes de que Pedro el Grande —quien quería ser un emperador europeo y no un zar ruso— hubiera aprobado la propuesta del ingeniero Vasili Tatishchev que, en un texto de 1736, hacía de los Urales la nueva frontera: al oeste, hay cangrejos de río, robles, avellanos y cucarachas en profusión; al este, mucho menos. Coincidía con el sueco Philip Johan von Strahlenberg quien, tras la derrota de Estocolmo en Poltava, ya había imaginado esta frontera virtual.[160] Aunque no habría un «mundo después», sí habría una Europa después.

Después de la guerra, Rusia entraría en un periodo de agitación. Conocemos su historia: las debacles militares suelen ir seguidas de convulsiones políticas, como vimos en 1905, 1917 y 1989. Sin

embargo, en los últimos diez años, el país ha ido perdiendo a sus mentes más brillantes y, cada vez más, a sus clases medias. Como en 1917, las cárceles están abiertas y el Estado ha perdido el monopolio de la violencia legítima.

El oscuro futuro de Rusia

El escenario de Alemania después de 1945 es, por supuesto, siempre posible. Tras el *Götterdämmerung* [‘Crepúsculo de los dioses’], que sería la conmoción, y la *Stunde Null* [‘hora cero’], que sería el trauma, vendría la *Vergangenheitsbewältigung* [‘la introspección, el trabajo sobre uno mismo’], consistente en examinar los elementos más oscuros del propio pasado para emprender el camino de la curación.

Para los rusos más optimistas, la pérdida de Ucrania podría «liberar» al país, llevarlo a «rechazar la mentira de la épica» y llevarlo «de Dostoievski a Chéjov».[161] A convertirse en «un país europeo «normal».[162] Aunque sin la tradición de «Estado de derecho» (es cierto que con algunas interrupciones) que tuvo Alemania en su momento. Por no hablar del hecho de que sería difícil someterlo a un Nuremberg y de que no se pondría bajo la tutela de ningún protector benévolo. Lo más que podemos imaginar, por usar la analogía con la guerra de Crimea, es que el sucesor del zar depuesto sea un modernizador y un reformador.

Más probable, entonces, es el escenario norcoreano: el confinamiento y la radicalización de la «Rusia fortaleza», en la que Putin o sus sucesores mantendrían a la población del país en un permanente estado de guerra. Y así, quien quería ser Pedro el Grande, bien podría ser Kim Jong-un, con la diferencia de que el pueblo ruso tendría realmente que luchar. Y si la guerra terminara, Rusia emergería «con un gobierno que ejerce un control más estrecho sobre el sector privado que ningún otro lugar, con la excepción de Cuba y Corea del Norte».[163] Françoise Thom habla de un «imperio autárquico» que destetaría a la población de la influencia occidental. Cita al escritor Dmitri Glujovski, que habla de un poder que teje «un capullo en el que Rusia tendrá que envolverse para hibernar durante décadas, si no siglos», así como al historiador Vladímir Pastujov, quien imagina un «cuerpo congelado», «encerrado en una gigantesca cámara criogénica del tamaño de la séptima parte de la superficie terrestre».[164] A riesgo de prepararse para «cien años, o más, de soledad»,[165] como predijo en 2018 Vladislav Surkov —el hombre que inspiró *Le Mage du Kremlin* [El mago del Kremlin]—.

En esta Rusia-fortaleza, el esperma congelado de los combatientes de Ucrania —procedimiento que se ofrece gratuitamente a los movilizados— se aprovecha como reserva genética.[166] El Kremlin está obsesionado con la biología. El ministro de Cultura, Vladímir Medinski, afirmó en 2013 que los rusos tienen un cromosoma especial, un código genético «diferente del de los estadounidenses» (y, por supuesto, están desarrollando armas biológicas para combatirlo). Incluso se dice que los descendientes de los sitiados en Leningrado adquirieron y transmitieron una resistencia física extraordinaria.[167] ¿Podrían emplearse los espermatozoides de los caídos en combate para dar vida a otro «regimiento inmortal»? Me vienen a la mente los «caminantes blancos» de *Juego de Tronos*, un ejército de criaturas legendarias casi inmortales que salen de su letargo para invadir Poniente. Los dragones de esta serie parecen convocados metafóricamente por el presidente Zelensky:

> *No se puede detener a estos dragones que necesitan alimentarse. Puedes darles un país o parte de un país para satisfacer su apetito, pero siempre quieren más. Los radicales rusos le pedirán a Putin que continúe. A este tipo de dragones no se les puede detener ni con fronteras ni con océanos.*[168]

El antiguo Muro del Dragón (Змієві вали), que protegía a los kievitas de los invasores orientales, desempeñó un papel importante para frenar a las fuerzas rusas a principios de 2022. En la misma línea de fantasía heroica, me viene a la mente *El Señor de los Anillos*. Rusia se convertiría en una especie de Mordor, una tierra desolada donde las fuerzas del mal preparan su venganza y la reconquista de la Tierra Media. Los admiradores de J. R. R. Tolkien afirman que la esclavización de Rusia ya está en marcha y comparan el comportamiento de los militares rusos con el de los orcos, esos soldados mitad bestia, mitad humanos, que no conocen límites para el horror. El primer ministro estonio se refirió explícitamente a ella como «la gran batalla de nuestro tiempo».[169] Por encima de todo, Vladímir Putin distribuyó ocho anillos a los líderes de la Comunidad de Estados Independientes y, de inmediato, los comentaristas rusos los apodaron los «Anillos de Poder».[170]

La mencionada *popadantsy*, el tipo de ficción especulativa en la que los rusos sueñan con ucronías, habría preparado básicamente al país para el paso a una especie de realidad paralela. En *El día del opritchnik* (2006), Vladímir Sorokin describe la Rusia de 2028, tras una catástrofe que ha matado a millones de personas. El país es una dictadura medieval moderna que ha construido una Gran Muralla para aislarse de Occidente, de «¡… la peste y la impiedad, de los malditos

ciberpunks, los sodomitas, los católicos romanos, los melancólicos, los budistas, los sádicos, los satanistas, los marxistas, los megaonanistas, los fascistas, los pluralistas y los ateos!».[171]

Queda un escenario somalí, el del agujero negro. Después de Putin, la implosión podría ser rápida si no hay frenos institucionales. Las instituciones rusas no son más que cascarones vacíos. Ya hay «grupos que han asumido las reglas de la mafia y han tomado prestado de ella su estilo de vida, sus actitudes físicas, una "moral" *sui generis* y una jerarquía de "padrinos" que gobiernan a sus protegidos».[172] Según un analista ruso, «el gobierno no será suficientemente fuerte para proteger a las empresas de las mafias formadas por soldados desmovilizados equipados con las armas adquiridas durante la guerra».[173] Andrew Marshall, el brillante futurista estadounidense apodado el Yoda del Pentágono, dijo al autor de estas líneas en los albores del nuevo milenio: «Hay un escenario al que no estamos prestando suficiente atención. —¿Y cuál es? —Rusia podría caer por un precipicio».

El escenario somalí podría desembocar en otro escenario alemán distinto al de 1945: el de 1933. Totalitarismo, seguido de revanchismo. Un nuevo nacionalismo imperial, revanchista y antieuropeo. En junio de 1941, Friedrich Reck-Malleczewen escribió sobre Alemania: «Nunca un pueblo se tambaleó hacia la catástrofe en tal estado de estupefacción e impotencia».[174] Para Françoise Thom, cuyos análisis han sido considerados con frecuencia demasiado pesimistas, pero a quien hoy la historia parece haber dado la razón, esta frase se aplica perfectamente a la Rusia contemporánea.

---

[138]. Michel Duclos, (otoño de 2022). «La guerre en Ukraine: comment la Russie a perdu l'Occident». *Commentaire, 179*.

[139]. Robert Horvath, (21 de marzo de 2022). «Putin's Fascists: The Russian State's Long History of Cultivating Homegrown Neo-Nazis». *The Conversation*.

[140]. Pål Kolstø y Helge Blakkisrud, (2018). *Russia Before and After Crimea, Nationalism and Identity, 2010-2017*. Edinburgh University Press.

[141]. Benoît Vitkine, (17 de noviembre de 2022). «En Russie, les visées politiques d'Evgueni Prigojine, patron de la compagnie de mercenaires Wagner». *Le Monde*.

[142]. «A Dark State». (30 de julio de 2022). *The Economist*.

[143]. Discurso del presidente de la Federación Rusa, Vladímir Putin (21 de septiembre de 2022).

[144]. Anton Shekhovtsov, (13 de abril de 2022). «The Shocking Inspiration for Putin's

Atrocities in Ukraine». *Haaretz*.

[145]. «A Dark State». (30 de julio de 2022). *The Economist*.

[146]. Pascal Bruckner, (4 de agosto de 2022). «La frontière entre l'Occident et la Russie n'est pas géographique, elle est civilisationnelle». *Le Figaro*.

[147]. Isabelle Lasserre, (2023). *Macron-Poutine, les liaisons dangereuses*. Éditions de l'Observatoire, p. 135.

[148]. Serhii Plokhy, (2021). *The Gates of Europe: A History of Ukraine*. (Edición revisada). Basic Books, p. 230.

[149]. Temur Umarov, (23 de diciembre de 2022). «Russia and Central Asia: Never Closer, or Drifting Apart?». Carnegie Endowment for International Peace.

[150]. Isabelle Mandraud, art. cit.

[151]. Kamil Galeev, [@kamilkazani] (15 de febrero de 2022). X (antes Twitter).

[152]. Alain Blum y Serge Zakharov. «Russie: une démographie très politique et instable». *Diplomatie, 51*, p. 33.

[153]. «The West Should Learn Some Lessons From Vladímir Putin's Success». (26 de octubre de 2019). *The Economist.*

[154]. Zbigniew Brzezinski, obra cit., p. 113.

[155]. Françoise Thom, (15 de julio de 2022). «Poutine: la phase de l'autodestruction». *Desk Russie*.

[156]. Iegor Gran, (2022). *Z comme zombie*. P.O.L., p. 128.

[157]. Natalia Routkevitch, (verano de 2022). «L'adieu à l'Occident. Entretien avec Sergueï Karaganov». *Politique internationale, 176*.

[158]. Françoise Thom, «La marche vers l'autarcie de la Russie poutinienne», obra cit.

[159]. Eugénie Bastié, (16 de marzo 2022). «Georges Nivat: "Aux racines idéologiques de la vision du monde de Vladímir Poutine"». *Le Figaro*.

[160]. François-Xavier Nérard, «Du Don à l'Oural». En Bledniak, S. *et al.* (2022). *Chroniques de l'Europe*. CNRS Éditions, p. 65.

[161]. André Markowicz, (2023). *Et si l'Ukraine libérait la Russie?* Seuil, colección «Libelle», p. 50.

[162]. Adrian Karatnycky, (20 de febrero de 2023). «Can Russia Ever Become a "Normal" European Nation?». *Foreign Policy*.

[163]. Konstantin Sonin, (15 de noviembre de 2022). «Russia's Road to Economic Ruin». *Foreign Affairs*.

[164]. Françoise Thom, «La marche vers l'autarcie de la Russie poutinienne», obra cit.

[165]. «Russia Faces "100 Years of Solitude" (Or More), Putin Aide Says». (10 de abril de 2018). RFE/RL.

[166]. Paul Kirby, (28 de diciembre de 2022). «Russian Troops Able to Freeze Sperm for Free – Lawyer». BBC.com.

[167]. Galia Ackerman, (invierno 2022-2023). «Russie: un État sans nation. Entretien avec Sergueï Medvedev». *Politique internationale, 178*.

[168]. Isabelle Lasserre, (8 de febrero de 2023). «Volodymyr Zelensky au Figaro: "Si Poutine gagne cette guerre, il recommencera la même chose ailleurs"». *Le Figaro*.

[169]. «Speech by Prime Minister Kaja Kallas at Paasikivi Seura in Finland, "The Battle of Our Time"». (15 de noviembre de 2022). Republic of Estonia Government (valitsus.ee).

[170]. «"New Year's Gifts": Kremlin on Rings Presented to CIS Leaders». (27 de diciembre de 2022). Agencia TASS.

[171]. Vladímir Sorokin, (2008). *El día del opritchnik*. Alfaguara.

[172]. Yves Hamant, (21 de marzo de 2022). «Le recours de Poutine à l'argot mafieux indique une sorte d'appartenance au monde des malfrats». *Le Monde*.

[173]. Konstantin Sonin, (15 de noviembre de 2022). «Russia's Road to Economic Ruin». *Foreign Affairs*.

[174]. Friedrich Reck-Malleczewen, (2015). *La Haine et la Honte. Journal d'un aristocrate allemand. 1936-1944*. Vuibert, p. 170.

9
El desafío chino

Aunque es legítimo, por muchas razones, hablar de Rusia y China al mismo tiempo, estos dos grandes países son claramente diferentes tanto en su naturaleza interna como en su comportamiento en el exterior. Mientras que Moscú promueve una visión integradora de la nación rusa, Pekín reprime cada vez con más dureza a sus minorías: la «rusidad» no pretende ser étnica, mientras que la «chinitud» lo es cada vez más. Si Rusia se ha convertido en un Estado casi fascista, China se ha convertido en un Estado casi totalitario. Mientras Moscú lleva a cabo agresiones militares directas, Pekín actúa con más discreción y paciencia. Rusia juega un juego táctico y a corto plazo, mientras que China encarna la estrategia y el largo plazo. Para emplear una metáfora ya famosa, propuesta en 2019, si Rusia es un fenómeno meteorológico agresivo pero fugaz, China es el cambio climático, más discreto, pero mucho más significativo.[175]

Naturaleza y objetivos del poder chino

El único de los neoimperios que desciende directamente de una gran civilización antigua es China, que hoy es una dictadura personal basada en un partido-Estado. Xi Jinping ha consolidado su poder en todas partes y ahora puede ser presidente vitalicio. Digno heredero de Mao Zedong, desde 2022 se le conoce como el «Timonel».

Hace veinte años, solía decirse que China era cada vez menos comunista. No solo sigue siendo comunista, sino que lo es cada vez más. El partido —con casi cien millones de afiliados— reina y los demás poderes están subordinados a él. No solo está presente en toda la economía, sino que las empresas estatales desempeñan un papel cada vez más importante. En China, «el Estado contraataca».[176] Las referencias marxistas-leninistas y maoístas «son algo más que simples herramientas de comunicación», afirma Alice Ekman. La batalla ideológica «existe y debe librarse hasta el final», porque el comunismo está en perpetua lucha contra las fuerzas occidentales del liberalismo.[177] Así pues, el XX Congreso del Partido Comunista Chino fue, en cierto modo, exactamente lo contrario de su homólogo

soviético de 1956. Según los estatutos del partido, el país se encuentra todavía en la «fase primaria del socialismo» y debe trabajar para «la consecución del comunismo», que sería por tanto la fase final del gobierno chino, en un mordaz desmentido de las tesis de Francis Fukuyama.

Recordamos el punto de inflexión de 1979, encarnado por la visita de Deng Xiaoping a Estados Unidos: la reconciliación entre los dos países era completa, China admiraba a Estados Unidos e iba a desarrollarse con su apoyo. Diez años más tarde, sin embargo, China se vio sorprendida por la caída de la Unión Soviética. Recién reprimidas las manifestaciones de Tiananmen, el régimen se obsesionó con una idea: evitar el destino de su gran vecino del norte. Por tanto, debía mejorar la vida de sus ciudadanos, según la tradición del mandato celestial del emperador —de ahí la apertura de la economía— y perfeccionar su control del país —de ahí el sometimiento del Tíbet y el Turquestán—.

Con Xi Jinping, la doctrina de la «emergencia pacífica» del país, descrita para los occidentales por el ideólogo del partido Zheng Bijian a mediados de la década de 2000, ha caído en desgracia. En vez de eso, una China sin complejos, moderna sin imitar a Occidente, cuyos defectos se hicieron patentes con la crisis de 2008, podría servir de modelo de desarrollo para el resto del mundo. Y sustituir el «consenso de Washington», basado en la libre empresa y los derechos civiles, por un «consenso de Pekín» basado en el capitalismo de estado y la no injerencia. Estas ideas fueron plasmadas a principios de la década de 2010 por Zhang Weiwei, de la Universidad de Fudan, y cuyos escritos se dice que sedujeron al Politburó.[178] Así que Zhang se impuso a Zheng, y China ha cambiado.

Según los estatutos del partido, el objetivo ahora es «lograr la modernización socialista antes de 2035 y hacer de China un gran país socialista moderno a mediados de este siglo». Naturalmente, China quiere completar su control del país y absorber Taiwán tras haber digerido a Hong Kong, y recuperar lo que considera su legítimo lugar en la escena internacional. ¿Quiere dominar el mundo? Quizá no explícitamente. Pero como el apetito viene con el comer y «las capacidades crean intenciones» —como escribió Aron—, ya no se trata simplemente de expulsar a Estados Unidos de Asia y del Pacífico Oriental. Como mínimo, quiere estar en el centro del mundo, y siente que ha llegado su hora: «Oriente se eleva, Occidente declina» [东深 (dong shen), 西江 (xi jiang)]. Y el centenario de la revolución, en 2049, se acerca rápidamente. La forma en que el presidente de la

Comisión Europea describe las ambiciones del Partido Comunista Chino parece acertada: quiere «un cambio sistémico en el orden mundial, centrado en China».[179]

Estrategia y recursos de China

Tras convertirse en la fábrica del mundo, China quiere ser ahora su laboratorio. El esfuerzo investigador emprendido por el país es impresionante, pero se basa en una gigantesca empresa de depredación intelectual, cuyas operaciones pueden durar varias décadas y en la que deben participar todos los chinos residentes en el extranjero. Pekín pesca con redes las patentes, los conocimientos técnicos y —ahora cada vez más— los datos, incluso a través de sus empresas insignia, como Huawei y TikTok. China también quiere convertirse en la gran potencia energética del siglo XXI. Ya tiene el monopolio de las baterías de litio e invierte masivamente en la producción de hidrógeno sin carbono (reactores de lecho de bolas).

Die Seidenstrasse, la Ruta de la Seda, es la reconstrucción intelectual realizada en 1877 —en pleno Gran Juego— por un geógrafo alemán, el barón Ferdinand von Richthofen, de la ruta comercial terrestre entre Roma y China. En 2013, China lanzó la nueva «Ruta de la Seda» y la «Ruta de la Seda Marítima». El objetivo era volver a conectar China con su propia historia: la de los exploradores Zhang Qian (siglo I a.C.) por tierra y Zheng He (siglo XV d.C.) por mar. Pero también, sin duda, reafirmar simbólicamente que había comenzado la era de la revancha contra los imperios occidentales. Resulta tentador verlo como una especie de reencarnación simultánea del *Baghdadbahn* y la Compañía de las Indias Orientales. Pero este proyecto, consagrado en los estatutos del partido en 2017 como la «Iniciativa del Cinturón y la Ruta», encarna una ambición que va mucho más allá del comercio. Se trata de completar el desarrollo interno del país y desarrollar una red de relaciones económicas, financieras, digitales y militares que puedan contrarrestar las de las alianzas occidentales. Las inversiones chinas en puertos y redes energéticas son especialmente impresionantes. La primera cumbre de países participantes o interesados, celebrada en Pekín en 2017, reunió a 68 países que representan la mitad del PIB mundial.

China quiere un mundo con características chinas: si no para controlarlo, al menos para conseguir su pleno desarrollo. Para ello, ha invertido mucho en organizaciones internacionales. Las Naciones Unidas son las primeras afectadas. Como segundo mayor

contribuyente al presupuesto normal de la organización desde 2019, cuenta con 8000 hombres listos para participar en misiones de mantenimiento de la paz y está invirtiendo en el sistema desde la base, en particular a través del programa de oficiales profesionales subalternos. Los funcionarios y becarios chinos tienen una misión prioritaria: defender los intereses nacionales y reescribir las reglas y normas de la vida internacional.
Aunque el poder blando no es el arma favorita de Pekín, la difusión de los institutos Confucio, los programas de asociación e intercambio con universidades occidentales y la inversión en películas y estudios de Hollywood forman parte integrante de su estrategia de influencia. Y la diáspora es una herramienta esencial, dado que, según la legislación china, «todo ciudadano debe apoyar, ayudar y cooperar en las labores de inteligencia nacional».[180]
En la década de 2010, China también se convirtió en el principal acreedor de los países en desarrollo, compitiendo con los organismos internacionales. Entre 2008 y 2021, prestó principalmente a Rusia, Venezuela, Brasil, Angola, Pakistán, Ecuador, Kazajstán y Bangladesh, que en conjunto representaron el 60% de la financiación de esos países (cerca de 300000 millones de dólares).[181] A menudo en condiciones muy desfavorables, lo que permite a Pekín, en caso de impago, apropiarse de infraestructuras locales a modo de cobro.

Desde el punto de vista militar, busca en primer lugar controlar su entorno: las tres cadenas de islas que dan acceso al Pacífico y al mar de la China Meridional —que pretende transformar, desafiando el derecho marítimo, en un lago interior chino—. Ha comenzado a abrir bases en el extranjero. Su ejército se ha vuelto mucho más eficaz en términos de logística (la lucha contra la corrupción ha producido sus efectos) y de preparación para la guerra (los ejercicios se han vuelto más realistas).

Por supuesto, debemos congratularnos de que la modernización de China haya sacado a cientos de millones de personas de la pobreza y haya dado a casi todo el planeta acceso a bienes de consumo cotidiano de bajo coste. Pero solo si destacamos también su responsabilidad en los males del mundo. Debemos recordar que es el líder mundial en emisiones de gases de efecto invernadero; que la demanda china ha disparado el coste de los hidrocarburos y las materias primas; que su ascenso al poder se basa en el saqueo de recursos materiales e intelectuales de todo el mundo; que muchas de las pandemias del mundo se originaron en su territorio; y que nunca ha querido arrojar luz sobre los orígenes del SARS-CoV-2.

[175]. Citado en Joseph Marks, (10 de marzo de 2019). «Analysis: The Real Cybersecurity Battleground». *Press Herald.*

[176]. Nicholas R. Lardy, (2019). *The State Strikes Back: The End of Economic Reform in China?* Peterson Institute for International Economics.

[177]. Alice Ekman, (2022). *Dernier vol pour Pékin*. Éditions de l'Observatoire, pp. 9 y 26.

[178]. Nathan Gardels, (18 de noviembre de 2022). «The Clash of "Civilizational States"». *Noéma*.

[179]. Discurso de la presidenta de la Comisión Europea, Ursula von der Leyen, sobre las relaciones entre la Unión Europea y China, (30 de marzo de 2023).

[180]. Ley de Inteligencia Nacional (28 de junio de 2017).

[181]. Rebecca Ray, (19 de enero de 2023). «"Small is Beautiful": A New Era in Chinese Overseas Development Finance?». Global Development Policy Center, Boston University.

10
Choque de titanes

A finales de 2018, en un seminario de prospectiva organizado por la *Office of Net Assessment* del Pentágono, el autor de estas líneas planteó a los participantes la siguiente pregunta: «¿Podemos imaginar un escenario alternativo a la competición entre China y Estados Unidos que sea tan estructurante para las relaciones internacionales en las próximas décadas?» Nadie tuvo una respuesta.

El partido del siglo

Incluso en ausencia de un conflicto abierto, es probable que la rivalidad chino-estadounidense domine la primera parte del siglo. El Imperio alemán representaba el 35% del PIB estadounidense en 1917, la Alemania nazi y el Japón imperial el 29% en 1943, la Unión Soviética el 40% en 1980 y China el 60% a mediados de 2010.[182] La competición estratégica chino-estadounidense es tanto un «choque de capitalismos» como un choque de civilizaciones, con dos modelos y dos proyectos diferentes.[183] Por un lado, una democracia liberal de tradición marítima, decidida a hacer del Indopacífico un espacio «libre y abierto». Por otro, un Estado autoritario que cuenta con la red de las Rutas de la Seda para establecer su dominio sobre Eurasia. Hoy existe una espiral de competencia sistémica, en la que cada parte cree profundamente en su propia narrativa, y donde casi siempre falta la comprensión del contrario.

Las relaciones chino-estadounidenses son amistosas desde hace mucho tiempo. El Tratado de Burlingame (1868), que lleva el nombre del diplomático estadounidense que ayudó a Pekín a firmarlo, prometía «comercio, paz y la unificación de los intereses chinos con los de toda la raza humana».[184] Washington y Pekín fueron aliados *de facto* durante la Segunda Guerra Mundial y a partir de 1971. Incluso después de los sucesos de la plaza de Tiananmen, el presidente Bush escribió a Deng Xiaoping que «respetaba las diferencias entre nuestras dos sociedades y nuestros dos sistemas».[185] En la década de los noventa, las tensiones empezaron a recrudecerse, sobre todo a raíz del espionaje chino en el país y por su política de difusión de tecnologías

nucleares. Pero Estados Unidos seguía confiando en convertir a China en un «accionista responsable» del sistema internacional, en particular mediante su entrada en la OMC. No fue hasta la década de 2010, con la radicalización de la política china y su expansionismo en el mar de la China Meridional, cuando EE.UU. cambió de tono. Con el alcance de la depredación intelectual y el temor a que los gigantes chinos de las telecomunicaciones como ZTE y Huawei —sospechosos de actuar en beneficio del Partido Comunista— echaran raíces en el continente, la política estadounidense empezó a dar un giro, personificado en un importante discurso del vicepresidente Mike Pence en octubre de 2018. Comenzó una nueva contención. El partido del siglo había comenzado. Enfrentaba a dos grandes Estados capitalistas modernos, con vastos territorios ricos en recursos y economías bien integradas con las de sus vecinos. ¿Cuál de los dos tiene mejores bazas?

Puntos fuertes y débiles de ambas partes

Geográficamente, frente a una China que no controla sus rutas de acceso marítimo y mantiene numerosas disputas con sus vecinos, Estados Unidos se encuentra en una posición claramente favorable. No tiene enemigos en sus fronteras, sino dos grandes litorales abiertos. Como dijo Bismarck: «América tiene mucha suerte: al norte y al sur, vecinos débiles; al este y al oeste, peces».

Políticamente, China disfruta de un liderazgo firme, claro y estable. América, en cambio, se encuentra en la situación opuesta: con elecciones cada dos años y un mandato presidencial limitado a cuatro años, está sujeta a espectaculares giros de 180º. Aunque también podemos admirar su capacidad de ajuste y adaptación.

En el interior, las debilidades de ambas sociedades son evidentes. Los contratos sociales parecen estar agotándose en ambas partes. El impacto medioambiental del crecimiento económico, el aumento de los precios de la propiedad y la crisis provocada por la COVID-19 han afectado la confianza de los chinos en su sistema y han provocado (con frecuencia) el desánimo y, en ocasiones, la protesta. Al otro lado del Pacífico, la división continúa en aumento, como demuestra la creciente división entre los republicanos y los demócratas del Congreso, y el consiguiente uso cada vez mayor de órdenes ejecutivas por parte de la Casa Blanca. La violencia policial y los asesinatos en masa, que han aumentado de forma considerable en la última década, también alimentan las divisiones. Hay una diferencia importante: el sistema comunista chino nunca ha puesto realmente a prueba su

resistencia a las crisis, mientras que Estados Unidos ya ha vivido periodos de división y violencia en el pasado y los ha superado con nota. Hay que recordar cómo era Estados Unidos a finales de la década de 1910, como describe vívidamente Adam Hochschild en su libro *American Midnight*: racismo rampante, xenofobia, censura y represión policial del socialismo, campos de internamiento, tortura, violencia urbana y bombardeos, por no hablar de los estragos de la gripe española, etc. Treinta años más tarde, se convirtió en la primera potencia mundial.[186]

Tanto Estados Unidos como China parecen tener sus propios problemas demográficos. Pero mientras que los problemas de Estados Unidos parecen ser cíclicos, los de China son estructurales. China se ha comido su pan blanco demográfico. Ha completado su transición a la modernidad y su población en edad de trabajar ha empezado a disminuir. Desde hace algunos años, su saldo natural (diferencia entre nacimientos y defunciones) es negativo. Y desde 2022 ha comenzado el declive de su población. La causa: una caída espectacular de la natalidad. Con menos de diez millones de nacimientos al año, la tasa de natalidad se ha reducido a la mitad desde mediados de la década de 2000. Al igual que la política del hijo único apenas tuvo efecto en el descenso de la tasa de fertilidad, su fin no ha invertido la tendencia. El valor de este índice se sitúa ahora en torno a 1, lo que significa que cada nueva generación podría representar menos de la mitad que la anterior. Mientras Pekín sigue haciendo de la fecundidad un asunto de Estado, los jóvenes chinos desesperan ante el futuro, por razones que van desde el excesivo control social hasta el precio de la vivienda. Sus consignas son ahora *tang ping* [唐平 (‘quedarse quieto’)] y *bai lan* [白蘭 (‘dejar que las cosas se pudran’)]. Durante la pandemia, floreció el hashtag #Lastgeneration. A pesar de los bonitos eslóganes maoístas sobre la igualdad entre hombres y mujeres («la mitad del cielo»), la República Popular sigue siendo un patriarcado: las mujeres representan una media del 5% del Comité Central, solo seis han sido miembros del Politburó desde 1949 y ninguna ha sido nunca miembro de la Comisión Central.

En Estados Unidos, lo que preocupa es la esperanza de vida, no solo por los estragos de los opiáceos en los hombres, sino también por la debilidad del sistema sanitario. Es varios años inferior a la de otros países desarrollados, lo que la sitúa en la parte baja del primer cuarto de la clasificación mundial. Lo mismo ocurre con la mortalidad infantil. Su dinamismo demográfico, por otra parte, es otra excepción —favorable—, comparado con otros países modernos. Mantiene una

tasa de fecundidad bastante elevada y, sobre todo, sigue siendo el primer país del mundo en inmigración, procedente ahora, sobre todo, de Asia. Su atractivo, medido por la Organización Internacional para las Migraciones, sigue siendo inigualable. Como consecuencia, tras un descenso constante del crecimiento anual de la población durante varios años, la población de EE.UU. vuelve a incrementarse, con un aumento estimado de 1250000 personas para 2022.[187] Por consiguiente, mientras que la población en edad de trabajar disminuirá en 200 millones en China de aquí a 2050, en Estados Unidos se incrementará en 20 millones.

Por otra parte, China aventaja ahora a Estados Unidos en dos indicadores: el PIB medido en paridad de poder adquisitivo (PPA) —desde mediados de la década de 2010— y el volumen de su comercio —desde finales de la misma década—. Sus puntos fuertes en la competición económica de este siglo son bien conocidos. Actualmente es el primer productor mundial de tierras raras y de materiales esenciales como magnesio, wolframio, antimonio, galio y germanio, así como de hidrógeno, y controla gran parte de las cadenas de valor de los demás.

Pero los defectos de su sistema económico son cada vez más evidentes. El sector inmobiliario se ha llevado una parte desmesurada de su crecimiento (casi el 30% de su PIB). Se dice que una quinta parte del parque inmobiliario del país está deshabitado y han surgido decenas de ciudades fantasma por todo el país. La quiebra del gigante Evergrande atestigua la fragilidad de un sector que Pekín no puede permitirse no apoyar, dado que representa más de dos tercios de la riqueza de los hogares chinos. La deuda privada china representa más del 200% del PIB. Por último, hay que recordar que la moneda china no es convertible, ni es probable que lo sea en un futuro próximo, porque es una forma de protegerla contra las sanciones estadounidenses.

Estados Unidos, por su parte, también está sin duda al borde de una crisis masiva de gasto público, que podría socavar su capacidad de proyectar poder. Durante el siglo pasado, financió sus grandes guerras mediante préstamos e impuestos (la guerra del Golfo, financiada principalmente con donaciones extranjeras, fue una excepción). La guerra contra el terrorismo se financió al 100% mediante préstamos (60% nacionales, 40% extranjeros).[188] Su fortaleza estructural no es menos impresionante. Empezando por el dólar, que se utiliza en casi el 90% de las transacciones en divisas, el 60% de las reservas de divisas, el 50% de las facturas comerciales, casi la mitad de los títulos

de deuda internacionales, más del 40% de los pagos SWIFT y el 40% de los préstamos internacionales.[189] Incluso cuando las compras se realizan en euros, yuanes o rublos, el precio suele fijarse en dólares, como ocurre, por ejemplo, con el petróleo. Incluso si todas las importaciones chinas se denominaran en yuanes, los contratos resultantes solo representarían un 15-20% del total.[190] La desdolarización de China todavía está lejos, sobre todo porque «el sistema financiero centrado en el dólar se ha generalizado menos», pero también se ha «asegurado mejor».[191]

La primacía del dólar es también uno de los instrumentos que Washington aprovecha en su favor en su estrategia de acción extraterritorial, que le permite prohibir a voluntad el acceso a un determinado producto que contenga un componente estadounidense o se fabrique bajo licencia estadounidense (*Foreign Direct Product Rule*). Estados Unidos es también (más recientemente) una gran potencia energética, tras haber logrado casi la independencia y volver a exportar petróleo y ahora gas.

China se ha convertido en un actor importante en el sector de la alta tecnología. Invierte masivamente en campos punteros como la informática cuántica y la biología sintética. Actualmente supera a Estados Unidos en publicaciones científicas y de ingeniería (23% frente al 16% del total mundial) y le sigue de cerca en gastos de investigación y desarrollo (22% frente al 27%)[192] . Registra el doble de patentes que Estados Unidos, aunque la gran mayoría de ellas son nacionales y de valor limitado. En cambio, la mitad de las solicitudes de patentes estadounidenses se presentan en el extranjero.[193] Según el índice de la Organización Mundial de la Propiedad Intelectual (OMPI), Estados Unidos es el segundo país más innovador del mundo, mientras que China ocupa el décimo lugar. El volumen de los derechos de autor chinos ha crecido considerablemente, pero solo es una décima parte del que perciben las empresas estadounidenses.[194] Y Washington sigue siendo capaz de realizar inversiones estructurales masivas, como fue el caso de la *CHIPS and Science Act* de 2022. También hay que recordar que China no ha conseguido desarrollar rápidamente una vacuna eficaz contra el SARS-CoV-2.

Pero es sin duda en el campo del poder blando donde la ventaja comparativa de Estados Unidos es más sustancial y duradera. Mientras que la imagen de Estados Unidos sufre ocasionalmente como consecuencia de sus grandes intervenciones militares, su lengua universal y sus productos culturales de producción masiva le confieren una influencia mundial, con sus gigantes de la esfera de la

información, todos estadounidenses a excepción de TikTok. Su atractivo para los estudiantes y los emigrantes, como hemos dicho, no tiene parangón. Son las universidades estadounidenses las que forman a las futuras élites chinas e indias. La mayoría de los mejores investigadores en inteligencia artificial trabajan ahora en universidades estadounidenses. En 1989, los estudiantes chinos erigieron una «Estatua de la Libertad» en la plaza de Tiananmen. Según se dice, en la actualidad usan el ChatGPT para hacer sus deberes sobre ideología comunista... China, por su parte, no es —o ha dejado de ser— la materia de los sueños. Su imagen se ha deteriorado considerablemente a lo largo de los años en el mundo occidental, debido a la brutalidad intrínseca del régimen, tanto interna como externa, y a la falta de conocimientos en el campo de la comunicación estratégica. Incluso Hungría y Grecia, que hasta ahora habían tenido una visión bastante benigna del régimen, son ahora abrumadoramente hostiles a Pekín.[195] El sueño americano sigue estando en mucha mejor forma que el preciado «sueño chino» de Xi Jinping.

La considerable inversión de China en las dos últimas décadas en instituciones internacionales es una baza para Pekín, frente a unos Estados Unidos que, a veces, incluso las descuidan. Pero el eje principal de su estrategia global, la «Iniciativa del Cinturón y Ruta de la Seda», sigue siendo relativamente modesto en comparación con sus ambiciones declaradas. Los compromisos financieros bajo este epígrafe ascienden a menos de 70000 millones de dólares al año, la mitad en forma de inversiones y la otra en forma de contratos de construcción. En cuanto a los préstamos extranjeros, en la década de 2010 casi la mitad se destinaron a Rusia, Venezuela, Brasil, Angola y Pakistán, pero hoy en día el grifo financiero chino se ha secado en gran medida.[196]

Queda la dimensión militar, en la que una simple comparación de los gastos de defensa, si bien revela el considerable avance cualitativo y cuantitativo logrado por Pekín en dos décadas, no es más que un indicador entre muchos otros. Es cierto que China está desarrollando su armada de alta mar y podría convertirse en una gran potencia marítima. Pero hay tres factores que otorgan a Washington una importante ventaja estructural. En primer lugar, la red estadounidense de alianzas y bases no tiene rival en el mundo. Un centenar de acuerdos de presencia militar otorgan al Pentágono puntos de apoyo en más de la mitad de los países del mundo.[197] Se trata de una baza importante en términos de capacidad para proteger e incluso controlar espacios comunes. La segunda baza es la cultura militar

estadounidense, que da a las unidades margen de reacción, improvisación y toma de decisiones tácticas importantes, mientras que la República Popular sigue teniendo un enfoque marxista-leninista del mando. El tercer elemento es la formidable experiencia militar adquirida en los últimos treinta años, durante los cuales Estados Unidos ha estado constantemente en guerra, por buenas o malas razones.

¿La ventaja estadounidense?

Cuando se comparan las fuerzas relativas de ambos países, surge un panorama matizado, en el que Estados Unidos parece llevar ventaja hasta la fecha.

Hay un último factor: las proyecciones económicas, la mayoría de las cuales hace quince años consideraban que China acabaría superando a Estados Unidos, ya no son tan asertivas. Se ha calculado que, si China siguiera creciendo al 2,5% y Estados Unidos al 1,5%, esto no sucedería antes de 2060; pero incluso este ritmo de crecimiento moderado estaría fuera de su alcance debido a su evolución demográfica, al peso de su deuda y a su productividad decreciente.[198] En consecuencia, es posible que China nunca supere a Estados Unidos en PIB a tipos de cambio corrientes (TCE). Según la empresa de análisis económico Capital Economics, en el mejor de los casos, superará brevemente a Estados Unidos a principios de la década de 2030, al igual que Italia superó brevemente al Reino Unido en 1987, un momento de gloria conocido en Roma como «il sorpasso». En el escenario principal, en 2032 China no llegaría a superar el 91% y luego volvería a caer.[199] Si nos atenemos a la experiencia de otros países del este asiático, el PIB de China podría incluso caer por debajo del de Estados Unidos ya en 2033, cuando la proporción de población mayor de 65 años será mayor que en América.[200] Del mismo modo, el Centro de Investigación Económica de Japón concluye ahora que el PIB de China no superará al de Estados Unidos en un futuro previsible.[201] Y eso sin tener en cuenta la probable sobreestimación de las estadísticas oficiales chinas...

Por último, aunque la evaluación global de los indicadores de poder es un ejercicio difícil, hace unos años un autor estadounidense demostró de forma convincente que el balance de los indicadores de poder neto —cuando se tienen en cuenta los costes de producción, los costes sociales y los costes de seguridad— favorece con claridad a Estados Unidos.[202]

Aunque Estados Unidos ya no es la hiperpotencia de los años noventa, sigue estando mejor situada que China, cuyo destino parece ser lo que podríamos llamar una «hipopotencia»: un Estado muy grande cuya naturaleza engorrosa nunca le permitirá alcanzar la fase hegemónica.

Va a ser un juego largo y nadie sabe de antemano cuáles son los posibles resultados. De hecho, se parece más a una maratón. Pero parece que Estados Unidos la afronta desde una posición mejor.

---

182. Andrew F. Krepinevich, (2017). *Preserving the Balance. A U.S. Eurasia Defense Strategy*. Center for Strategic and Budgetary Assessments.

183. Branko Milanovic, (10 de diciembre de 2019, enero-febrero de 2020). «The Clash of Capitalisms: The Real Fight for the Global Economy's Future». *Foreign Affairs*.

184. *History of the U.S. and China*. Misión de Estados Unidos en China. (15 de junio de 2018). **https://china.usembassy-china.org.cn/istory-of-the-u-s-and-china/**.

185. Carta de George Bush a Deng Xiaoping, (20 de junio de 1989).

186. Adam Hochschild, (2022). *American Midnight: The Great War, a Violent Peace, and Democracy's Forgotten Crisis*. Mariner Books.

187. «Growth in U.S. Population Shows Early Indication of Recovery Amid COVID-19 Pandemic». (22 de diciembre de 2022). U.S. Census Bureau.

188. Rosella Cappella Zielinski, (28 de junio de 2018). «How Do War Financing Strategies Lead to Inequality? A Brief History from the War of 1812 through the Post-9/11 Wars». Brown University.

189. Mathias Drehmann y Vladyslav Sushko, (diciembre de 2022). «The Global Foreign Exchange Market in a Higher-Volatility Environment». *BIS Quarterly Review*.

190. Ingvild Borgen y Kelly Chen, (2 de abril de 2023). «Crude Indicators for Dollar's Dominance». *The Financial Times*.

191. Carla Norrlöf, (21 de febrero de 2023). «The Dollar Still Dominates: American Financial Power in the Age of Great-Power Competition». *Foreign Affairs*.

192. «The State of U.S. Science and Engineering 2022». (18 de enero de 2022). National Science Foundation.

193. Alex He, (20 de abril de 2021). «What Do China's High Patent Numbers Really Mean?». Center for International Governance Innovation; Alexander Kersten *et al.* (19 de septiembre de 2022). «What Can Patent Data Reveal about U.S.-China Technology Competition?». Center for Strategic and International Studies.

194. Stephen G. Brooks y William C. Wohlforth, (18 de abril de 2023). «The Myth of Multipolarity: American Power's Staying Power». *Foreign Affairs*.

195. Laura Silver *et al.* (29 de junio de 2022). «Negative Views of China Tied to

Critical Views of Its Policies on Human Rights». Pew Research Center.

[196]. Rebecca Ray, (19 de enero de 2023). «“Small is Beautiful”: A New Era in Chinese Overseas Development Finance?». Global Development Policy Center, Boston University.

[197]. «International Security Advisory Board: Report on Status of Forces Agreements». (16 de enero de 2015). Departmento de Estado.

[198]. Ruchir Sharma, (24 de octubre de 2022). «China’s Economy Will not Overtake the U.S. Until 2060, if Ever». *The Financial Times*.

[199]. Simon Cox, (18 de noviembre de 2022). «Will China’s Economy Ever Overtake America’s in Size?». *The Economist*.

[200]. Yi Fuxian, (29 de marzo de 2019). «Why Ageing China Won’t Overtake the U.S. Economy as the World’s Biggest – Now or in the Future». *South China Morning Post*.

[201]. Atsushi Tomiyama *et al*. (15 de diciembre de 2022). «China’s GDP will not surpass that of the U.S.». Japan Center for Economic Research.

[202]. Michael Beckley, (otoño de 2018). «The Power of Nations: Measuring What Matters». *International Security*, *43*(2).

11
La marta cibelina y el tigre

En 1845, el explorador alemán Alexander von Middendorff escribió sobre el río Amur: «Desde el punto de vista zoogeográfico, nos encontramos en esa singular zona del planeta donde la marta cibelina y el tigre se encuentran cara a cara».[203]

Las relaciones entre ambos imperios rara vez habían sido buenas en el pasado, aunque la inmensidad de la zona fronteriza que los separaba limitaba la posibilidad de un choque frontal. La Rusia zarista era percibida en Pekín como el conquistador, el invasor, a pesar de que el Tratado de Nertchinsk de 1689 había sentado las bases de un *modus vivendi*. En 1949, Stalin animó a Mao a ocupar Xinjiang para asegurar la periferia del mundo comunista. Veinte años más tarde, los soldados de ambos ejércitos llegaron a las manos en las islas del río Amur y la ruptura fue total. Hasta 1989 no se produjo la reconciliación que zanjó las diferencias.

Una relación cada vez más sólida...

Esta luna de miel ha durado ya más que las tres décadas de conflicto chino-soviético y el comercio bilateral no ha dejado de crecer desde hace dos décadas. El Tratado de Buena Vecindad y Cooperación, firmado en 2001, fue revalidado veinte años después. Tras la demarcación de la frontera a mediados de la primera década del siglo, el entendimiento chino-ruso experimentó un primer salto cuantitativo tras la invasión de Crimea, lo que obligó a Moscú a aceptar los términos leoninos de una pronta reorientación de sus flujos de hidrocarburos hacia Oriente, lo mismo sucedió después de la invasión de Ucrania. El comercio bilateral creció un tercio en 2022 y se ha convertido en esencial para Moscú, cuyo comercio y reservas de divisas se denominan cada vez más en yuanes. Ahora organizan ejercicios militares conjuntos a gran escala, así como patrullas en el entorno marítimo de China. Aparte de la venta de armas rusas —cada vez más sofisticadas—, se prevén importantes programas de defensa. Incluso está en la agenda una estación lunar conjunta. En 2021 se firmó un verdadero pacto para la desinformación, en virtud del cual

ambos países preveían intercambiar las mejores prácticas en este ámbito. Rusia inspira a China, cuya pericia en la manipulación de la información empieza a mejorar.

La base de este acuerdo es sólida. Es ante todo política: se trata de proteger a las autocracias, contrarrestar a Occidente y luchar contra el terrorismo o al menos contra cualquier fuerza etiquetada como tal por Pekín y Moscú. En los foros internacionales, los dos países se sirven mutuamente de tapadera. También es una base económica. En una dirección, los hidrocarburos; en la otra, los semiconductores. Justo antes de la invasión de Ucrania, los dos países firmaron un acuerdo para suministrar a Pekín diez mil millones de metros cúbicos adicionales de gas al año —un aumento del 25%— a partir de 2026 y durante los próximos treinta años, y para construir dos nuevos gasoductos con este fin. El Tratado de Amistad y Cooperación de 2001 fue una especie de Rapallo del siglo XXI entre potencias débiles. ¿Se verá en retrospectiva el comunicado conjunto del 4 de febrero de 2022 que anunciaba una cooperación «ilimitada» como un nuevo pacto Anti-Komintern? En resumen, como dice Alice Ekman, «hoy existen suficientes pruebas para afirmar que no se trata de un simple acercamiento circunstancial» ni de un banal «matrimonio de conveniencia».[204]

… con límites

A pesar de la retórica oficial, esta asociación tiene sus límites. Cuando dos países vecinos se encuentran en una fase de expansión destinada a recuperar su antigua grandeza, sus agendas pueden ser contradictorias, como sucede en Asia Central y Meridional (India y Vietnam), donde cada uno desempeña su papel, o incluso en los Balcanes (Serbia). Rusia quiere proteger su territorio, por ejemplo, en el Ártico, donde pretende mantener el control de la ruta marítima septentrional, cada vez más importante para el comercio transcontinental chino. No participa formalmente en la Iniciativa del Cinturón y la Ruta de la Seda. Los dos países no son en absoluto aliados en el sentido militar del término: el tratado bilateral de amistad y cooperación solo contiene un compromiso de consulta mutua y acción conjunta. La inversión de papeles —Rusia se ha convertido en el socio menor de la pareja— no es fácil para Moscú, cuya desconfianza hacia Pekín es perenne. Moscú quiere preservar su soberanía sobre las infraestructuras rusas, su patrimonio científico y tecnológico y su mercado interno.

El Extremo Oriente ruso ya no es la frontera que fue hasta el final del comunismo. La mayor región del país es también la menos poblada. Representa el 5% del PIB federal, tiene la esperanza de vida más baja del país y una población en declive: ocho millones en 1991 y seis en la actualidad si se cuentan los dos distritos que se le han añadido. Putin era consciente de ello cuando llegó al poder («existe el riesgo de que un día la gente no hable ruso aquí, sino japonés, chino o coreano»), pero se ha mostrado incapaz de invertir la tendencia.[205] En la actualidad hay varios cientos de miles de chinos residentes legales en el Extremo Oriente ruso. La mayor ciudad china del país sigue siendo Moscú y estamos muy lejos de los millones de personas mencionados por quienes están un poco demasiado dispuestos a conjurar un hipotético nuevo peligro amarillo. Aunque es habitual señalar la asimetría en la densidad de población entre las dos orillas del Amur, no hay hordas chinas dispuestas a cruzar el río. La idea de que la presión demográfica conduciría automáticamente a un riesgo de invasión es, por tanto, inadecuada. Pero esta penetración es, no obstante, una realidad: se manifiesta en la compra de tierras agrícolas, en un número importante de matrimonios mixtos —las mujeres rusas que buscan pareja consideran a los chinos más trabajadores y menos inclinados a la bebida que los rusos— y en las inversiones industriales. Europa no tiene el monopolio del miedo a una gran sustitución. Detrás de unas relaciones aparentemente cordiales con Pekín, la cuestión sigue muy presente en el trasfondo, arraigada en el imaginario ruso y alimentada por la «chinización» de los nombres de las ciudades fronterizas en los mapas chinos. En la zona piloto de libre comercio de Heihe, ciudad china fronteriza, los rusos tienen prohibida la entrada al museo histórico, que relata las pérdidas territoriales de su país. Pero es evidente que a China no le interesa dar la impresión de una anexión progresiva. «La bestia se muere sola», como dicen, a veces, en Pekín.

Por su parte, China desconfía de las iniciativas estratégicas rusas y de un juego geopolítico en el que el líder del Kremlin, comparado (con demasiada premura) por comentaristas perezosos con un jugador de ajedrez, parece inclinado, de vez en cuando, a darle la vuelta a la tortilla. Tampoco puede alegrarse de ver cómo el ejército ruso destruye sus inversiones en Ucrania y no tiene ninguna intención de ser tan dependiente como Europa de sus suministros de gas. Y aunque le complace ver cómo Estados Unidos vuelve a centrar su atención en el Viejo Continente, ha tenido que constatar que Washington sigue acudiendo en ayuda de sus aliados cuando se ven amenazados e inyecta sangre nueva en una alianza transatlántica que esperaba fracturar.

Un pacto duradero, pero cada vez más desequilibrado

Así pues, la relación entre Rusia y China está marcada tanto por la complicidad como por la desconfianza. Tomando prestada una expresión que se aplicaba a Francia y Estados Unidos, podríamos decir que están alineados pero no son aliados.

El pacto sigue siendo duradero: ninguna de las partes tiene una alternativa mejor. Se ha informado que, cuando un informe de la Universidad de Tsinghua intentó convencer a los dirigentes chinos de que la economía rusa no tenía futuro, Xi Jinping escribió al margen: «派胡言» ('tonterías').[206] Por otra parte, su configuración a largo plazo sigue siendo incierta, porque la brecha entre ambos países parece destinada a aumentar. China representa ya una quinta parte de las exportaciones rusas y casi un tercio de sus importaciones. La industria petrolera y gasística rusa depende cada vez más de China. Los equipos de comunicaciones del país son cada vez más chinos. A la inversa, Pekín depende cada vez menos de Moscú en sectores clave de la competencia estratégica, como la defensa y el espacio. China está en condiciones de imponer sus exigencias a Rusia, por ejemplo, en el ámbito de los equipos de defensa. Puede negarse, como cuando el Kremlin le pidió que participara en la reconstrucción de Siria.

¿Hasta qué punto una Rusia aún más debilitada por la guerra de Ucrania podrá seguir reivindicando una asociación entre iguales? Antes se citaba *El día del opritchnik*, en el que se describía a Rusia en 2028 como una dictadura medieval moderna bajo la bota de Pekín. ¿Será algún día el presidente de Rusia para el Timonel chino lo que Darth Vader para el Emperador Palpatine en *La Guerra de las Galaxias*: un colaborador indispensable pero sumiso, ejecutor de sus sucias acciones? El opositor Boris Nemtsov ya advirtió en 2014: «Os diré adónde lleva [Putin] al país: lo está llevando a convertirse en una colonia minera de China».[207] En la actualidad, uno de los principales analistas rusos describe con frialdad el modelo prometido a su país de origen:

> *más pobre y tecnológicamente inferior, pero sostenible. China consumirá la mayor parte de las exportaciones rusas y le proporcionará tecnologías modernas; el sistema financiero ruso se «yuanizará» por completo. Los dirigentes de los servicios de seguridad y las fuerzas armadas rusas se convertirán en la nueva élite del país: en su mayoría veteranos de la campaña de Ucrania, que no han viajado a Occidente desde 2014, y muchos de ellos con sus hijos en las principales universidades chinas.*[208]

Esta creciente asimetría es una de las razones por las que la

transformación de esta asociación en una alianza militar formal, con un compromiso de defensa mutua, resulta poco creíble. Aparte de que China no quiere atarse las manos en este terreno, Pekín, como ya se ha dicho, desconfía de las iniciativas rusas, sobre todo cuando existe el riesgo de que se conviertan en salidas de tono. Por su parte, Moscú probablemente no tenga ningún deseo de ir a luchar contra las fuerzas estadounidenses en el Pacífico Oriental. Por tanto, no hay duplicación (al menos no, en el sentido original). Solo, quizás, un pacto Molotov-Ribbentrop en virtud del cual los dos países organizarían sus respectivas zonas de influencia. Por otra parte, en el caso, muy improbable, de que India decidiera romper con su propia tradición de evitar cualquier compromiso formal en materia de defensa y se aliara formalmente con Occidente, la situación cambiaría sin duda.

Debemos considerar un escenario diferente. Básicamente, Pekín mira a Moscú un poco como Ricitos de Oro: no quiere que Rusia sea demasiado fuerte, pero tampoco debe ser demasiado débil. ¿Y si su régimen se derrumba y el país se desintegra? Este escenario se analizará más adelante. Pekín preferiría que Rusia fuera su Canadá antes que su México. Es cierto que podría salir ganando a largo plazo: un Extremo Oriente ruso vaciado de sus habitantes podría convertirse en el Congo de finales del siglo pasado: un territorio sin gobierno, abierto a todo tipo de depredación, en el que Rusia se convertiría en un espacio más que en un actor. Con la vista puesta en controlar la ruta marítima del norte y las riquezas de un territorio que se pondría patas arriba por el deshielo del permafrost (60% del territorio). Pero a Pekín no le gusta el caos.

---

[203]. Citado en François Forestier, (23 de diciembre de 2022). «Russie, 1662: à la conquête de l'Est». *l'Obs*.

[204]. Alice Ekman, obra cit., p. 152.

[205]. Dimitri Simes Jr. y Tatiana Simes, (5 de octubre de 2021). «Putin's Big Plans for Russia's Far East Aren's Panning Out». *World Politics Review*.

[206]. Lingling Wei y Marcus Walker, (14 de diciembre de 2022). «Xi Jinping Doubles Down on His Putin Bet. "I Have a Similar Personality to Yours"». *The Wall Street Journal*.

[207]. Jake Broe, [@broe_jake] (22 de marzo de 2023). X (antes Twitter).

[208]. «Russia's Reliance on China Will Outlast Vladímir Putin, Says Alexander Gabuev». (18 de marzo de 2023). *The Economist*.

12
¿Son todos marcianos?

¿Existe todavía un corazón transatlántico dentro de la familia occidental? Hace veinte años, en un artículo que dejó huella, Robert Kagan comparaba a Estados Unidos con Marte y a Europa con Venus.[209] La guerra de Irak acentuó lo que entonces se denominaba la «división transatlántica». Pero la deriva continental siguió siendo limitada y, paradójicamente, la ampliación hacia el este hizo que la Europa estratégica se desplazara hacia el oeste, más cerca de Estados Unidos.

La maniobra europea de Estados Unidos

Estados Unidos sigue siendo diferente tanto de otros países occidentales como de otras grandes potencias. Un país reciente, construido sobre la religión y la violencia, ha seguido siendo religioso y violento.

Aunque a veces se ha considerado que Estados Unidos es el *sheriff* del mundo, siempre ha sido un «sheriff reticente».[210] No estaba predispuesto a ser una potencia mundial. Geográficamente aislado, ha oscilado constantemente entre el aislacionismo y el expansionismo. El Senado se guardó celosamente de encerrar al país en un exceso de restricciones internacionales: negativa a adherirse a la Sociedad de Naciones (1919) y, más recientemente, negativa a firmar el Tratado de Prohibición Completa de los Ensayos Nucleares y la Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar (CNUDM). La reacción trumpiana fue una vuelta a la tradición nacional-conservadora estadounidense desprovista de cualquier referencia al excepcionalismo. Pero el mesianismo de su cultura política y su poder económico, hacen imprescindible su expansión: igual que Gran Bretaña protegió los mares, quiere ser garante de los espacios comunes (los mares, el espacio, el ciberespacio) y de la libertad de acción y de comercio.

También oscila entre el multilateralismo y el unilateralismo. Pilar del sistema financiero internacional, lo saboteó en 1971 al abandonar

el patrón oro. Defensor del libre comercio, usa y abusa de la legislación extraterritorial. Como miembro fundador de la ONU, su poder le permitió en 2003 hacer caso omiso de las normas de la Carta de las Naciones Unidas en nombre de la hipotética necesidad de una acción preventiva. En 2022, lanzó un plan masivo para revitalizar su economía (el IRA, *Inflation Reduction Act*) sin preocuparse de las consecuencias para sus aliados. Sin embargo, a diferencia de otras potencias, este unilateralismo con relación a las reglas se manifiesta de este modo: cuando una organización o un acuerdo ya no le conviene, se retira de ellos (UNESCO, OMS, ONUDI, Protocolo de Kioto, Tratado de Defensa Antimisiles, Tratado sobre las Fuerzas Nucleares de Alcance Intermedio, acuerdo nuclear con Irán, etc.) en vez de violar sus disposiciones.

Lo que quiere hoy es evitar la aparición de un competidor estratégico que desafíe sus intereses y valores. Superpotencia a su pesar, Estados Unidos nunca ha decidido ser un imperio. Hoy, como sabemos, está obsesionado con China: más de dos tercios de sus buques de guerra están estacionados en el Indopacífico. Y sus referencias culturales han cambiado como consecuencia de la emigración asiática. La aparición de una poderosa élite de origen indio en Washington es prueba de ello.

Por tanto, la rapidez con la que Estados Unidos se comprometió con Ucrania puede resultar sorprendente. Es cierto que no era una conclusión previsible: ¿quién sabe cuál habría sido el destino del continente europeo si Donald Trump hubiera seguido en el poder? Pero los factores estructurales son los que son. Los desplantes de Trump no habían impedido que el Pentágono aumentara su presencia en Europa. Es cierto que Estados Unidos sigue teniendo grandes intereses en nuestro continente: comerciales y financieros, por supuesto, pero también ideológicos: la palabrería sobre los valores compartidos y la preservación de la democracia no son en absoluto un mero escaparate. En realidad, no desean una Europa plenamente autónoma, que podría comprar equipos europeos, mientras que la mitad de las adquisiciones de defensa en el continente hoy son equipos estadounidenses…, ni tomar iniciativas estratégicas contrarias a sus intereses, ni siquiera —la pesadilla habitual al otro lado del Atlántico— arrastrarlos a la guerra contra su voluntad.

Lo que no quiere decir que la continuidad de su compromiso sea una conclusión inevitable. Bastaría un tuit anunciando la retirada de la protección estadounidense para que su desmonetización fuera inmediata. Se podría decir que existen tres falsas narrativas sobre esta

cuestión. La francesa: «Estados Unidos se va, ¡es inevitable!». La alemana: «¡EE.UU. siempre estará ahí!». Y la polaca: «¡Tener bases estadounidenses en Europa es la mejor garantía del compromiso de Washington!».

¿Podrá Estados Unidos sostener tanto a Occidente como a Oriente? ¿Pedirá a Europa que se ocupe de su casa en caso de una guerra en Asia? Estas preguntas podrían tener respuesta en los próximos años y debemos estar preparados para ello.

El despertar geopolítico de Europa

La Unión Europea no es el imperio soñado por Alexandre Kojève: más bien es un antiimperio. Durante mucho tiempo, su proyecto geopolítico fue interno: garantizar la paz mediante la interdependencia. Cuando proyectó su poder hacia el exterior, lo hizo para alcanzar el mismo objetivo, encarnado en la política de Alemania hacia la antigua RDA. Pero mientras que los europeos esperaban representar el futuro de las relaciones internacionales, ahora son la excepción, como advirtió Benjamin Haddad en 2019.[211]
Por primera vez, la UE se enfrenta a tres potencias revisionistas que, además, son, cada una a su manera —y no hay que confundir un aliado con dos adversarios—, divisoras y depredadoras. ¿Podría convertirse, como temía François Heisbourg hace unos años, en «la China del siglo XIX, incapaz de unirse para resistir a las potencias extranjeras dinámicas y brutales»?[212] La fuerza económica de China (representa una cuarta parte del PIB mundial) y su peso comercial (negocia con una sola voz en la OMC) son bien conocidos, al igual que sus debilidades demográficas, políticas y militares.

Sin embargo, Europa parece haber decidido no ser «un jardín en medio de la jungla» (Josep Borrell), mientras los europeos sean unos «herbívoros en un mundo carnívoro» (Sigmar Gabriel). Las crisis, como de costumbre, han desencadenado su despertar. La crisis del euro con la unión bancaria. La crisis de los migrantes con el retorno del realismo a la cuestión del asilo. La de la elección de Trump, con la toma de conciencia de los límites de su dependencia militar de Washington. La de la COVID-19, un momento hamiltoniano con la ruptura del tabú sobre la mutualización de las deudas. Y la de Ucrania, por supuesto, con la ruptura del vínculo gasístico con Rusia y la adopción de una política de financiación indirecta del apoyo militar a Kiev por parte de sus miembros. Le ha llevado tiempo aceptar su relación estratégica con China: en 2003, aún se debatía si levantar el

embargo de armas impuesto a Pekín. Pero la madurez se vislumbra en el horizonte. Huawei ya no se considera un proveedor amistoso de comunicaciones y entretenimiento, y la UE lleva a China ante la OMC por sus prácticas con Lituania, a la que considera demasiado amistosa con Taipei. Las inversiones de Pekín están ahora bajo escrutinio y, a China —considerada ahora un «rival sistémico»—, no se le concederá el estatus de economía de mercado. Por último, frente a Washington —y el resto del mundo— expresa ahora su poder en el ámbito digital, imponiendo normas —el Reglamento General de Protección de Datos (RGPD)— y regulando la presencia de las grandes plataformas estadounidenses (Ley de Servicios Digitales, Ley de Mercados Digitales).

La «Europa geopolítica», ambición proclamada por la presidenta von der Leyen cuando asumió el cargo en 2019, significa, según la definición dada por Zaki Laïdi, una renuncia a las ilusiones sobre los beneficios del liberalismo y la interdependencia, así como la aceptación de la confrontación.[213] Y podríamos añadir: las de la seguridad absoluta y duradera que proporcionaba la protección estadounidense. Alemania, principal potencia económica de la Unión, ve así desmoronarse los tres pilares de su modelo de los últimos treinta años (Estados Unidos aporta la seguridad, Rusia el gas y China el mercado). De herbívora, Europa está destinada a convertirse en omnívora o flexitariana. Queda mucho camino por recorrer, pero parece que Europa puede evitar la «dhimmitud»[214] * estratégica si refuerza su capacidad de acción —autonomía estratégica— y limita su dependencia —soberanía europea—. Para ello, debe liberarse del temor a que Estados Unidos le dé la espalda si pretende independizarse: si Washington lo hiciera algún día, no sería por enfado, sino por interés propio.

Su centro de gravedad no se ha desplazado hacia el este, como se dice con demasiada frecuencia desde la invasión de Ucrania: si bien Polonia y los Estados bálticos son ahora su primera línea de defensa y desempeñan el papel asignado a Alemania en la Guerra Fría, los equilibrios económicos internos de la Unión no se han visto alterados por la guerra, como tampoco lo han hecho los derechos de voto en el Consejo y el Parlamento Europeo. Por otra parte, la entrada de Ucrania provocará, a largo plazo, un reequilibrio hacia el Este, en beneficio de la pareja polaco-ucraniana, que podría ser, a mediados de siglo, un verdadero polo de poder económico y militar.

¿Reacoplamiento o separación?

Aunque son aliados militares, Europa y Estados Unidos están prácticamente en guerra permanente en los frentes económico y financiero. Las leyes extraterritoriales —sobre comercio, fiscalidad, datos— no tienen piedad con las entidades europeas. El ITAR (*International Traffic in Arms Regulations*) permite a Washington oponerse a cualquier exportación de material de defensa europeo que incluya un solo componente electrónico estadounidense. El euro apenas ha hecho mella en el dominio del dólar.

La brecha entre Europa y Estados Unidos se ha ensanchado en los últimos quince años, en beneficio de este último. Si hace quince años el tamaño de ambas economías era equivalente, ahora la economía estadounidense la supera en un tercio. Y mientras que los gastos de defensa estadounidenses no han dejado de aumentar, los europeos se han estancado.

Estos hechos no deben ocultar lo esencial: el vínculo transatlántico sigue sin tener rival en el mundo. El Atlántico sigue siendo el centro del mundo en términos de comercio de servicios y flujos financieros. Europa ha triplicado sus tenencias de bonos del Tesoro estadounidense desde 2010, incluso cuando China ha reducido las suyas. Cada vez compra más gas a Estados Unidos. La integración militar entre las dos orillas del Atlántico, a través de la OTAN, no tiene más equivalente que entre Washington y Seúl. Las fuerzas estadounidenses y europeas cooperan en África, Oriente Medio y el Indopacífico. Europa no ha desaparecido de la cultura estratégica norteamericana: aunque la generación de la Segunda Guerra Mundial está desapareciendo y la de la Guerra Fría está envejeciendo, la creciente proporción de norteamericanos de origen latinoamericano o asiático no significa un alejamiento completo de la tradición de compromiso con la seguridad del viejo continente. Y las bases americanas en Europa siguen siendo un activo para la proyección del poder estadounidense en Oriente Medio y Asia Central.

Por otra parte, es preciso aclarar la noción de Occi-dente en el mundo contemporáneo. La relación transatlántica, por estructural que sea, hecha de cooperación y competencia —¿coopetencia?— ya no constituye su base principal. Podemos hablar de tres polos occidentales: el G7, que es sin duda su corazón (pero donde falta Corea del Sur); la Unión Europea y los Estados continentales cercanos a ella; y la anglosfera, el grupo de los *Five Eyes* (cinco ojos), foro de cooperación en materia de inteligencia entre países anglófonos, consolidado por el Brexit y la asociación AUKUS. Más allá de eso, un criterio relevante sigue siendo la pertenencia a la OCDE (que incluye a

Israel, aunque la identidad de ese país sea multifacética). En cualquier caso, el reacoplamiento estratégico se ha producido: Estados Unidos ha confirmado su compromiso europeo y Europa está alcanzando la madurez geopolítica. Todos los miembros de esta extensa familia «vienen ahora de Marte».[215]

---

[209]. Robert Kagan, (junio-julio de 2002). «Power and Weakness». *Policy Review*.

[210]. Richard N. Haass, (1998). *The Reluctant Sheriff: The United States After the Cold War*. Brookings Institution Press.

[211]. Benjamin Haddad, (2019). *Le Paradis perdu. L'Amérique de Trump et la fin des illusions européennes*. Grasset, p. 40.

[212]. François Heisbourg, (4 de julio de 2018). «Le dépeçage stratégique, économique et social guette l'Europe». *Le Monde*.

[213]. Zaki Laïdi, (16 de enero de 2023). «The Meaning of Geopolitical Europe: A Response to Hans Kundnani». *Internationale Politik Quarterly*.

[214]* *N. de la T.:* La palabra «dhimmitud» se refiere a la condición de «dhimmi», que en el contexto histórico del Islam se refiere a los no musulmanes que viven bajo la protección del Estado musulmán y aceptan un estatus de subordinación y ciertas restricciones en sus prácticas religiosas y sociales a cambio de protección y seguridad. Esta expresión puede aludir a una situación en la que un grupo o país acepta un estatus de subordinación o dependencia con respecto a otro a cambio de ciertas garantías de seguridad o estabilidad.

[215]. Gilles Paris, (11 de enero de 2023). «Vingt ans après l'invasion de l'Irak, la guerre est dans toutes les têtes, et tout le monde vient de Mars». *Le Monde*.

13
¿La Guerra Fría sin los bloques?

A la luz de la evolución anterior, volvamos a la pregunta planteada al principio de este libro. ¿Estamos en las décadas de 1910 o 1930, en una competición entre grandes potencias o nacionalismos, con el riesgo de un conflicto mundial? ¿O más bien en los años cincuenta, al comienzo de una nueva Guerra Fría?

La década de 1910 fue testigo de un choque de imperios y de conflictos regionales que presagiaban la Gran Guerra. Las democracias liberales se preparaban para enfrentarse a regímenes autoritarios en lo que iba a ser un terrible baño de sangre. En 1917, en palabras del presidente estadounidense Woodrow Wilson, era necesario «hacer del mundo un lugar seguro para la democracia», porque se trataba de una guerra en la que «la civilización misma estaba en juego».[216] Los años treinta tuvieron aún más en común con nuestro mundo actual: una sucesión de actos de agresión por parte de grandes países revanchistas que rechazaban lo que consideraban el comportamiento dominante del mundo anglosajón; anexiones ilegales justificadas por falsos referendos —con un telón de fondo de crisis económica, populismo y nacionalismo crecientes—; regímenes fascistas, incluso totalitarios, que no podían considerarse, *justi hostes*, adversarios respetables.

Estas analogías no pueden llevarse demasiado lejos. Por suerte, en el siglo XXI, las sociedades liberales han perdido el apetito por la guerra. El sistema internacional no se ha hundido bajo los embates de las potencias revisionistas. En especial, la sombra proyectada por las armas nucleares da un color particular al riesgo que puede representar una gran guerra.

Vuelve la Guerra Fría

A primera vista, la analogía de la Guerra Fría tiene poca relevancia. La Rusia y la China actuales no pretenden imponer una ideología universalista. Mientras que el bloque oriental pretendía ser autárquico —el comercio entre Estados Unidos y la Unión Soviética era prácticamente inexistente—, ahora están integrados en la economía

mundial. Sus sociedades consumistas se parecen más a las nuestras que a las de la URSS o China de aquel momento. Sus ciudadanos viven o viajan a países occidentales y sus hijos se educan allí.

Por otro lado, las similitudes con los años cincuenta son cada vez más sorprendentes. A la fractura política y económica actual se une, como hemos dicho, una separación social y cultural, que se refleja en las diferencias de opinión. Un metaestudio muestra que, en los últimos diez años, las sociedades democráticas se identifican cada vez más con Estados Unidos, mientras que, en los países en vías de desarrollo, Rusia y China ganan cada vez más popularidad.[217] ¿Podría ser la guerra de Ucrania el gran conflicto fundador de este nuevo período, el equivalente de la terrible guerra de Corea, a menudo olvidada en Europa? Los puentes entre Estados Unidos y Rusia, que ya se habían debilitado bajo la administración Obama, sobre todo a raíz de las cuestiones relacionadas con Snowden y Magnitsky, ahora están completamente rotos. Por otro lado, con China está surgiendo una rivalidad sistémica. En octubre de 2018, Estados Unidos dejó patente esta cuestión de manera espectacular en un discurso del vicepresidente Mike Pence, que se hizo eco del discurso de Winston Churchill de marzo de 1946 al evocar el «telón de acero». Al año siguiente, Henry Kissinger señaló con pesar que el mundo había entrado en las «estribaciones de una nueva guerra fría».[218] Los japoneses hablaron de una «paz fría» entre Tokio y Pekín.[219] A principios de 2023, los estadounidenses de más edad que observaron el paso del globo espía chino no pudieron evitar establecer un paralelismo con el sobrevuelo del Sputnik en 1957. La coincidencia entre el pasado y el presente fue casi perfecta: el aparato elegido para ir a observarlo fue un avión de vigilancia U2, muy famoso durante la Guerra Fría; en el museo militar de Pekín, se pueden admirar los restos de uno derribado en 1962. Además, al igual que en los años cincuenta, en Washington se debate si dar prioridad a Asia (*Asia first*) en detrimento de Europa.

Aparte del espionaje y los intentos de influir en las elecciones democráticas occidentales —que recuerdan la fantasía hollywoodiense de *El mensajero del miedo*, un infiltrado que se convierte en presidente de Estados Unidos—, la competencia estratégica es cada vez más aguda en todos los continentes, con el apoyo de los países latinoamericanos, africanos y asiáticos en juego.

Estados Unidos vuelve a emplear el arma de las sanciones económicas contra Rusia, y también contra China, un país tan rico y próspero ahora como parecía serlo la Unión Soviética hasta los años

setenta. Al igual que en los ochenta, ha intentado persuadir a los europeos de no importar gas ruso —véase la construcción del gasoducto transiberiano en aquella época— y, a los japoneses, de no exportar tecnología informática —véase el asunto Toshiba—. La decisión estadounidense del 7 de octubre de 2022, destinada a negar a China el acceso a los semiconductores avanzados (estadounidenses o no) mediante el control de la cadena de valor, supuso un verdadero punto de inflexión en este sentido. La competencia también está volviendo al espacio, con una nueva carrera hacia la Luna, y también se está extendiendo a nuevos campos tecnológicos como la inteligencia artificial. Por primera vez desde 1958, Estados Unidos se ha declarado dispuesto a compartir su tecnología de propulsión nuclear con un aliado, en este caso Australia.

Como hemos dicho, ahora se trata también de una cuestión de competencia ideológica entre modelos políticos alternativos. Rusia pretende ser el garante de los valores tradicionales de Europa, al tiempo que defiende el antiliberalismo. Tras haber violado las normas de Helsinki de coexistencia pacífica en Europa, parece querer un nuevo Yalta. China, por su parte, convencida de la «superioridad del comunismo», cree que su victoria final es inevitable. Desde hace una década, habla de una «gran lucha» entre dos modelos, de la necesidad de transformar el mundo para que «muera el capitalismo y prevalezca el socialismo». Para ella, se trata, en efecto, de una competición entre dos tipos de ideologías y modelos: el consenso de Pekín (el mercado sin libertad) frente al consenso de Washington (la libertad y el mercado). Tal como sucedió durante la Guerra Fría, Estados Unidos teme la influencia del enemigo en Hollywood. En pleno año 2019 se ha vuelto a crear un «Comité sobre el peligro presente», destinado a prevenir los peligros de la China comunista.

La Guerra Fría no impidió algún que otro acuerdo para preservar los intereses comunes —la no proliferación de las armas nucleares en particular— ni el establecimiento de normas de comportamiento para evitar la escalada militar, como la notificación de ejercicios militares y la prevención de incidentes en el mar. Este puede ser el caso en el futuro, posiblemente sobre el cambio climático y, más probablemente, sobre la seguridad de los flujos marítimos o sobre la no proliferación de las armas nucleares. También podemos ver que Estados Unidos se esfuerza por proponer normas de comportamiento en el ciberespacio (como intentó hacerlo, por ejemplo, Bush con respecto a China y Biden con respecto a Rusia).

¿Nuevos bloques?

Una prueba importante para validar la analogía con la Guerra Fría: ¿se están formando nuevos bloques? La respuesta debe medirse mediante el análisis de dos hipótesis.

Primera hipótesis: Oriente contra Occidente. ¿Somos testigos en la actualidad de la formación de un «Occidente global»?[220] ¿Se correspondería lo que Moscú llama «Occidente colectivo» con una determinada realidad, que incluya la intersección imperfecta de economía y política, de desarrollo y democracia? Occidente siempre ha sido menos un área geográfica que la encarnación de un modelo de sociedad. En el centro, el G7, pero también los 38 Estados miembros de la OCDE (incluidos cuatro latinoamericanos, tres asiáticos e Israel). En 2022, la OTAN y la UE recuperaron su poder magnético: Suecia, Finlandia y Ucrania quieren unirse a la organización transatlántica lo antes posible, Ucrania y Moldavia han solicitado unirse a la Unión y Dinamarca se incorporó a sus actividades de defensa. Por primera vez, en 2022, Australia, Nueva Zelanda, Japón y Corea del Sur han sido invitados a una cumbre de la OTAN y Seúl se está afirmando como un importante proveedor de armas para Kiev. Se está fortaleciendo el Diálogo de Seguridad Cuadrilateral o Quad (EE.UU., India, Japón, Australia) y el AUKUS (Australia - Reino Unido - EE.UU.), y algunos sueñan con una «Carta para el Indopacífico» que se haga eco de la Carta del Atlántico (de 1941).

Por otro lado, parece estar consolidándose un «Oriente» global. A la «asociación ilimitada» entre Rusia y China se suman Bielorrusia, que ha quedado bajo el control del Kremlin y Corea del Norte, que no puede darse el lujo de romper con Pekín. Siria y Eritrea, que se pusieron del lado de Moscú en la ONU durante la votación de las resoluciones sobre Ucrania, no están muy alejadas de este bloque, al igual que Venezuela. Pero el que más llama la atención es, sobre todo, Irán. En el corazón del «eje del mal» imaginado por George W. Bush y observado con benevolencia por algunos nacionalistas rusos, su cooperación militar con Moscú ha sido calificada por Emmanuel Macron como el «multilateralismo del terrorismo».[221] ¿Formarían China, Rusia e Irán una nueva Liga de los Tres Emperadores? En cualquier caso, su integración económica y militar continúa afirmándose y da forma a la coalición antihegemónica que ya esperaba Yevgueni Primakov, el maestro de la política exterior rusa de la época de Yeltsin.

El grupo de cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad

de la ONU encarnaría así una nueva división clara del mundo, con tres occidentales de un lado y dos orientales del otro.

¿De ahí a hablar de dos bloques? Sería excesivo. Mientras las zonas de ambigüedad —Estados neutrales o no alineados— se reducen en Europa, crecen en otros lugares. La red de alianzas y asociaciones de principios del siglo XXI no es equivalente a la del siglo XX. Es asimétrica. Rusia tiene cinco aliados formales, mientras que Washington tiene… cinco docenas. Y, sin embargo, su propia red, la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC), está hoy muy debilitada, además de no haber conseguido recrear un bloque económico en torno a ella, ni siquiera gracias a la iniciativa conocida como: Unión Económica Euroasiática, que solo atrajo a cuatro de sus vecinos. Hoy en día no existe ningún equivalente a la Internacional Comunista. China y, sobre todo, India, los dos países más grandes del mundo en términos de población, no quieren firmar compromisos de defensa. A pesar de la proximidad de Pakistán a China, Islamabad insiste en que no quiere formar parte de ningún bloque (y Pekín deja claro que no apoyaría ninguna aventura paquistaní contra India). De hecho, la China comunista siempre ha afirmado que el sistema de alianzas de Estados Unidos es una tapadera para la hegemonía. En vez de construir un bloque, Pekín prefiere tejer una red de afluentes entre los que apuestan por la Iniciativa del Cinturón y la Ruta de la Seda (como Camboya, Corea del Norte, Etiopía, Mozambique, Pakistán y Serbia). Digan lo que digan algunos observadores, la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS) no es en modo alguno «un nuevo Pacto de Varsovia ni una OTAN Oriental».[222] Además, India (más cercana a Estados Unidos), forma parte de ella. El Quad tampoco es una «OTAN del Indopacífico», puesto que no incluye ninguna cooperación en materia de defensa.[223] En cuanto a AUKUS, consolida las alianzas existentes y no crea ninguna nueva. Algunos países, aliados formales de Estados Unidos, como Turquía y Hungría, o cercanos a ellos, como Arabia Saudita e India, han demostrado repetidamente que desean mantener relaciones cordiales con Moscú, con Pekín o con ambos. Además, Washington no está hoy inmerso en ninguna cruzada que exija que todos elijan un bando.

No es mucho más relevante —esta es la segunda hipótesis— evocar de nuevo «Occidente contra el resto» o, lo que podríamos llamar el Gran Occidente contra el Gran Sur, o el «Occidente Global» *versus* el «Sur Global». Esta noción del Sur Global, resultante de los estudios decoloniales, es desconcertante. Es una expresión general más que un todo coherente. En realidad, la OCS no lo encarna: esta asociación

amistosa de «mandones» asociados, cuyo trabajo principal se centra en la represión a través de su estructura (cómicamente) llamada RATS (*Regional Anti-Terrorist Structure*, en español, 'Estructura Regional Antiterrorista'), incluye a Rusia. Ni tampoco lo hace el grupo BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica). El único «Sur» que tendría sentido estaría formado, a nivel económico, por los 134 países que hoy forman el Grupo de los 77 «más China» (que figura como miembro del grupo pero que no se considera parte de él) y, en el plano político, por los 120 miembros del Movimiento de Países No Alineados (MNOAL). Países que, aunque están organizados para coordinar sus posiciones en la ONU, suelen votar de forma dispersa: lo hemos visto en ocasión de las resoluciones de condena a Rusia, donde un gran número de ellos se alineaba con Occidente, algunos adoptaban una posición neutral y un número muy pequeño lo hacía del lado de Moscú. Es a este grupo al que Pekín —que vota casi sistemáticamente con el Grupo de los 77— busca seducir, atrayendo de esta forma, por así decirlo, el sur hacia el este: «Así como Mao Zedong logró tomar el poder en Pekín y evitar las ciudades que le eran hostiles y dependían del campo, Xi pretende apoyarse en el "Sur global" para sortear un "Norte hostil" y establecerse como una potencia esencial a mediados de siglo».[224]

Pero la mayoría de los países del mundo no están dispuestos a elegir bando.

Sus opiniones nacionales a menudo están divididas: en las encuestas, los brasileños, sudafricanos e indios están divididos entre una preferencia por las reglas y estándares estadounidenses y europeos y los de los países en desarrollo.[225] Israel tiene tantos nacionales de origen ucraniano como de origen ruso.

El deseo de no disgustar a Rusia puede justificarse por decisiones geopolíticas: India necesita a Moscú en su confrontación con China, Brasil considera que Rusia es un elemento esencial en un mundo multipolar.

Algunos simplemente quieren poder «tener un McDonald's y un Burger King en la misma calle» y preservar su autonomía estratégica o lo que Delhi llama «multialineamiento», tanto más celosamente porque su soberanía es reciente. Quizás todavía haya algo de cierto en las palabras de Alfred Sauvy: «el tercer mundo [...], este tercer mundo ignorado, explotado, despreciado como el tercer poder, también quiere ser algo».[226]

Los intereses económicos no están ausentes en los cálculos de países

como Brasil, Emiratos Árabes, India y Turquía. Otros temen tanto ser sancionados por Occidente como sufrir represalias de Pekín o Moscú.

Algunos, sin embargo, se niegan a apoyar a los países occidentales por razones menos honorables. No debemos descuidar la importancia de un sentimiento tóxico conocido como *Schadenfreude*, es decir, el disfrute con el sufrimiento ajeno. ¿Los motivos? Un supuesto doble rasero —por ejemplo, en relación con la invasión de Irak (Francia y Alemania están en buena posición para refutar esta historia) o incluso con la anexión de los Altos del Golán—, como si las bajezas de unos excusaran las infamias de otros —dejando a un lado que Ucrania nunca atacó a su vecino—, o incluso una supuesta falta de atención por parte de Occidente a sus propios problemas. Esto permitiría a los países afectados olvidar tanto el sufrimiento de Ucrania como las normas internacionales. Según Pierre Hassner (2005), cada vez que Occidente resulta afectado, las reacciones en gran parte del mundo son las siguientes: «del *Schadenfreude* al sentimiento de que se ha restablecido el equilibrio, desde el resentimiento y el espíritu de venganza hasta la "idea de la arrogancia castigada"».[227] Por lo tanto, apoyar a Rusia es demostrar indirectamente el descontento con Washington.

También escuchamos en sus reacciones un eco lejano de la Guerra Fría: para muchos de ellos —desde Sudáfrica hasta India—, Moscú sigue siendo el aliado fiel y anticolonialista que apoya los movimientos de liberación. La propaganda rusa sabe cómo aprovechar estas reminiscencias románticas, a pesar de las pruebas. Convence a los países del sur de que las sanciones occidentales son la causa de sus problemas económicos. También sabe presentar el discurso del Kremlin como el de un hombre fuerte que apela a los valores conservadores y religiosos, algo que siempre atrae a determinado tipo de población. En el continente africano se estima que: «El agravio es un elemento importante para comprender la relación entre África y Occidente: la realidad del pasado colonial es aún muy reciente y sus efectos y consecuencias siguen presentes. Esto, de hecho, da entrada a países no afectados por este pasado colonial: como es el caso de Rusia y Turquía».[228] En Brasil, un país cuya élite —como suele suceder en América Latina—, sigue marcada por el antinorteamericanismo, se escucha: «Moscú nos muestra respeto».

Muchos de ellos, además, no odian el concepto de esferas de influencia y consideran normal que Moscú o Pekín hagan lo que quieran en su entorno regional, como hace Arabia Saudita en Yemen, por ejemplo (aunque a esto se podría replicar que la analogía más

relevante es, de hecho, la anexión de Kuwait por parte de Irak en 1991, algo que la mayoría de los países árabes condenó en su momento). Según esta narrativa, Occidente es culpable de haber intentado expandirse hasta la frontera rusa.

Por último, otros esperan con cinismo a ver quién obtiene la ventaja: son los *hedgers*[229] * (como se les llama en el mundo de las finanzas), que algún día podrían constituir el equivalente de los indecisos en las elecciones estadounidenses. Más que el *balancing* (equilibrio) y el *bandwagoning* («subirse al carro»), ahora es el *hedging* la categoría más prominente en las relaciones internacionales: evidentemente, la noción de «bloques» ya no parece relevante.

Dos mundos

Si hay una distinción válida es básicamente la que separa geográficamente, pero sobre todo política y culturalmente, dos mundos, dos familias, dos clústeres o incluso dos constelaciones, con contornos borrosos.

El fortalecimiento de la pareja chino-rusa y la consolidación de Occidente aportan nueva fuerza a la antigua distinción entre telurocracias y talasocracias, las primeras encarnadas por el proyecto euroasiático de Rusia y las Rutas de la Seda chinas, y las segundas por todo el proyecto euroatlántico ahora acompañado por los Estados del Indopacífico que quieren que este último siga siendo «libre y abierto».

La modernización asiática, así como la espectacular inserción de Japón y Corea del Sur en el mundo occidental y, del mismo modo, los reveses de la democracia en Occidente nos impiden reconectarnos con el viejo concepto de despotismo oriental. Por otra parte, no es en modo alguno exagerado evocar una familia liberal favorable a la autodeterminación de las naciones y una familia antiliberal que no encuentra nada malo —más bien todo lo contrario— en la noción de esferas de influencia; con dos modelos de capitalismo, uno meritocrático y el otro de estado (el economista Branko Milanović habla de un «choque de capitalismos»).[230] Esto es tanto más cierto cuanto que la doble división política y económica descrita antes ha sido, durante una década, cada vez más visible en las opiniones. Si el 87% de los 1200 millones de habitantes de las democracias liberales tienen una visión negativa de Rusia y el 75% de China, el 66% de los 6300 millones de habitantes del resto del mundo tienen una imagen positiva de Rusia y el 70% de China. Los países con opiniones más

polarizadas (con una diferencia de al menos quince puntos entre la imagen de una gran potencia y la de otra) son 64 del lado estadounidense (representan 2500 millones de personas y 70 billones de dólares de PIB) y 15 del lado chino-ruso (2300 millones de personas y 35 billones de dólares de PIB).15

Más allá de eso, esta guerra de los mundos enfrenta en gran medida a naciones con rasgos antropológicos diferentes. Por un lado, sociedades más modernas, caracterizadas por el parentesco bilateral, la primacía del individuo y el progresismo cultural. Por el otro —la mayoría de la humanidad— sociedades más tradicionales, donde domina el parentesco patrilineal, en las que la comunidad tiene prioridad sobre el individuo y están marcadas por el conservadurismo cultural.[231] Dos mundos, separados por «el énfasis puesto en Occidente en la dignidad personal y el énfasis puesto en gran parte del resto del mundo en la cohesión comunitaria».[232] Los orígenes antropológicos de los sistemas políticos ya habían sido subrayados, en particular en Francia, por Emmanuel Todd en 1983.[233] Según este politólogo, la separación de Ucrania y Rusia se inscribiría en este marco: una sociedad con características más bien occidentales se alejaría de otra con características más tradicionales.[234]

Hacia la guerra tibia

Es tentador distinguir tres grupos en vez de dos: uno liberal, otro autoritario y un tercero emergente, que correspondería al famoso «Sur Global». Sin embargo, tal distinción pondría al mismo nivel a dos grandes actores con un espacio muy dispar y desestructurado, salvo en la ONU (Grupo de los 77 y MNOAL) o en el marco de una organización regional que apenas desempeña un papel planetario (la OCS).

Digamos entonces, dos familias. Una sería la euroatlántica e indopacífica, más bien liberal, cuya columna vertebral podría estar constituida por la alianza de potencias marítimas de habla inglesa. La otra, continental y euroasiática, más bien autoritaria y dominada por el eje chino-ruso. Distinciones que siguen siendo aproximadas porque, al igual que durante la Guerra Fría, «podemos estar estratégicamente en el campo occidental y políticamente en el campo autoritario», recuerda François Heisbourg.[235] A la Cumbre por la Democracia de 2021, celebrada por la administración Biden, fueron invitados la mitad de los países del mundo, incluidos algunos Estados poco conocidos como modelos de virtud democrática (Angola, República

Democrática del Congo e Irak), pero no otros como Hungría y Turquía.

Entre ellos está tomando forma una especie de enfrentamiento político-militar híbrido, un conflicto que tomará prestados elementos de los nacionalismos de la primera mitad del siglo XX y de la Guerra Fría de la segunda. Una guerra que a veces será «caliente» en las fronteras de los neoimperios, como sucede hoy en el oeste, y a veces «fría», como sigue siendo por el momento en el este. En resumen, una guerra «tibia», que estará marcada por crisis regionales y conflictos limitados, pero que probablemente permanecerá contenida, gracias al papel de disuasión extremo que juega la amenaza nuclear. Este choque entre dos mundos podría durar varias décadas y estar marcado por choques y realineamientos estratégicos. Una vez más podemos sentirnos tentados —como en los tiempos de la confrontación este-oeste— por la analogía de la confrontación entre Esparta y Atenas. O incluso por el conflicto entre Roma y Persia, que duró varios siglos.

---

[216]. Discurso conjunto al Congreso previo a la declaración de guerra contra Alemania, (2 de abril de 1917).

[217]. Roberto S. Foa *et al.* (octubre de 2022). *A World Divided: Russia, China and the West*. University of Cambridge.

[218]. «Kissinger Says U.S. and China in “Foothills of a Cold War”», (21 de noviembre de 2019). Bloomberg.

[219]. Hiroyuki Akita, (10 de septiembre de 2022). «Era of “Cold Peace” Dawns on Japan-China Relations». Nikkei.

[220]. Gideon Rachman, (25 de octubre de 2022). «Xi’s China and the Rise of the “Global West”». *The Financial Times*.

[221]. Citado en Rubab Ali, (27 de julio de 2022). «The Rising Alliance of “Axis of Good”». *The Diplomatic Insight*.

[222]. Vali Kaleji, (13 de noviembre de 2021). «The Shanghai Cooperation Organization Is No “New Warsaw” or “Eastern NATO”». *The National Interest*.

[223]. Ananth Krishnan, (13 de octubre de 2020). «China’s Foreign Minister Says U.S. Using Quad to Build “Indo-Pacific NATO”». *The Hindu*.

[224]. Frédéric Lemaître, (28 de marzo de 2023). «Xi Jinping veut s’appuyer sur le “Sud global” pour contourner un Nord hostile et s’imposer comme une puissance incontournable». *Le Monde*.

[225]. *Munich Security Index 2023*, (febrero de 2023). Münchner Sicherheitskonferenz (‘Conferencia de Seguridad de Múnich’).

[226]. Alfred Sauvy, (14 de agosto de 1952). «Trois mondes, une planète». *Le Nouvel*

Observateur.

[227]. Pierre Hassner, art. cit.

[228]. Gilles Yabin, «Le changement climatique est plus important pour l'Afrique que la guerre en Ukraine», p. 93. En Michel Duclos (Director). (2023). *Guerre en Ukraine et nouvel ordre du monde* [Documental]. Éditions de l'Observatoire.

[229]* N. de la T.: Se refiere a una persona o entidad que emplea estrategias de cobertura (*hedging*) para protegerse contra el riesgo.

[230]. Branko Milanovic, (10 de diciembre de 2019, enero-febrero de 2020). «The Clash of Capitalisms: The Real Fight for the Global Economy's Future». *Foreign Affairs*.

[231]. Roberto S. Foa *et al.*, art. cit.

[232]. Paola Giuliano y Nathan Nunn, (2014). «Ancestral Characteristics of Modern Populations». *Economic History of Developing Regions, 33*(1).

[233]. David Brooks, (8 de abril de 2022). «Globalization Is Over: The Global Culture Wars Have Begun». *The New York Times*.

[234]. Emmanuel Todd, (1983). *La Troisième Planète. Structures familiales et systèmes idéologiques*. Seuil.

[235]. Alexandre Devecchio, (12 de enero de 2023). «Emmanuel Todd: "La troisième guerre mondiale a commencé"». *Le Figaro*.
François Heisbourg, obra cit., p. 182.

14
El torneo de las sombras

Estos dos grupos están cada vez más separados entre sí. El mundo experimentará una doble división: entre Occidente y Rusia, por un lado, y entre Occidente y China, por otro.

Es el final de una cierta forma de globalización ilimitada, la tercera gran ola de expansión comercial tras las de finales del siglo XIX y el periodo posterior a 1945, que se debilita bajo los golpes del nacionalismo, las sanciones y el proteccionismo. Todo el mundo participa. Rusia y China atacan y saquean o violan los acuerdos internacionales, pero Estados Unidos y Europa también contribuyen a deshacer el sistema liberal. La desvinculación es principalmente financiera —Pekín ha reducido sus activos en dólares una cuarta parte en una década, mientras que los de Rusia se han vuelto prácticamente inexistentes—, aunque también es cada vez más económica. Las normas y las barreras aduaneras al comercio se multiplican. La reducción de la dependencia prima sobre la reducción de costes. El objetivo es repatriar la producción al territorio nacional, un proceso que a largo plazo se verá facilitado por robots y algoritmos. En su defecto, se trata de «garantizar cadenas de suministro amigables»[236] o de «reducir los riesgos». La apertura de una fundición en Arizona por el gigante taiwanés TSMC fue una de las ilustraciones más espectaculares de esta nueva situación. Como dice el editorialista Gideon Rachman, estamos pasando del «justo a tiempo» al «por si acaso».[237] Para los neoautoritarios, las redes se controlan, se nacionalizan o, en su defecto, se cierran. Cada cual quiere su Internet, su red de posicionamiento por satélite y su sistema de pago. Cada centro de poder quiere su propio banco de inversiones, su propio gran proyecto de infraestructuras: las iniciativas occidentales *Build Back Better World* y *Global Gateway* pretenden ser respuestas a las Rutas de la Seda chinas. Cada uno desarrolla su interdependencia energética: China con Rusia y Europa con América.

Divisiones profundas

La división es también social y cultural. A mediados de la década de

1990, aún existía cierta continuidad en el espectro de opiniones entre el llamado mundo occidental y el resto del planeta. A principios de esa década, el panorama cambió: el mundo anglosajón y la Europa protestante «divergieron del resto».[238] La imagen de China, junto con la de Rusia, se había deteriorado considerablemente en Occidente y en las democracias liberales. En cambio, ha mejorado en los países en desarrollo (donde la imagen de Rusia suele seguir siendo positiva, sobre todo en el sur de Asia y en el África francófona, así como en Serbia y Armenia), donde ahora es mejor que la de Estados Unidos. Esta polarización de la opinión mundial ha ido en aumento durante una década. No se debe únicamente a la agresividad de China y Rusia: en los últimos treinta años, los países más desarrollados se han distanciado culturalmente del resto del mundo.[239]
Si un acontecimiento tuviera que resumir el fin de la globalización en Rusia, sería sin duda el cierre del McDonald's de la plaza Pushkin el 1 de diciembre de 2022. Solo el día de su apertura, el 31 de enero de 1990, atendió a 30000 clientes. Europa compra ahora su gas a Estados Unidos, Noruega y el Reino Unido. Alemania ha abandonado definitivamente su política de paz a través de la interdependencia. El 17 de septiembre de 2022, aniversario de la invasión de Polonia por la URSS en 1939, Varsovia inauguró a bombo y platillo un canal que permite a sus barcos sortear las aguas rusas de Kaliningrado. Además, el país sigue construyendo alambradas a lo largo de su frontera con Bielorrusia. Excluida del G8 tras la anexión de Crimea, Rusia ha sido expulsada del Consejo de Europa, del sistema SWIFT y del Grupo de Acción Financiera Internacional.

El tiempo también pasa factura: las élites de Europa Central y Oriental formadas en la Unión Soviética están desapareciendo. La «desrusificación» del continente ha comenzado. Y todo esto queda plasmado en la marcha de Ucrania hacia el oeste. Se trata de un cisma, incluso en el sentido original del término, con la separación de la Iglesia ucraniana de la Iglesia rusa a la que había estado unida desde el siglo XVII. En Ucrania, la Navidad se celebra ahora el 25 de diciembre en vez del 7 de enero. Se retiran las estatuas de Catalina la Grande. La frontera de Europa ya no estará en los Urales, sino en el Don, como sugirió Heródoto. Vladímir Putin habló de la tectónica de las placas geopolíticas: están funcionando, pero no como él esperaba. Rusia está cortando sus lazos con Estados Unidos al anunciar que ya no está vinculada por acuerdos estratégicos de control de armamentos y, con Europa, al vincular su federación de ajedrez al mundo asiático.

El enfoque de Pekín es de protección más que de castigo. Los flujos

de inversión entre Estados Unidos y China se dividieron entre seis del 2016 al 2021. En pocos años, Washington ha levantado importantes barreras arancelarias y ha endurecido los controles sobre la inversión extranjera en activos estratégicos y sobre las exportaciones de tecnologías sensibles. En octubre de 2022, prohibió todas las exportaciones de circuitos integrados de alto rendimiento a China. Apple quiere producir sus iPhones en India, Google sus Pixel en Vietnam. Y China reaccionó. Ordenó poner fin al uso de componentes informáticos estadounidenses en sus departamentos gubernamentales. Ahora quiere ordenadores, sistemas operativos y máquinas litográficas chinos. ¿Google deniega a Huawei el acceso a algunos de sus servicios? Huawei saca a la venta su primer *smartphone* en 2022. Sin embargo, no consiguió separar Europa de Estados Unidos. Conmocionada por el trato a los uigures y la puesta en vereda de Hong Kong, y preocupada por la penetración china en sus infraestructuras y comunicaciones, Europa suspendió la celebración de un acuerdo de libre comercio con China en 2021. Y ahora está mostrando una nueva vigilancia en sus relaciones con Pekín. Por último, la pandemia de la COVID-19 ha provocado una caída de las inversiones en China y no es seguro que esto vaya a invertirse.

La desglobalización seguirá siendo limitada, porque hay demasiados intereses en juego por ambas partes. Las empresas occidentales no se retirarán rápidamente del mercado chino. No todos los rusos ricos abandonarán Europa. Los estudiantes chinos no abandonarán pronto las universidades estadounidenses. Moscú y Pekín no venderán todos sus activos en dólares. Las centrales nucleares centroeuropeas seguirán teniendo que importar combustible ruso. Estados Unidos y Europa no dejarán de comprar productos fabricados en China mañana, ni siquiera pasado mañana. No pasará mucho tiempo antes de que Europa prescinda de los paneles solares y los coches eléctricos chinos. La desvinculación total es una ilusión total, son las estrategias de limitación de riesgos las que se verán favorecidas. Y esa tendencia parece ahora inevitable.

Placas tectónicas geopolíticas

Como todas las rivalidades interestatales, la guerra de los mundos se desarrollará sobre todo en tierra. La geografía es ineludible: es esencialmente en tierra donde se encuentran las personas, los recursos y las principales palancas de poder. Pero el contorno espacial de la competición estratégica está cambiando y hay otros campos de juego

que serán cada vez más importantes.

En primer lugar, el mar, con la aplicación desde 1994 de la Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar (CNUDM), conocida como Convención de Montego Bay (1982). Está en juego no solo la delimitación de las zonas económicas exclusivas, sino también el acceso a los fondos marinos sobre los que se tienden cables de comunicación y gasoductos, y que albergan abundantes recursos. El convenio permite a los Estados solicitar a un organismo internacional especializado que amplíe sus derechos sobre las plataformas continentales. La guerra de los fondos marinos comenzó sin duda en 2022, año en el que se produjeron dos extraños sabotajes: el del cable que une el continente con la gran estación de satélites de Svalbard y el del gasoducto Nord Stream2.

Luego está el espacio exterior, de gran importancia para las comunicaciones, la observación y el posicionamiento, tanto en el ámbito civil como en el militar. El ciberespacio, por supuesto, desde donde es posible espiar, así como lanzar ataques destinados a controlar, piratear e incluso paralizar los sistemas enemigos. Esto incluye ahora las infraestructuras físicas. Por último, la esfera de la información se perfila como un nuevo campo de batalla. Los *think tanks* se han vuelto casi tan importantes como los carros de combate. Pero lo que está en juego es tanto el contenido (propaganda, noticias falsas) como el contenedor (control del espectro electromagnético).

En los flancos occidental y oriental de Eurasia se vuelve a las políticas de contención y disuasión. Es en las zonas de contacto entre los nuevos imperios y las nuevas potencias donde sus rivalidades se impondrán con mayor claridad. Aquí es donde se jugará el nuevo Gran Juego, lo que el Imperio Ruso solía llamar el «torneo de las sombras».

El Ártico será más accesible a la navegación como consecuencia del calentamiento global. Rusia quiere controlar la ruta marítima septentrional, aunque a China le gustaría exacerbar el viejo enfrentamiento ruso-estadounidense simbolizado por la frontera entre las islas Diómedes, punto de encuentro de las expansiones rusa y estadounidense, que separa a los adversarios por apenas unos kilómetros. Alaska se ha convertido en la mayor concentración mundial de modernos cazabombarderos de quinta generación.

Los Balcanes son cortejados por Ankara, Moscú y Pekín. Los recursos de gas del Mediterráneo oriental son codiciados por todos los Estados ribereños, con Turquía especialmente agresiva en la prospección en aguas disputadas. Rusia e Irán, aliados en Siria, son

ahora potencias mediterráneas.

El istmo que separa el Báltico del Mar Negro siempre ha estado en el centro de la geopolítica europea. Su control es vital para las ambiciones europeas de Rusia: los ideólogos nacionalistas rusos, como Fernand Braudel, consideran que su control es indispensable para Moscú. Se dice que, tras la Primera Guerra Mundial, Józef Piłsudski quiso unificar estas tierras mediante la creación de una federación (*Intermarium*) que se habría extendido desde el Báltico hasta los Balcanes. El gran historiador Timothy Snyder ha descrito la zona que va desde los Estados bálticos hasta Ucrania como una «tierra de sangre», cuyos pueblos sufrieron bajo el imperialismo ruso, el totalitarismo alemán y el comunismo soviético.[240] En la actualidad, la iniciativa de los Tres Mares (ITM), propuesta por Polonia y Croacia, pretende desarrollar las infraestructuras de transporte norte-sur mediante la cooperación entre doce Estados miembros de la UE, con el fin de reducir su dependencia de las rutas tradicionales este-oeste.

En el sur del Cáucaso, Rusia y Turquía han abogado por la estabilización del conflicto de Nagorno-Karabaj, pero la región sigue atrayendo el interés de ambos países —Azerbaiyán y Turquía son, según sus propios dirigentes, «un solo pueblo»—, así como del vecino Irán y, cada vez más, de Arabia Saudí. Los países de Asia Central, recelosos de Rusia, son cada vez más sensibles a los avances de China: Kazajstán y Tayikistán, en particular, consideran este acercamiento como una forma de diversificar sus relaciones. Se trata de *hedgers*.

En el Himalaya, Pakistán, China e India, tres potencias nucleares, se enfrentan en una zona donde las fronteras están mal definidas y son objeto de disputa y donde el reparto de los recursos hídricos es objeto de tensiones crecientes. Los acontecimientos de los últimos años no auguran una estabilización de sus relaciones. La última crisis de Cachemira (2019) supuso para ambos países la primera tentación de actuar en profundidad, más allá de la región en disputa. Desde el punto de vista de Pakistán, los grandes proyectos indios de construir presas amenazan el frágil equilibrio definido por el Tratado de las Aguas del Indo (1960) bajo la égida del Banco Mundial, sobre todo porque Delhi exige ahora una renegociación.

Por último, pero no por ello menos importante, existe también una competencia de poder en América Latina y África, donde se libran batallas por la influencia y los recursos.

El cinturón central

Pero la cuestión principal en la guerra de los mundos estaría en lo que podríamos llamar el cinturón central, una noción que nos trae a la mente la «media luna interior» de Halford Mackinder o la «Rimland» de Nicholas Spykman, que se extendería desde los Balcanes hasta el sudeste asiático, es decir, desde Serbia hasta Birmania. Podemos sugerir que las opciones de cuatro Estados pivote —Ucrania, Turquía, Irán e India— son fundamentales. Su inclinación hacia Estados Unidos, Rusia o China daría a uno de los bandos una ventaja significativa sobre el otro.

Para Ucrania, ya está hecho. Para Turquía, está menos claro: la batalla entre europeístas y euroasiáticos va a continuar —sea cual sea el futuro de Erdoğan— y podría retirarse de la estructura militar integrada de la OTAN, aunque difícilmente rompería todos sus lazos con Estados Unidos. ¿Podría Irán volver a unirse al bando occidental, como hizo, en un contexto diferente, hasta 1980? Podría suceder. Con una de las sociedades más modernas de Oriente Medio, una fuerte identidad nacional y una cultura propia, si se derrumbara el régimen militar-religioso que lo gobierna, podría optar por un giro estratégico. Por otra parte, la cuestión nuclear lo sitúa cada vez más en desacuerdo con la familia de los Acuerdos de Abraham firmados en 2020, la red forjada por la administración Trump —su único éxito real— que reúne a las monarquías del Golfo e Israel y de la que la agenda antiiraní es un elemento sustancial, aunque los Estados de la región prefieran la autonomía estratégica al alineamiento con Washington. Además, Arabia Saudí no es oficialmente miembro de este grupo y es dudoso que normalice sus relaciones con el Estado judío mientras el rey Salman gobierne el país. Fiel a una política muy arraigada, Arabia Saudí mantendrá las distancias con Washington, del que sigue dependiendo en parte para su defensa, aunque Estados Unidos ya no necesite el petróleo saudí y solo se haya comprometido a proteger el Golfo bajo la administración Carter (contrariamente a una persistente leyenda, nunca se firmó ningún «Pacto Quincy» entre ambos países en 1945). El poco estudiado triángulo Riad-Islamabad-Pekín es una de las áreas más interesantes de la geopolítica del siglo XXI. Pakistán es a la vez un socio reacio de Estados Unidos y un socio obligado de China, porque el corredor económico China-Pakistán es un eje clave de la iniciativa «Nueva Ruta de la Seda»: desde Kashgar, en Turkestán, hasta Gwadar, en el mar Arábigo. Su larga relación con Arabia Saudí es en parte transaccional (petróleo por defensa), pero desde los años ochenta se ha visto reforzada por la lucha contra la Unión Soviética en Afganistán y la reislamización de ambos países. Riad dispone desde hace tiempo de misiles balísticos chinos y, posiblemente, pakistaníes.

Durante mucho tiempo se ha especulado sobre si Islamabad llegaría a ofrecer algún tipo de protección nuclear al reino wahabí. En cualquier caso, Pekín está estrechando sus lazos con estos dos países, de gran importancia para su desarrollo económico: uno por su petróleo, el otro por su acceso al mar, y quizás, algún día, por su armada. Por último, la India observa con interés esta evolución, aunque hoy por hoy no desea formar parte formalmente de una esfera occidental.

En la actualidad, la mayoría de estos Estados pivote presentan un modelo tradicional bastante más cercano al mundo autoritario. Sus organizaciones familiares son comunitarias y patrilineales. Pero el determinismo antropológico no existe en geopolítica: la modernización de sus sociedades, las elecciones de sus dirigentes y los choques estratégicos marcarán su futuro.

Las rivalidades entre países emergentes

Estos choques estratégicos podrían surgir de las rivalidades entre cinco países clave, los cuatro neoimperios —Rusia, Turquía, Irán y China— y una importante democracia emergente: India.

La coexistencia pacífica de Rusia y Turquía es una anomalía histórica. Los dos imperios del Mar Negro se han enfrentado más de una vez en los últimos cinco siglos. Crimea es uno de los focos de esta rivalidad, desde la guerra del mismo nombre hasta la expulsión de los tártaros por Stalin. Ankara no reconoce su anexión por parte de Moscú y ambos países estuvieron a punto de llegar a las manos cuando un caza ruso fue derribado por Turquía en 2017. En los Balcanes, el Cáucaso, África, Libia, Siria y Asia Central, los dos neoimperios empujan a sus respectivos peones en nombre de políticas euroasiáticas rivales. ¿Sobrevivirá la actual entente a otro grave accidente? «La ambivalencia que mantienen países como Turquía no durará», afirman dos expertos turcos.[241]

Irán mantiene relaciones bastante cordiales con su vecino occidental, a pesar de su pasado turbulento. Pero Teherán no ve con buenos ojos el renovado activismo diplomático y militar de su vecino en el Cáucaso, Irak, Siria y el Golfo. Uno suministra drones a Rusia, el otro a Ucrania. Ankara sigue de cerca la evolución de la cuestión nuclear iraní. ¿Seguiría una Turquía nacionalista queriendo confiar en el paraguas nuclear estadounidense (las bombas B61-11 llevan mucho tiempo desplegadas en Inçirlik, al sureste del país) frente a un Irán con armas nucleares?

Sus relaciones con Rusia, por el contrario, disfrutan de una auténtica luna de miel —al igual que las que mantiene con China, como demuestra el importante acuerdo bilateral de asociación estratégica firmado en 2022— a pesar de que, como en el caso de Turquía, existe una historia de rivalidades en el Cáucaso. Puesta a prueba en Siria desde su intervención conjunta en favor de Bashar al-Assad, su cooperación militar sigue fortaleciéndose, con los drones iraníes que, por desgracia, están haciendo maravillas en Ucrania. El acuerdo parece duradero: Moscú y Teherán abogan por un nuevo orden mundial antiamericano, acuerdan eludir o neutralizar las sanciones occidentales y quieren ampliar su cooperación energética. El único obstáculo real a esta amistad geopolítica es la cuestión de Israel, ya que Moscú desea mantener relaciones cordiales con Jerusalén. El delicado equilibrio de Rusia —al igual que el de Israel entre Moscú y Kiev, por razones que incluyen su estructura demográfica— no debe darse por sentado. ¿Soportaría una nuclearización abierta de Irán o a una nueva conflagración en los territorios palestinos? «Sería más perjudicial para la credibilidad de Teherán ausentarse de un conflicto entre Palestina y Jerusalén que hacerlo de la guerra de Rusia en Ucrania», afirma un experto británico.[242]

¿Permanecerá India «multialineada»?

India, por su parte, no está dispuesta a romper con Rusia, por razones tanto ideológicas —su tradición de no alineación sigue siendo fuerte —, como prácticas —su aparato de defensa sigue construido en torno a una columna vertebral rusa, en parte herencia soviética—. Además, considera necesario el petróleo ruso. Sus relaciones con Moscú son una cuestión de estrategia de cobertura. La cuestión principal sigue siendo sus relaciones con China, con la que compite por el liderazgo del mundo emergente y no alineado. El problema indio es el siguiente: Delhi quiere poder beneficiarse de la transformación de China en superpotencia económica y tecnológica y, al mismo tiempo, resistir su presión política y territorial como vecino, todo esto, sin caer en la órbita de Washington.

Esta elección podría decidirse por la agresividad china en el noroeste, donde Pekín ocupa un territorio del tamaño de Suiza (Aksai Chin) —que India considera suyo—, aquí la zona fronteriza no es más que una «línea de control efectivo» cuya delimitación no reconocen ninguna de las partes, y en el nordeste, donde China reclama una región india del tamaño de Austria (Arunachal Pradesh). En otras

palabras, la mayor disputa territorial del mundo. Sin embargo, se está reavivando por el legítimo deseo de ambas partes, por razones políticas, económicas y militares, de acompañar su resurgimiento con una consolidación del control sobre sus respectivos territorios, en forma de construcción de infraestructuras cerca de las zonas fronterizas. Tras una crisis limitada en la meseta de Doklam, en la región de los tres puntos donde confluyen India, China y Bután, a partir de 2020 los dos países han vivido los enfrentamientos militares más graves desde la guerra de 1962. A los indios les gusta citar un supuesto adagio chino, que data de la época de Mao, según el cual «el Tíbet es la palma de la mano que debemos ocupar, para luego poder apoderarnos de los cinco dedos: Nepal, Bután, Sikkim y Arunachal Pradesh».[243] No importa si la frase es apócrifa o verdadera: lo que importa es que se tome al pie de la letra. Si a esto añadimos la crisis de la COVID-19 y los avances de China en la parte oriental del océano Índico (Sri Lanka, Bangladesh, Birmania), el resentimiento antichino alcanzó un punto álgido a finales de la década, hasta el punto de que podría escribirse que «China ya ha perdido a India».[244] Un símbolo visible de este giro radica en que India se convirtió en el primer gran país en prohibir la aplicación TikTok.

Aún no hemos llegado al punto de ruptura y el comercio entre ambos países sigue floreciendo. China continúa siendo el principal proveedor de bienes de consumo de India. Pero estamos cada vez más cerca. Y aunque es difícil creer que Delhi pueda romper con décadas de proclamado no alineamiento para convertirse en aliado formal de Estados Unidos, su elección podría ser cada vez más clara. Para ello dispone de una carta: negociar un mayor alineamiento con Washington en el este del Océano Índico a cambio de una mayor influencia en el oeste, un territorio celosamente custodiado por el Mando Central estadounidense, CENTCOM, responsable de esta zona. Por último, la elección de Suecia —que rompió con la neutralidad después de más de un siglo para incorporarse a la Alianza Atlántica— debería preocupar a quienes creen en la inmutabilidad de las decisiones estratégicas. «Parece inevitable una disociación entre India y Rusia», predice uno de los principales académicos indios.[245]

En resumen, las futuras elecciones de Turquía, Irán y, sobre todo, de India determinarán el contorno de la confrontación.

---

236. Christopher Condon *et al.* (18 de julio de 2022). «Yellen Touts "Friend-Shoring" as Global Supply Chain Fix». Bloomberg.

237. Gideon Rachman, (15 de enero de 2023). «Geopolitics Threatens to Destroy the

World Davos Made». *The Financial Times*.

[238]. David Brooks, (8 de abril de 2022). «Globalization Is Over: The Global Culture Wars Have Begun». *The New York Times*.

[239]. Roberto S. Foa *et al.*, art. cit.

[240]. Timothy Snyder, (2012). *Terres de sang. L'Europe entre Hitler et Staline*. Gallimard.

[241]. Evren Balta y Soli Özel. «Un moment fondateur pour l'ordre du monde», p. 268. En Duclos, M. (Director), (2023). *Guerre en Ukraine et nouvel ordre du monde* [Documental]. Éditions de l'Observatoire.

[242]. John Raine, (23 de febrero de 2023). «Iran and Russia: An Unsteady Axis». International Institute for Strategic Studies (IISS).

[243]. «Tibet Occupation Just Beginning, China Trying Hard to Get Five Fingers: Lobsang Sangay». (2 de abril de 2021). *The Times of India*.

[244]. Tanvi Madan, (4 de octubre de 2022). «China Has Lost India: How Pekín's Aggression Pushed New Delhi to the West». *Foreign Affairs*.

[245]. Happymon Jacob, «L'inévitable mutation géopolitique de l'Inde», p.221. En Duclos, M. (Director). (2023). *Guerre en Ukraine et nouvel ordre du monde* [Documental]. Éditions de l'Observatoire.

15
Se anuncia la tercera guerra mundial

Desde 1989, cada vez que se produce un conflicto importante en el que estén implicados los países occidentales de un modo u otro, muchos comentaristas recurren invariablemente a una «vuelta a la guerra». Así ocurrió en 1990 (Yugoslavia), 1991 (Kuwait), 1999 (Kosovo), 2001 (Afganistán), 2003 (Irak), 2008 (Georgia), 2011 (Siria), 2014 (Crimea y Donbás) y, por supuesto, de nuevo en 2022, con la operación Z.

¿De veras ha vuelto la guerra?

En realidad, no estamos viviendo un periodo especialmente conflictivo en lo que se refiere a las guerras tradicionales entre Estados vecinos. En los últimos treinta años, solo ha habido unos pocos ejemplos: Armenia y Azerbaiyán, Eritrea y Etiopía, India y Pakistán, Rusia y Ucrania. Ningún experto duda de que las guerras interestatales son menos frecuentes desde 1945: la cuestión es si esta tendencia es sostenible o si puede invertirse con rapidez.

Nassim Nicholas Taleb, el hombre que está detrás de los «cisnes negros», y su colega Pasquale Cirillo han intentado demostrar, mediante la teoría de los valores extremos, que la distribución estadística de las guerras en los últimos quinientos años es puramente aleatoria. Ninguno de los dos autores descarta la posibilidad de una gran guerra en los próximos años. En los dos últimos milenios, el intervalo entre dos conflictos con un saldo de al menos diez millones de muertos ha sido de 133 años por término medio (52 años en la actualidad si se tiene en cuenta el crecimiento demográfico). Sin embargo, el filósofo Steven Pinker replica: «Nada dice que la probabilidad tenga que ser constante durante largos periodos de tiempo».[246] Argumenta que los acontecimientos sin precedentes históricos que han acompañado a la ausencia de guerras entre grandes potencias dan crédito a la idea de que algo nuevo está ocurriendo en la historia de la humanidad. Cirillo y Taleb replican que «los datos no permiten concluir que se haya producido un cambio estructural en la beligerancia humana».[247] Un estudio estadístico más reciente de la

Universidad de York ha abordado el problema de la «detección de rupturas» y ha identificado varios puntos de inflexión en la frecuencia de los conflictos de la primera parte del siglo XIX, y en la primera mitad y a finales del siglo XX.[248]

El debate sigue pues abierto, pero su pertinencia es limitada habida cuenta la importancia estratégica, en términos de repercusiones, de ciertos conflictos regionales existenciales u ontológicos, que son también los más largos o los más duros. En el Cuerno de África, en el Cáucaso, en Asia Oriental, así como en Asia Meridional, en la península de Corea, en Oriente Próximo y en el Mediterráneo Oriental, lo que está en juego es la propia existencia física de ciertos Estados o, en su defecto, su legitimidad para existir como entidades políticas independientes.

¿Morir por Crimea? ¿Morir por Taiwán?

El riesgo de una tercera guerra mundial, el espantajo por excelencia de los años cincuenta, vuelve a plantearse ahora. No es injustificado preocuparse por el revanchismo ruso o chino y conviene medir la fuerza de su voluntad revisionista. El sentimiento, real o instrumentalizado, de supuestas humillaciones pasadas no es sin duda el factor determinante en este caso: no lo fue para Francia en 1870, y a veces se ha sobrestimado su importancia para Alemania en 1939.

Existen dos escenarios. El primero es el de una cadena de circunstancias, tras un incidente o una provocación deliberada, pero con consecuencias mal controladas. Tomemos, por ejemplo, el incidente de Hainan en 2001, cuando un avión espía estadounidense colisionó con cazas chinos. O el de Turquía en 2015, cuando sus fuerzas aéreas derribaron un caza ruso. Las provocaciones rusas o chinas, sobre todo en el mar o en el aire, pueden ser fuente de graves incidentes. ¿Qué pasaría si un avión chino fuera derribado por la fuerza aérea taiwanesa tras entrar en su espacio aéreo? ¿Si la marina de Filipinas, aliada de Estados Unidos abriera fuego contra un pesquero chino cerca del arrecife Scarborough? ¿Si Japón y China se enfrentaran por las islas Senkaku (o Diaoyu) en el mar de China Oriental? La dinámica de la escalada de conflictos es bien conocida y no tiene nada de inevitable. La compostura de los líderes, su capacidad para entenderse —mucho más que la existencia o no de líneas directas—, así como su margen de maniobra personal dentro de su sistema de gobierno y su capacidad para controlar toda la cadena de toma de decisiones, suelen ser las claves de las desescaladas. Pero

en la era de la información constante, las redes sociales, la sobrecarga de información y desinformación, la escalada podría ser más difícil de controlar.

El segundo escenario sería el de un ataque deliberado y bien preparado. Después de Ucrania, ¿Taiwán? La pregunta está en boca de todos y el escenario de una invasión de la isla rebelde está ahora en el punto de mira de muchos comentaristas. Es cierto que el endurecimiento del régimen chino y las cada vez más frecuentes incursiones militares de Pekín cerca del archipiélago parecen hacerlo cada día menos improbable. Es cierto también, que la mayoría de los expertos creen que no ocurrirá pronto, aunque Estados Unidos se complazca en hablar del final de la década actual. El régimen chino, que puede estar jugándose su propia existencia, tiene mucho interés en esperar a que se den las circunstancias más favorables. Pero la sorpresa del 24 de febrero de 2022 debería hacernos más cautos. Volveremos sobre esto más adelante.

¿Una guerra chino-estadounidense?

Una guerra entre Estados Unidos y China sería vista por ambos países como un choque de civilizaciones y no tendría precedentes. ¿Podemos evaluar la probabilidad de que esto ocurra?

Una visión inspirada en lo que los teóricos de las relaciones internacionales denominan «realismo ofensivo» tiende a considerar peligrosas aquellas situaciones en las que, en virtud del dilema de seguridad, una potencia emergente amenaza con suplantar a una dominante. Según los cálculos de Graham Allison, que evocan la «trampa de Tucídides», tres cuartas partes de las veces, esta situación desembocaría, en una guerra total.[249] Junto a otros, el historiador Pierre Grosser desmonta su tesis, porque ve en ella «un barniz de humanidades, pretensión científica y citas baratas».[250] Este determinismo histórico es poco convincente, aunque solo sea porque pasa por alto el papel crucial de los dirigentes. Además, los fallos del razonamiento son evidentes: la muestra es pequeña —¡dieciséis casos en quinientos años!—, la tendencia es incierta —como veremos más adelante, China no está destinada a superar a Estados Unidos—, por no hablar de la dudosa pertinencia de la imagen histórica de la Guerra del Peloponeso.[251] ¿Podemos imaginarnos a Estados Unidos declarando primero la guerra, como hizo Esparta? Por otra parte, cuando dos partes, aunque no quieran la guerra, la consideran inevitable, existe el riesgo de que se cumpla la profecía. Aún no hemos

llegado a ese punto, pero en China parece estar ganando terreno la sensación de que ya no se dan las condiciones para una reunificación pacífica con Taiwán. Y cuanto más fije Occidente sus miras en el otro extremo del territorio euroasiático —es decir, mientras más atención y recursos dediquen a la disuasión y la defensa frente a Rusia—, mayor será la tentación de actuar contra la isla rebelde. ¿Podría ser Xi Jinping el Guillermo II de la década de los veinte del siglo XXI? En 1914, Alemania se vio rodeada y quiso actuar antes de que fuera demasiado tarde. La tesis de la trampa de Tucídides está creando su propia realidad: ya en Pekín leen el libro de Graham Allison y los funcionarios chinos temen que Estados Unidos intente «incitar a China a caer en ella».[252]

Tres señales de alarma

La hipótesis de un gran conflicto que enfrente directamente al mundo occidental con China o Rusia sigue siendo bastante improbable, dada la existencia de tres frenos o señales de alarma: la interdependencia económica, el sistema de alianzas y la disuasión nuclear.

En la era de la globalización, el argumento clásico de que la guerra ya no compensa, dado que ahora es más fácil comprar que robar, mantiene cierta pertinencia. Desde un punto de vista estrictamente racional, una gran guerra deliberada sería una «gran ilusión», por aprovechar el título del ensayo de Norman Angell. Se burlaron de él por haber escrito este superventas (1910) —del que tomó su título una película francesa— y durante mucho tiempo se afirmó erróneamente que la Primera Guerra Mundial había refutado totalmente su tesis.[253] Pero una gran guerra costaría a las grandes potencias aún más hoy que ayer. Es un hecho que, en igualdad de condiciones, dos Estados con un elevado volumen de comercio bilateral tienen menos probabilidades, estadísticamente hablando, de entrar en guerra entre sí. Y, también, que las sociedades de la economía de mercado tienen un interés común en preservar la zona de comercio mundial.

China sigue siendo muy dependiente del comercio internacional. Sus exportaciones representan una quinta parte de su PIB. Para convertirse en una gran potencia tecnológica, sigue necesitando máquinas litográficas y esquemas de circuitos integrados occidentales. Las economías china y estadounidense siguen estando estrechamente interrelacionadas. Estados Unidos y China siguen siendo sus principales socios comerciales de bienes de consumo. Las empresas estadounidenses continúan invirtiendo en China. Y esta sigue siendo el

segundo mayor tenedor de bonos del Tesoro estadounidense. El volumen total de sus activos en Estados Unidos, aunque ha disminuido desde 2012, se mantiene estable. A esto se añade el hecho de que un tercio de los estudiantes extranjeros (incluidos muchos de los hijos de altos ejecutivos) son chinos, lo que aporta una importante cantidad de dinero a las universidades estadounidenses. Y en el país hay unos cinco millones de residentes nacidos en China. Desde mediados de los años noventa, esta interdependencia parece haber actuado como freno en las disputas bilaterales.

La interdependencia entre la República Popular y Taiwán también es fuerte. Pero, como dice Pekín, «Taiwán es como una copa de cristal: queremos la copa, no sus mil pedazos».[254] Por tanto, la isla está protegida por un «escudo de silicio», en referencia a la importancia de la industria de semiconductores del país. TSMC (Taiwan Semiconductor Manufacturing Company) representa una quinta parte de la producción mundial de semiconductores y el 90% de la más avanzada. Su presidente sostiene que «el mundo necesita la industria de alta tecnología de Taiwán». Por consiguiente, no permitirá que estalle una guerra en esta región, porque sería contrario a los intereses de todos los países del mundo».[255]

Pero confiar en la interdependencia como instrumento para evitar la guerra es arriesgarse, porque, por muy válido que sea, este principio general solo es válido en igualdad de condiciones. La integración no basta. Cuando solo uno de los dos socios depende del otro, el realismo se venga del liberalismo: la integración económica puede, al generar un sentimiento de inseguridad en el lado del actor dependiente, aumentar el riesgo de conflicto.

En un trabajo fundamental sobre el tema, Dale Copeland demuestra que tanto liberales como realistas tienen buenos argumentos, pero que la variable clave son las «expectativas comerciales y de inversión». Si los protagonistas sienten que son positivas, el riesgo disminuye; de lo contrario, puede ponerse en marcha una espiral negativa.[256] Podría decirse que esto es precisamente lo que ocurrió en el continente europeo: la separación económica entre Ucrania y Rusia ya estaba en marcha en 2022. En otras palabras, las expectativas rusas caían en picado. La misma espiral negativa podría estar en marcha entre China y Estados Unidos. En el lado chino-estadounidense, las barreras y las sanciones han ido en aumento desde finales de la década de 2010. Y entre la isla y el continente, «el impulso político en torno a la integración económica se ha apagado», señala Mathieu Duchâtel.[257] La cuota de China en el comercio de Taiwán es ahora inferior a una

cuarta parte y continúa disminuyendo de forma gradual. La decisión simbólica de TSMC de abrir una fundición en Arizona ilustra la nueva tendencia de las relaciones entre los tres países: es una garantía para Taiwán como productor y para Estados Unidos como consumidor.

El coste previsto de la agresión puede ser menor que el beneficio esperado: invadir Taiwán, incluso a costa de decenas de miles de muertos y una crisis económica mundial, puede merecer la pena. Este es el problema de la asimetría de lo que está en juego. Las pasiones siempre pueden pesar más que los intereses. Al establecer su control sobre Hong Kong, China ha asumido el riesgo de sacrificar la gallina de los huevos de oro y ha demostrado que, a veces, la política es más importante que la economía cuando lo que está en juego, a sus ojos, es lo fundamental. Y ¿hace falta recordar que ni la interdependencia económica entre Ucrania y Rusia, ni el riesgo de sanciones económicas «masivas» disuadieron a Moscú de invadir a su vecino en febrero de 2022? ¿No sería en última instancia la paz la que genera el comercio y no al revés? En cualquier caso, Montesquieu veía el fenómeno como un proceso iterativo y bidireccional: «es casi una regla general que donde hay moral blanda, hay comercio; y donde hay comercio, hay moral blanda».[258]

El sistema contemporáneo de alianzas militares tiene más probabilidades de frenar la escalada que de acelerarla. Actúa como una correa de frenado más que como una de transmisión.

La narrativa tradicional de la Primera Guerra Mundial como resultado en parte de una cadena ciega de compromisos de defensa está siendo cuestionada por los historiadores. En 1914, la guerra a gran escala se hizo inevitable, no por una cadena inevitable de acontecimientos, sino fundamentalmente como resultado de la agresión coordinada de Alemania y Austria-Hungría.

La red de alianzas de principios del siglo XXI no es equivalente a la del siglo XX. Washington tiene sesenta aliados, Rusia cinco, China uno e India cero. Estas alianzas tienen un poder disuasorio que puede demostrarse en sentido contrario. Rusia y China han invadido u ocupado territorios desprotegidos o disputados: en cambio, nunca han cometido abiertamente una agresión armada contra territorios claramente cubiertos por garantías occidentales de seguridad.

Las alianzas actuales son estrictamente defensivas. No se pueden activar de modo automático. La participación de la OTAN requiere el consentimiento de todos sus miembros para actuar. Incluyen reservas: la mayoría de las veces, no obligan a los aliados a emplear la fuerza

militar y, cuando procede, mencionan restricciones nacionales, como los «acuerdos y procesos constitucionales» de cada país (en el caso de Estados Unidos y Japón) o «el carácter específico de la política de seguridad y defensa de determinados Estados miembros» (en el caso de la Unión Europea). Su ámbito de aplicación está circunscrito a los países firmantes. Los compromisos de defensa solo se aplican a un área definida. El tratado de la OTAN, que define ampliamente su ámbito de aplicación, solo concierne a «Europa y América del Norte», por lo que no incluye Hawái ni los territorios americanos del Pacífico, lo que significa que un conflicto chino-americano difícilmente implicaría a los europeos. El tratado entre Estados Unidos y Japón abarca «los territorios bajo la administración de Japón».[259] El tratado entre Estados Unidos y Corea del Sur está redactado con el mismo espíritu. El ámbito de aplicación del tratado entre Estados Unidos y Filipinas incluye «el territorio metropolitano de una de las partes o los territorios insulares bajo su jurisdicción en el Pacífico o sus fuerzas armadas, buques públicos o aeronaves en el Pacífico».[260]

Fuera del caso de agresión masiva y flagrante, existe un margen de apreciación de lo que constituye un ataque armado, el *casus foederis* de las alianzas que autoriza la legítima defensa. La Corte Internacional de Justicia (CIJ) considera que su caracterización requiere una escala relativamente grande, una gravedad suficiente y un efecto sustancial. Las tácticas empleadas por Rusia y China, los hombrecillos verdes (milicias vestidas de civiles) y, podría decirse, los hombrecillos azules (buques civiles), así como los ciberataques podrían, por tanto, entrar legalmente en el ámbito de los ataques armados. La jurisprudencia de la CIJ ha establecido que una acumulación de provocaciones y agresiones menores podría equivaler en derecho a un ataque armado. Por tanto, en una crisis compleja, no existe un umbral evidente para declarar que las garantías de seguridad están en juego. Otra zona gris está en la definición exacta de los territorios protegidos en el mar. Desde la entrada en vigor de la CNUDM en 1994, muchos Estados han hecho reclamaciones irreconciliables sobre sus aguas territoriales y zonas de exclusión económica (ZEE), que no forman parte del territorio nacional, pero en las que a menudo están presentes fuerzas nacionales. Además, China ha llevado a cabo una política activa de recuperación y ocupación de tierras en el mar de la China Meridional, con el fin de cambiar el estatus de las rocas, islotes y arrecifes que controla. Por último, está la incertidumbre heredada de la Guerra Fría. El compromiso de Estados Unidos con sus aliados en virtud del Tratado del Sudeste Asiático solo se aplica a las «agresiones comunistas».[261] ¿La China contemporánea sería considerada como tal

por todos los firmantes?

Todo esto sugiere que los aliados no se comprometen simplemente en virtud de un texto o una declaración. Entrar en guerra continúa siendo una decisión política.

¿Existe la cadena de alianzas?

A pesar de estas precauciones, ¿pueden las alianzas ser trampas que conduzcan a la guerra mediante una reacción en cadena?

En determinadas circunstancias, contar con la protección de un aliado puede envalentonar a un Estado débil y llevarlo a tomar iniciativas arriesgadas. Sobre esta base, Donald Trump cuestionó la conveniencia de aceptar al «pequeño y agresivo Montenegro» en la OTAN.[262] Pero hay pocas pruebas de que los aliados contemporáneos hayan actuado agresivamente en su vecindad sin temor a represalias porque se sintieran protegidos. Es cierto que las partes más débiles pueden, a veces de buena fe, engañar a su público haciéndole creer que los territorios en disputa estarían protegidos. Los debates públicos en torno al acuerdo de defensa de 2010 entre Rusia y Armenia sobre Nagorno-Karabaj, o la asociación estratégica de 2021 entre Francia y Grecia sobre la ZEE griega, son ejemplos de ello. En ambos casos, sin embargo, el protector ha presentado aclaraciones para evitar que la parte protegida pensara erróneamente que lo estará en todas las circunstancias.

El segundo escollo posible es que un Estado se vea obligado a intervenir en apoyo de otro para preservar su reputación de protector. Pero este temor también parece exagerado. Un análisis de los compromisos estadounidenses realizado por el politólogo Michael Beckley demuestra que Washington conserva su libertad de acción a la hora de decidir si interviene o no: solo encontró cinco ejemplos en los que Estados Unidos se viera arrastrado a una guerra desde 1945: las crisis del estrecho de Taiwán en 1954 y 1995, la guerra de Vietnam y las intervenciones en Bosnia y Kosovo en la década de 1990.[263] Incluso en estos casos, Estados Unidos tenía muchos otros intereses en juego, no solo el de preservar su reputación. Por el contrario, Washington no apoyó a los franceses en Diên Biên Phu, ni a los británicos en las Malvinas, por no hablar de lo sucedido con París y Londres en Suez.

Los aliados suelen actuar como un freno a las escaladas. Temen que, por ejemplo, si su protector se implica demasiado en una crisis

lejana, será menos capaz de proteger sus propios intereses (un caso clásico es el de los europeos en Vietnam).

Los acontecimientos recientes demuestran que la OTAN ha sido prudente a la hora de invocar el Artículo 5: no lo hizo en 2007 cuando varios ataques masivos de denegación de servicio (DDoS) de origen ruso afectaron a Estonia ni cuando un avión turco fue derribado por Siria sobre aguas internacionales en 2012. Del mismo modo, Seúl y Washington no reaccionaron de forma exagerada cuando Corea del Norte atacó un barco surcoreano y bombardeó unas islas en 2010. La OTSC no cedió cuando un misil cayó en territorio armenio en 2020, ni cuando el territorio armenio fue atacado en 2022. Los ataques iraníes en territorio saudí durante la última década han suscitado reacciones estadounidenses bastante comedidas. Por el contrario, Estados Unidos parece a veces reacio a hacer cumplir sus propias líneas rojas, hasta el punto de que uno se pregunta si su no intervención en Siria en 2013, tras los ataques químicos en Guta, no habrá alentado las agresiones rusa y china.

Por tanto, la aplicación de una garantía de seguridad no sería automática. Sería más una cuestión de juicio político que jurídico. La referencia a una posible secuencia de acontecimientos similar a la de 1914 —la forma en que el sistema europeo de alianzas habría facilitado la marcha hacia la guerra general a través de una cadena de acontecimientos— parece por tanto irrelevante.

Por último, la proliferación de acuerdos de defensa y asociaciones informales, sin compromisos mutuos de defensa, tiene más probabilidades de mitigar el riesgo de escalada que de aumentarlo. Crea incertidumbre en la mente del adversario sobre cómo reaccionaría un país no aliado formalmente (por ejemplo, India) ante un ataque a un aliado, y viceversa.

Las potencias revisionistas pondrán a prueba los compromisos de seguridad occidentales en espacios disputados. Pero la red cada vez más densa de alianzas contemporáneas es probablemente más estabilizadora que desestabilizadora. Es más un cinturón de seguridad que una correa de transmisión. Sin embargo, no es inmune a los choques y en el siglo XXI puede que solo haga falta el tuit de un presidente estadounidense para romper dicho cinturón.

Queda un último recordatorio: la disuasión nuclear.

---

[246]. Steven Pinker, (2011). *The Better Angels of Our Nature: Why Violence Has Declined.* Viking Books, p. 206.

[247]. Pasquale Cirillo y Nassim Nicholas Taleb, (2016). «What Are the Chances of a Third World War?». fooledbyrandomness.com.

[248]. Brennen T. Fagan *et al.* (2020). «Change Point Analysis of Historical Battle Deaths». *Journal of the Royal Statistical Society, 183*(3).

[249]. Graham Allison, (2019). *Vers la guerre. La Chine et l'Amérique dans le piège de Thucydide?* Éditions Odile Jacob.

[250]. Pierre Grosser, (2023). *L'Autre Guerre froide ? La confrontation États Unis-Chine*. CNRS Éditions, p. 191.

[251]. Richard Hanania, (invierno de 2021). «Graham Allison and the Thucydides Trap Myth». *Strategic Studies Quarterly, 15*(4).

[252]. Nota del Ministerio de Asuntos Exteriores chino citada en Lemaître, F. y Ruisseau, N. (21 de marzo de 2023). «À Moscou, Xi Jinping souhaite le maintien au pouvoir de Vladímir Poutine au-delà de 2024». *Le Monde*. 21 de marzo de 2023

[253]. Erik Gartzke y Yonatan Lupu, (primavera de 2012). «Trading on Preconceptions: Why World War I Was Not a Failure of Economic Interdependence». *International Security, 36*(4).

[254]. Citado en Mathieu Duchâtel, (27 de enero de 2023). «L'Europe n'est pas prête à l'éventualité d'une crise dans le détroit de Taïwan». *Le Monde*.

[255]. Citado en Joyce Huang, (10 de mayo de 2021). «Can Taiwan's Silicon Shield Protect It Against China's Aggression?». *Voice of America*.

[256]. Dale Copeland, (2015). *Economic Interdependence and War*. Princeton University Press.

[257]. Mathieu Duchâtel, (27 de enero de 2023). «L'Europe n'est pas prête à l'éventualité d'une crise dans le détroit de Taïwan». *Le Monde*.

[258]. Montesquieu. *El espíritu de las leyes*.

[259]. Tratado de Seguridad y Cooperación Mutua entre Japón y Estados Unidos, (19 de enero de 1960).

[260]. Tratado de Defensa Mutua entre Estados Unidos y la República de Filipinas, (30 de agosto de 1951).

[261]. Tratado de Defensa Colectiva del Sudeste Asiático (con protocolo), (8 de septiembre de 1954).

[262]. Citado en Amanda Macias y Tucker Higgins, (18 de junio de 2018). «Trump says Defending Tiny NATO Ally Montenegro Could Result in World War III». CNBC.

[263]. Michael Beckley, (primavera de 2015). «The Myth of Entangling Alliances: Reassessing the Security Risks of U.S. Defense Pacts». *International Security, 39*(4).

16
El salvavidas nuclear

Aunque las alianzas militares modernas son una forma de disuasión, la disuasión definitiva sigue siendo la posesión de armas nucleares.

Hace cincuenta años, uno de los mejores analistas estadounidenses de la Guerra Fría, Fred Iklé, se preguntaba en un famoso artículo si la disuasión nuclear «sobreviviría al siglo XX».[264] La pregunta que planteaba sigue siendo pertinente en el siglo XXI. ¿Podemos decir que la disuasión ha traído la paz y, en caso afirmativo, seguirá desempeñando este papel en las próximas décadas?

Las armas nucleares no tienen el monopolio de la disuasión y podría decirse que Hermócrates de Siracusa sentó las bases de la destrucción mutua asegurada cuando dijo a los sicilianos que «cuando dos partes se temen por igual, son más cautelosas a la hora de atacarse». Pero todo el mundo está de acuerdo en que la disuasión no era una estrategia real en la era prenuclear y que, en cualquier caso, apenas servía para evitar enfrentamientos armados a gran escala. Así pues, nuestro tema es la disuasión nuclear.

¿Funciona la disuasión nuclear?

Si pretendemos validar la hipótesis de que las armas nucleares han contribuido a la paz, nos encontramos con dos dificultades epistemológicas. La primera es que la disuasión no puede decretarse. Oscar Wilde dijo que «la belleza está en los ojos del que mira»; lo mismo puede decirse de la disuasión. En última instancia, solo el receptor de las amenazas disuasorias puede decidir si son eficaces. Jean-Marie Guéhénno, buen conocedor de las cuestiones estratégicas, afirma que: «es dudoso que haya [...] un solo dirigente dispuesto a desencadenar el fuego nuclear para salvar a un país báltico de la derrota si es atacado por Rusia».[265] Pero esta afirmación apenas tiene relevancia porque lo único que cuenta es la percepción de la otra parte. En segundo lugar, la disuasión no puede demostrarse. Es prácticamente imposible atribuir con certeza la causalidad de la ausencia de un hecho.

Sin embargo, hay indicios de que el razonamiento disuasorio es válido.

El primer indicio es la ausencia de guerra entre las principales potencias desde 1945. John Lewis Gaddis acuñó la expresión «larga paz» cuarenta años después del final de la Segunda Guerra Mundial, y su duración se ha duplicado desde entonces. En la historia de los Estados modernos nunca ha existido un periodo comparable de paz entre grandes potencias. Esta idea de una «larga paz» ha sido cuestionada con dos argumentos. En primer lugar, la duración de este periodo no sería tan excepcional. Todo depende de los parámetros que se tengan en cuenta y de lo que los politólogos llaman codificación, lo que puede llevar a la conclusión de que la «larga paz» no es nada excepcional. En segundo lugar, no sería estadísticamente relevante. Como ya hemos visto, según algunos autores la distribución de las guerras en los últimos quinientos años es puramente aleatoria.[266] Por consiguiente, siete u ocho décadas sin un gran acontecimiento destructivo no significarían nada desde el punto de vista estadístico. Sin embargo, su análisis no aborda directamente la cuestión de si la ausencia de cualquier guerra entre grandes potencias desde 1945 es excepcional.

La segunda evidencia es la ausencia de un conflicto importante entre países poseedores de armas nucleares. También en este caso nos encontramos con el problema de la codificación, puesto que, antes de hacer cualquier demostración hay que definir qué es un conflicto importante y qué significan «armas nucleares». En general, puede decirse que los Estados nucleares no se hacen la guerra entre sí. La única vez que las fuerzas estadounidenses y soviéticas se enfrentaron fue durante la guerra de Corea, pero los pilotos soviéticos volaban bajo las banderas de China y Corea del Norte, y Estados Unidos, bajo la de la ONU. La crisis de Ussuri (1969) no fue un conflicto importante. También puede demostrarse que entre dos adversarios que adquieren armas nucleares, el riesgo de un conflicto mayor disminuye. India y Pakistán se enfrentaron en 1948, 1965 y 1971, pero no ha habido ninguna guerra a gran escala entre ellos desde 1999. China e India tuvieron un gran conflicto en 1962, pero desde entonces se han limitado a escaramuzas.

El tercer indicador es la moderación mostrada por los Estados no nucleares hacia los países que poseen armas nucleares o están protegidos por ellas. La Guerra del Yom Kippur de 1973 y la Guerra de las Malvinas de 1982 suelen esgrimirse a modo de contraejemplos. Sin embargo, no son convincentes. Israel fue invadido en 1948, el día de

su independencia, pero en 1973 los Estados árabes limitaron deliberadamente sus operaciones a los territorios en disputa (Sinaí y los Altos del Golán). Las Islas Malvinas, invadidas por Argentina en 1982, eran un territorio autónomo sin pruebas de disuasión nuclear. Del mismo modo, India se ha abstenido de entrar en territorio pakistaní durante las crisis producidas desde 1990, mientras que sí lo había hecho en 1965 y en 1971. Una excepción: la campaña de disparos Scud de Irak contra Israel en 1991, pero la disuasión nuclear puede explicar probablemente la ausencia de ojivas químicas y biológicas.

Ningún país cubierto por una garantía nuclear ha sido jamás objeto de un ataque de gran envergadura. Estados Unidos se abstuvo de invadir Cuba en 1962, pero no dudó en invadir Granada, Panamá o Irak. La Unión Soviética invadió Hungría, Checoslovaquia y Afganistán, pero ni un solo aliado de Estados Unidos. Corea del Norte invadió a su vecino del sur en 1950 cuando Washington lo excluyó de su «perímetro defensivo», pero se ha abstenido de hacerlo desde que Seúl está cubierto por una garantía nuclear. Ni Camboya en 1978, ni Vietnam en 1979, ni Kuwait en 1991 estaban cubiertos por una protección nuclear. Rusia pudo invadir Georgia y Ucrania porque no eran miembros de la OTAN.

Los estudios estadísticos confirman que la adquisición de armas nucleares reduce, en igualdad de condiciones, las posibilidades de una provocación por parte de un Estado no nuclear. Añadamos a esto que cada año que pasa sin una guerra entre grandes potencias, sin un conflicto abierto entre Estados nucleares y sin un ataque militar importante contra un país protegido por la disuasión nuclear, tiende a dar crédito a la idea de que se trata de un fenómeno excepcional.

Para que la demostración sea convincente y para no caer en la trampa de confundir correlación con causalidad, las explicaciones alternativas deben ser insatisfactorias, algo que sigue siendo objeto de debate entre teóricos e historiadores.

La explicación liberal de la paz, que hace hincapié en las instituciones, la interdependencia y la democracia, es apenas pertinente. El orden basado en la Sociedad de Naciones fue incapaz de evitar la Segunda Guerra Mundial. En cuanto a la interdependencia económica, no existía entre los bloques occidental y comunista, y hemos visto que su valor siguió siendo limitado. Tampoco lo era el progreso de la democratización en el mundo: el riesgo de guerra entre las grandes potencias era, y sigue siendo, entre las democracias y los

regímenes autoritarios.

La explicación realista sugiere que la estabilidad del sistema bipolar de la Guerra Fría fue el factor dominante. Pero esto podría ser una inversión de causa y efecto. Las armas nucleares fueron fundamentales para el compromiso estadounidense con la seguridad europea. Contribuyeron tanto a consolidar las alianzas como a debilitarlas: la garantía nuclear norteamericana constituyó una dimensión significativa del atractivo y la durabilidad de la OTAN, y Francia permaneció en la Alianza Atlántica tras desarrollar su propia fuerza nuclear. Por lo que respecta al periodo posterior a la Guerra Fría, la hegemonía norteamericana puede ser una causa esencial de la ausencia de guerras importantes, pero sigue estando garantizada por la primacía nuclear de Estados Unidos.

Por último, podemos buscar una explicación culturalista o constructivista. John Mueller ha argumentado que la «obsolescencia de la gran guerra» se debe al impacto cultural del doble choque de las dos guerras mundiales.[267] Un argumento que suele citarse es la consolidación gradual de una norma contra la conquista territorial. Algunos de los intentos más importantes de conquistar territorios por la fuerza han fracasado: la guerra Irán-Irak, la guerra de las Malvinas, la guerra de Kuwait. Quizá el comportamiento de Rusia en Ucrania, y de China en su entorno marítimo, ponga fin a esta era; pero sí parece que las guerras de conquista territorial ya no se consideran un instrumento normal de política exterior. Sin embargo, los argumentos culturalistas tienen sus límites. Si existiera el cansancio de la guerra, habría que argumentar que no estuvo presente en Europa después de 1870, ni después de 1918, lo que sería falso. Por tanto, tendríamos que postular la existencia de un efecto umbral en 1945. Tendríamos que suponer que la fatiga de guerra se transmitió de una generación a otra. Por último, tendríamos que descartar las numerosas guerras e intervenciones de la era posterior a 1945 iniciadas deliberadamente por las antiguas partes del conflicto de 1939-1945.

Aquí es donde las pruebas cualitativas resultan útiles. Se trata de los archivos y testimonios que demuestran que las armas nucleares indujeron un sentimiento de cautela en las mentes de los líderes y afectaron sus cálculos sobre ir a la guerra contra una nación poseedora de armas nucleares o protegida por ellas. Esto abarca desde las memorias de Nikita Jrushchov hasta los testimonios de funcionarios egipcios e iraquíes sobre su comportamiento ante un adversario nuclear. Algunos incluso sugieren que la brutal gestión por parte de Ronald Reagan de la huelga de controladores aéreos estadounidenses

le granjeó la reputación de líder que no dudaría en emplear armas nucleares. En cualquier caso, la opinión predominante entre los historiadores es que la disuasión nuclear ha sido una clave (si no la única) de la paz entre las grandes potencias desde 1945. Y que también parece explicar la ausencia de grandes ataques contra países protegidos. Subrayan el poder restrictivo de la bomba en los cálculos estratégicos de las grandes potencias. John Lewis Gaddis está convencido de que estas tomaban precauciones deliberadas para reducir el riesgo de conflictos directos. En su opinión, las armas nucleares son por tanto «supremamente relevantes» para explicar la «larga paz».[268] Un antiguo funcionario ruso escribió: «Las armas nucleares fueron la mayor "herramienta de civilización" para estas élites. Limpiaron sus filas de todos los radicales e ideólogos y reforzaron a los pragmáticos que veían su principal objetivo en evitar la guerra nuclear o enfrentamientos que pudieran degenerar en un conflicto nuclear».[269]

Sin armas nucleares, Washington podría haberse mostrado reacio a garantizar la seguridad en Europa y podría haber vuelto al aislacionismo, y sin la protección estadounidense, la tentación de Moscú de apoderarse de territorios de Europa Occidental habría sido mayor. El exministro y activista australiano Gareth Evans sostiene que «no hay pruebas de que en ningún momento de la Guerra Fría ni la Unión Soviética ni Estados Unidos quisieran iniciar una guerra a sangre fría».[270] Pero para afirmar que la disuasión desempeñó un papel clave en la preservación de la paz, no es necesario postular un deseo de guerra por parte de los soviéticos. Michael Quinlan, un experto británico, escribe: «Si el conflicto armado no hubiera sido tan obviamente intolerable, el flujo y reflujo de la fricción podría haberse gestionado con menos cuidado y, tarde o temprano, habría sido menos improbable algún resbalón hacia una gran guerra, según los modelos de 1914 y de 1939».[271]

Disuasión probable, fracaso posible

En conclusión, podemos estar de acuerdo con Lawrence Freedman, otro reputado experto británico, en que

> *dada la indudable existencia de un profundo antagonismo entre Oriente y Occidente, sería excesivamente cerrado de mente no atribuir al menos parte del mérito de haber evitado otra guerra total al miedo a una confrontación global que implicara intercambios nucleares y a las políticas adoptadas, a veces por ambas partes, para reforzar ese miedo.*[272]

Si no hay razón para «dar el Premio Nobel a la Bomba», como sugería un artículo de *Newsweek* en 2009, explicar la «larga paz» principalmente en términos de disuasión nuclear podría ser una aplicación de la navaja de Ockham: la respuesta más sencilla siempre es la mejor.

Por tanto, podemos plantear la hipótesis de que la disuasión nuclear ha contribuido muy probablemente a contener el riesgo de violencia colectiva a gran escala entre determinados tipos de Estados. Es el salvavidas central, la red de seguridad definitiva.

¿Qué nos deparará el futuro? A casi ocho décadas de distancia, podemos afirmar que la disuasión nuclear es un concepto sólido. En 2005, en su discurso de aceptación del Premio Nobel de Economía, Thomas Schelling expresó su sorpresa por el hecho de que no se hubieran utilizado armas nucleares desde 1945.[273] La tradición de no usar estas armas parece sólida.

Se ha convertido en universal. En la actualidad, las armas nucleares desempeñan una función estratégica exclusiva, y las doctrinas que rigen su uso o empleo en combate han sido ampliamente cuestionadas en términos de legitimidad. Ningún Estado considera estas armas como medios militares inofensivos. A pesar de sus rodeos, ni Vladímir Putin, ni Kim Jong-un, ni Donald Trump han dado nunca señales de estar a punto de apretar el «botón rojo». La bomba nuclear ha demostrado su capacidad de adaptación. Inventada para luchar contra el nazismo, se usó contra Japón y después para disuadir a la Unión Soviética. La disuasión nuclear se ha adaptado a los cambios del contexto estratégico: en 1945 solo había un Estado nuclear y ahora hay nueve. Está diseñada para responder a cualquier tipo de amenaza estratégica grave, incluidas las amenazas biológicas y cibernéticas, siempre que el ataque sea de cierto nivel. Es más sólida de lo que piensan sus oponentes. Hay pocas pruebas de que el mundo haya estado cerca de una guerra nuclear desde 1945. Lo mismo ocurre con los incidentes técnicos, para los que la suerte no es una explicación necesaria, salvo quizá uno o dos, en una época en que los dispositivos de seguridad eran menos sofisticados.

No hay pruebas de que ningún otro instrumento militar pueda sustituir totalmente a la disuasión nuclear, que sigue siendo única no solo por sus efectos, sino también por el aura de terror que la rodea. Al tratarse de los componentes más elementales de la materia, ninguna otra tecnología en el horizonte ofrece una combinación de destrucción instantánea a gran escala, tan temible y predecible. Las

armas informáticas, por ejemplo, no ofrecen las mismas garantías en cuanto a la probabilidad de efectos previsibles, masivos y casi inmediatos sobre bienes de consumo y poblaciones a un coste aceptable.

¿Y el riesgo de fracaso? Está claro que la invasión de Ucrania no fue un fracaso de la disuasión nuclear. El país no estaba cubierto por ningún compromiso de defensa y, mucho menos, por ningún paraguas nuclear. Sin embargo, en cierta medida, sí ha sido un fracaso de la disuasión. Los países occidentales habían amenazado a Rusia con «sanciones masivas» y Estados Unidos también había intentado disuadir a Moscú al sacar a la luz la información de inteligencia con que contaban («sabemos que vais a atacar»). Así que, el 24 de febrero de 2022, todo se redujo a una de estas tres cosas: Vladímir Putin se dijo «no se atreverán», o pensó: «se atreverán, pero no tendrá ningún impacto», o, tal vez, consideró que: «se atreverán y sufriremos, pero estoy dispuesto a hacerlo porque Ucrania es más importante para mí que para ellos y, además, me permitirá consolidar mi poder». Este es el problema de la asimetría percibida de lo que está en juego.

En el ámbito de la disuasión nuclear, estos problemas son mayores. Ya sabemos que los dirigentes de los Estados poseedores de armas nucleares se lo piensan dos veces antes de plantearse su uso. Irracional, Vladímir Putin no es irracional. Tanto su retórica como sus acciones, si se examinan con frialdad, han demostrado, a lo largo del primer año de guerra, no querer ir más allá de los límites comúnmente aceptados.

Sin embargo, apostaríamos por nuestra cuenta y riesgo a que el tabú nuclear permanecerá a lo largo de todo el siglo XXI. Con China, en particular, el juego podría ser más complejo. Ya en los años sesenta, Washington se preguntaba cómo funcionaría la disuasión con un país tan alejado de la cultura occidental, hasta el punto de justificar su primer programa de defensa antimisiles con el riesgo chino. Hoy, Pekín parece querer pasar, en pocos años, de la llamada disuasión mínima a un arsenal de gran potencia nuclear. Y, sin duda, a ser considerada una potencia igual a Estados Unidos.

¿Aún puede ocurrir lo peor?

Hay una cuarta señal: las cambiantes normas de la sociedad internacional. Hemos visto que esto no era muy creíble para explicar la «larga paz» después de 1945. Pero la explicación podría ser más

convincente hoy en día. En las sociedades modernas, sobre todo en las que envejecen, la guerra de conquista es excepcional. De hecho, desde mediados de la década de los setenta, ningún Estado ha sido capaz de conquistar a otro y mantenerlo bajo su control durante mucho tiempo.

En un importante artículo de 2015, Stein Tønnesson demostró que la combinación de interdependencia económica y disuasión nuclear podría reducir considerablemente el riesgo de enfrentamiento entre Washington y Pekín.[274] Sin embargo, ¿qué ocurriría si la interdependencia se redujera y la disuasión funcionara mal, en un contexto en el que China pensara, con razón o sin ella, que Estados Unidos no intervendría? Por eso debemos considerar el peor de los escenarios, uno en el que las cuerdas de la disuasión se tensaran tanto que pudieran llegar a romperse.

---

[264]. Fred Charles Iklé, (1 de enero de 1973). «Can Nuclear Deterrence Last Out the Century?». *Foreign Affairs*.

[265]. Jean-Marie Guéhenno, (30 de agosto de 2022). «Il est urgent qu'Emmanuel Macron lance une réflexion sur les leçons de la guerre en Ukraine». *Le Monde*.

[266]. Pasquale Cirillo y Nassim Nicholas Taleb, art. cit.

[267]. John Mueller, (1989). *Retreat from Doomsday: The Obsolescence of Major War*. Basic Books.

[268]. John Lewis Gaddis, (1990). *The Long Peace: Inquiries Into the History of the Cold War*. Oxford University Press, p. 270.

[269]. Sergei Karaganov, (2010). «Nuclear Weapons in the Modern World». En Brown, H. *et al.* (2010). *Nuclear Disarmament and Nonproliferation*. Report to the Trilateral Commission, 64, p. 65.

[270]. Gareth Evans, (16 de noviembre de 2015). «Challenges for the Bulletin of the Atomic Scientists at 70: Restoring Reason to the Nuclear Debate». *Bulletin of Atomic Scientists*.

[271]. Michael Quinlan, (2009). *Thinking About Nuclear Weapons: Principles, Problems, Prospects*. Oxford University Press, p. 28.

[272]. Lawrence Freedman, (2004). *Deterrence*. Polity Press, pp. 13-14.

[273]. Thomas. C. Schelling, (8 de diciembre de 2005). «An Astonishing Sixty Years: The Legacy of Hiroshima».

[274]. Stein Tønnesson, (2015). «Deterrence, Interdependence and Sino-U.S. Peace». *Review Essay, International Area Studies Review, 18*(3).

17
Taiwán, el escenario

Por un lado, la «República Popular China», reconocida internacionalmente como Estado sucesor del imperio y poseedora, desde 1971, del asiento chino de las Naciones Unidas. Por el otro, la «República de China», un pequeño archipiélago de 36000km^2, heredero del régimen resultante de la revolución de 1912 en el continente, que derribó al imperio multimilenario. Por un lado, un elefante, por el otro, un mosquito. Para Pekín, es el último bastión de la contrarrevolución y el último obstáculo para la reunificación de la patria. Pero también es una China alternativa cuya existencia misma como cuasi Estado independiente es insoportable a los ojos de los líderes del Partido Comunista Chino, incluso aunque hoy en día solo la reconozcan catorce países. Sobre todo, porque también es una China próspera, moderna y, además, democrática. Taiwán está clasificado entre los veinte primeros países del mundo en términos de PIB PPA y PIB per cápita. Según el *ranking* de la Economist Intelligence Unit, es el décimo país más democrático del mundo.

¿Por qué Taiwán?

Desde los años cincuenta, Estados Unidos quiso proteger este territorio en nombre de la lucha contra el comunismo, antes de que la geopolítica recuperara sus derechos y la administración Nixon reconociera en 1971, en nombre de un cierto realismo encaminado a separar a Pekín de Moscú, que hay «una sola China». Y se comprometiera, a partir de ese momento, a «ayudar a Taiwán a defenderse» únicamente. La política estadounidense, desde esa fecha, se conoce con el término de «ambigüedad estratégica». Esto tiene como objetivo disuadir a Pekín de atacar a Taipéi y desalentar a Taipéi de declarar su independencia, lo que claramente sería un *casus belli* para la República Popular China y un escenario en el que Washington le diría a Taiwán: no intervendremos.

En los últimos diez años, los términos de la ecuación han cambiado. La China de Xi Jinping, como hemos dicho, se ha radicalizado. El primer cuasi totalitarismo del siglo XXI, basado en medios modernos

de control demográfico, no duda en emplear prácticas calificadas de genocidas para debilitar a sus minorías, especialmente en Xinjiang. Por el contrario, Taiwán se ha liberalizado y su éxito económico (es líder mundial en pequeños semiconductores, un eslabón crítico en la economía global) se ha hecho cada vez más insoportable para Pekín. Xi Jinping ha dejado claro que la reunificación de China es ahora una prioridad nacional. Con el centenario de la creación de la República Popular China en 2049, como horizonte inmejorable para ello.

La estrategia preferida de Pekín hasta ahora ha sido debilitar a Taiwán con paciencia para devolverlo pacíficamente al redil de la República Popular. Sin embargo, si esta estrategia ha tenido cierto éxito a nivel diplomático (el chantaje de Pekín, combinado con la diplomacia de chequera, ha llevado a muchos gobiernos a romper con Taipéi), ha resultado ser un fiasco a nivel interno. La conciencia nacional taiwanesa se fortalece, aunque declarar la independencia no se considere una opción. Y la pandemia de COVID-19 ha ampliado aún más la división entre los dos países. No solo porque las mentiras de Pekín contrastan con la política de cooperación de Taipéi (que no es miembro de la Organización Mundial de la Salud, mientras la República Popular China se opone a ella), sino también porque la pequeña China tiene mucho más éxito en proteger a su población que la China grande.

Por eso Pekín recurre cada vez más a la intimidación. Por ejemplo, erosiona la soberanía taiwanesa mediante la penetración de su zona aérea y de sus aguas de manera cada vez más agresiva y el cruce cada vez más frecuente de la línea media que actúa de frontera no oficial. Además, prepara abiertamente al Ejército Popular de Liberación (EPL) para reconquistar por la fuerza la isla rebelde. Xi Jinping aseguró personalmente la modernización y reorganización del EPL en esta dirección. El presupuesto militar aumentó en más de tres cuartas partes bajo su gobierno; sin olvidar el desarrollo del potencial de disuasión nuclear del país (el año pasado se descubrieron decenas de silos destinados a misiles tierra-tierra de largo alcance) para protegerse del chantaje nuclear estadounidense.

Pekín se enfrenta a un dilema casi existencial. Sus líderes saben que atacar Taiwán podría poner en peligro el éxito, incluso la propia existencia, del régimen. Pero no hacerlo sería correr el riesgo de que Taipéi se alejara cada vez más del continente, lo que permitiría que fuera considerada como el contramodelo de la República Popular China. Y el Partido Comunista Chino está tan comprometido con el proyecto de unificación que corre el peligro de quedar atrapado en su

propia trampa.

Sin duda, en los próximos años prevalecerá la cautela, sobre todo porque la República Popular todavía carece de medios modernos de aterrizaje. Pero la paciencia de Pekín no durará mucho. La China popular vio claramente que la toma de Hong Kong en 2020 —desafiando los compromisos asumidos en 1997 durante la entrega del territorio por Londres— solo provocó protestas formales por parte de las cancillerías occidentales. No hay duda de que nuestras reacciones confirmaron su impresión de que Occidente es débil. Podríamos sentirnos tentados a igualar ambos bandos, chino y estadounidense. Sin embargo, estaríamos obviando que, prácticamente nadie en Estados Unidos desea una guerra con China, mientras que, en el lado chino, a veces se encuentra un entusiasmo belicoso que ya no existe entre nosotros desde 1914.

El régimen habrá observado que los países occidentales, después de haberse retirado de un modo lamentable de Afganistán, se cuidaron mucho de no atacar directamente a Rusia, e incluso intentaron contener el ardor de Kiev desde que las fuerzas ucranianas comenzaron a atacar objetivos situados en territorio ruso. Ciertamente, la unidad occidental sobre las sanciones impuestas a Moscú sin duda hizo reflexionar al Partido Comunista Chino. Pero tal vez no hasta el punto de disuadir a Pekín de intentar la aventura taiwanesa, puesto que los dirigentes del país creen sin duda que no nos atreveríamos a dispararnos en el pie atacando a un Estado clave para la economía mundial, y del que todavía dependemos mucho para los bienes de consumo. La República Popular China ya se ha comprometido a hacer que su economía sea lo más resistente posible a las sanciones.

La probabilidad de una decisión deliberada de Pekín de emprender una operación decisiva contra Taipéi en los próximos años está aumentando claramente. Así como Ucrania se estaba alejando de Rusia, cultural y políticamente hablando, Taiwán se aleja cada vez más en dirección al Occidente liberal. Y, en cambio, el apoyo a la unificación disminuye, una tendencia acelerada por el destino de Hong Kong. China, cuyas capacidades de proyección militar han aumentado considerablemente, probablemente haya interpretado tanto la actitud de Occidente hacia Hong Kong, como la retirada de Kabul, como debilidades. La inestabilidad prolongada en Europa del Este y la elección de un presidente estadounidense neoaislacionista también serían incentivos para el avance de Pekín. China puede pensar que no podríamos soportar el coste de las sanciones y

contrasanciones que resultarían de un ataque a Taiwán (recordemos que Pekín está ganando la batalla diplomática y que Taipéi ahora solo es reconocida por catorce países). Por último, pero no menos importante, muchos analistas creen ahora que «Xi quiere que la unificación con Taiwán sea parte de su legado personal».[275] Es posible que China se haya sorprendido por la magnitud de las sanciones occidentales contra Rusia y por la velocidad con la que se decidieron. Ciertamente estaba decepcionada y tal vez conmocionada por la magnitud de las pérdidas rusas. Pero también puede haber llegado a la conclusión de que Estados Unidos dudaría antes de involucrarse directamente en el campo de batalla para proteger a un país amigo, pero no aliado formal.

De ahí la predicción de algunos observadores de que Xi puede creer en la posibilidad de recuperar el control de Taiwán sin poner en peligro su «sueño chino» y que esto podría suceder en algún momento antes o después del final de esta década. Actualmente es una consideración bastante extendida que la fecha prevista por Xi para completar el «sueño chino» se ha adelantado a 2035. La presencia en la Casa Blanca de un presidente percibido como no intervencionista obviamente marcaría el comienzo de un período favorable.

Por tanto, el escenario de una reconquista por la fuerza ya no es tan improbable como lo era en el pasado. En consecuencia, debemos prepararnos para ello, porque sus consecuencias para el mundo podrían ser infinitamente más graves que las de la guerra en Ucrania. Sería una guerra fundacional para este siglo, quizás análoga a lo que fue la de 1914-1918 para el siglo XX.

Sin duda, Pekín preferirá hacer todo lo posible para subyugar a Taiwán sin invadir el territorio, en particular mediante una estrategia de erosión gradual de su soberanía política, territorial y económica. Y quizás recurriendo a la coerción económica, la del bloqueo, que podría iniciar una especie de crisis cubana inversa. Un escalón más arriba, Pekín emprendería una estrategia de toma de promesas: Taiping (Itu Aba) en el archipiélago de Spratly, luego las islas Dongshas (Pratas), luego Kinmen (Quemoy) y finalmente las Penghu (Pescadores), cerca de la isla principal. Una especie de táctica de salami. Estos escenarios tienen sus desventajas: tendrían un impacto importante en la economía china y permitirían a los defensores de la isla prepararse para lo que llegaría. A menos que el objetivo sea empujar a Taipéi hacia la independencia, dándole así a Pekín el pretexto perfecto para una invasión.

La hipótesis de la invasión

El otro escenario consistiría en una ofensiva total. Es seguro que Pekín no se beneficiaría entonces del efecto estratégico de la sorpresa. ¿Pero podría lograr una sorpresa táctica? Un escenario posible sería que el EPL pasara de un ejercicio a gran escala a una invasión real. Dado el creciente número de ejercicios diseñados específicamente para preparar a las fuerzas armadas de China para un ataque real a Taiwán, es posible que los observadores externos no puedan predecir la invasión.

Una primera andanada de cientos de misiles disparados desde territorio chino, acompañada de ciberataques masivos, tendría como objetivo paralizar las infraestructuras y las bases militares del país. Luego, la flota de invasión (varios cientos de barcos militares y civiles) se dirigiría hacia la isla. Admitamos que, a pesar de las pérdidas considerables durante el cruce del estrecho, decenas de miles de soldados chinos podrían desembarcar en una decena de playas del lado occidental de la isla principal, mientras que comandos aerotransportados serían lanzados a la retaguardia. Con el objetivo de transportar allí a varios cientos de millones de hombres.

Un objetivo clave de la operación sería la decapitación de los *dirigentes*. Es poco probable que Pekín quiera borrar la capital, sobre todo porque allí se encuentra el Museo del Palacio Nacional, que alberga los objetos más preciados de la historia china y que fue trasladado apresuradamente a la isla en 1949. Una réplica a escala real del palacio presidencial, construido en Mongolia Exterior, sugiere que se podría intentar capturarlo mediante fuerzas terrestres, aunque es probable que, ante la primera advertencia de un ataque de la República Popular, el gobierno taiwanés supuestamente se refugiaría en uno de los muchos búnkeres subterráneos que existen en la isla rocosa y montañosa.

La correlación de fuerzas es ciertamente desfavorable sobre el papel.

La República Popular tiene la ventaja del tamaño y la tecnología. Ha logrado avances notables desde que Xi Jinping, quien presidió «la reestructuración más ambiciosa del Ejército Popular de Liberación desde su fundación»,[276] llegó al poder en 2012. Una comparación en paridad de poder adquisitivo (PPA) revela que el presupuesto de defensa chino representa ahora más de la mitad del de Estados Unidos y que podría estar en camino de alcanzar la paridad.[277] China tiene más de dos mil aviones de combate, entre ellos casi mil modernos.

Para finales de la década, se espera que la Armada del EPL tenga cuatrocientos buques de combate. Hay aproximadamente mil misiles balísticos y de crucero convencionales posicionados solo hacia Taiwán. Pekín ha desarrollado la capacidad de realizar operaciones conjuntas. Más importante aún: Xi Jinping reconoció que la tecnología por sí sola no podía resolver las deficiencias del EPL y centró las reformas en cuestiones organizativas y de personal. Los ejercicios conjuntos a gran escala son cada vez más impresionantes. En 2020 se publicó una nueva doctrina de operaciones conjuntas. Y, contra Estados Unidos, China jugaría en casa a menos de 130km de su objetivo principal. Pekín, que, a diferencia de Moscú, lleva años preparando su propio ejército para el escenario de una invasión masiva, intenta aprender lecciones de la aventura ucraniana, tanto en términos de equipamiento como de estrategia y organización de mando. Y se esfuerza por hacer que su economía sea lo más resistente posible a las sanciones.

¿Y qué puede hacer en su defensa una pequeña isla con 215000 soldados, con una población de casi 24 millones de habitantes, sin profundidad estratégica, a pesar de tener cerca de un centenar de islas e islotes, contra un gigante militar que gasta veinticinco veces más que él? Dispone de menos de cuatrocientos aviones de combate, de los cuales solo cincuenta son modernos. Además, su número se redujo con la reducción gradual del servicio militar obligatorio en la primera década de este siglo y ahora dura solo cuatro meses. El país se esfuerza por tener un ejército voluntario (solo se cubren alrededor de cuatro quintas partes de los puestos con soldados profesionales). Pero las reservas están mal entrenadas y separadas del resto del ejército, a pesar de que podrían aumentar el potencial del país hasta 500000 soldados.

¿Podría China perder esta guerra?

Sin embargo, una victoria de Pekín estaría lejos de ser segura.

A diferencia de Estados Unidos, China no ha sufrido guerras. Su último enfrentamiento fue un breve choque con Vietnam en 1979 y no fue un episodio glorioso para el EPL. No se puede dudar de la motivación de las tropas llamadas a participar en la misión más importante de la República Popular desde su creación. Pero la fiebre nacionalista puede convertirse en arrogancia y las fuerzas armadas, históricamente antidemocráticas, no están bien posicionadas ni entrenadas para adaptarse y ajustarse con rapidez a acontecimientos

militares imprevistos. Sus fuerzas siguen siendo las de un país autoritario, con poco margen de maniobra para los oficiales en el terreno. Y persisten muchas incertidumbres sobre la eficacia de combate de los equipos chinos.

Taiwán, por su parte, lleva mucho tiempo preparándose para la posibilidad de tener que defenderse. El terreno montañoso, con solo una docena de lugares de aterrizaje, está plagado de túneles. Taipéi ha tenido décadas para preparar la resiliencia física y electrónica del Estado y su infraestructura, así como para prepararse para la guerra de guerrillas y garantizar las capacidades defensivas, con el fin de infligir a Pekín lo que espera sean unas «consecuencias inaceptables».[278]

Saca lecciones de la guerra de Ucrania y se ha comprometido a ampliar la duración del servicio militar obligatorio y a fortalecer su defensa civil. Por su parte, Pekín no podría darse el lujo de reducir la isla a cenizas. Además del hecho de que esto le privaría de un importante potencial económico y tecnológico, no encajaría bien en la historia de una reunificación gloriosa y pacífica. La determinación de los taiwaneses de defender su territorio va en aumento: Ucrania fue como una descarga eléctrica. La proporción de la población dispuesta a defender su patria se ha duplicado. Y la resistencia de los ucranianos dio confianza a la población... Taipéi sabe que para ella el conflicto sería, literalmente, existencial. Sobre el papel, el equilibrio de poder parece enfrentar al elefante contra el mosquito. Pero la ventaja siempre está del lado de la defensa y la superioridad numérica nunca garantiza la victoria.

Un aterrizaje forzoso, destinado a tomar el control de un territorio hostil, no es nada fácil. Por esta razón, en 1944 los estadounidenses habrían renunciado a invadir... Taiwán (operación Causeway), entonces ocupada por Japón. La costa oeste de la isla no es exactamente Normandía. Avanzar por un terreno pantanoso, minado y bien defendido sería muy difícil.

Y Estados Unidos entraría en escena. Ciertamente, la República de China no tiene una garantía formal de seguridad por parte de Washington, pero es difícil imaginar que pueda renunciar a defender la isla. El precio de tal renuncia sería ciertamente terrible. Estados Unidos correría el riesgo de que Pekín hiciera imposible la defensa de Japón, desbloquearía el acceso al Pacífico occidental y daría confianza a la República Popular para embarcarse en la carrera por la supremacía planetaria. Sin mencionar que Estados Unidos podría

considerarse garante de un bien público global al proteger la industria taiwanesa de semiconductores. Esta dimensión puede compararse con la de 1991, cuando la participación estadounidense en la guerra de Irak se justificó en parte por la necesidad de evitar el colapso del mercado de petróleo. Sobre todo, porque una operación contra Taiwán podría ir acompañada de un ciberataque masivo contra Estados Unidos, destinado a complicar su intervención.

El efecto psicológico no sería menor: ¿cómo podrían entonces los aliados de Estados Unidos, Japón, Corea del Sur y Filipinas a la cabeza —seguidos por Australia y Europa— mantener su confianza en ese país? Desde 2021, las encuestas de opinión han demostrado que la mayoría de los estadounidenses apoyarían una operación de defensa de Taiwán.

Estados Unidos movilizaría sus fuerzas estacionadas en Japón, mientras que las desplegadas en Guam y Hawái avanzarían a toda velocidad hacia la zona de combate. Submarinos, flotas de superficie, bombarderos y drones se esforzarían por hundir barcos chinos, mientras que los marines saltarían de isla en isla para destruir la infraestructura construida por Pekín en los islotes en disputa de Asia. Japón, y también Australia, podrían considerarse obligados a participar en las operaciones.

La sorpresa que sintieron la mayoría de los observadores ante el pobre desempeño de las fuerzas armadas rusas en Ucrania debería hacernos reflexionar sobre emitir algún juicio final relacionado con la posibilidad de una guerra entre Estados Unidos y China por Taiwán. ¿No jugaba Rusia en casa tanto como lo haría Pekín? De hecho, «el ejército chino […] podría ser una fuerza o un fracaso».[279] Y las fuerzas chinas serían vulnerables a los submarinos y bombarderos estadounidenses que operarían desde la primera cadena de islas.

Si se ve en dificultades, China, por supuesto, tomará represalias. Podemos imaginar que active virus informáticos previamente inyectados en determinados sistemas de mando, control y comunicación estadounidenses. Incluso que destruya ciertos satélites estadounidenses, vitales para la inteligencia y las comunicaciones. Para el régimen comunista, la cuestión se volvería existencial de inmediato.

A pesar de su doctrina declarada de no ser el primero en utilizarlas, es posible que Pekín se considere obligado a emplear armas nucleares para asustar a la opinión pública estadounidense. Por ejemplo, contra la isla de Guam, un «territorio no incorporado» del Pacífico que

alberga una importante base militar. El misil balístico chino Dong Feng 26, con un alcance de aproximadamente 5000km, puesto en servicio en 2016, recibe el apodo de *Guam Killer* en Estados Unidos. O incluso contra… Pearl Harbor, que sería más grave tanto militarmente —es la sede de mando en el Indopacífico—, como políticamente —Hawái es uno de los cincuenta estados— y, por supuesto, simbólicamente. En tal escenario, las fuerzas aéreas y marítimas estadounidenses atacarían de forma masiva las bases y fuerzas chinas ubicadas en las regiones costeras. Sin duda a costa de importantes daños colaterales. ¿Estaría dispuesta la población china a aceptar que la guerra la afectara en tal medida? El régimen de Pekín podría entonces enfrentarse a una elección imposible: la derrota (inaceptable) y la destrucción (insoportable). Su única salida podría ser retirarse, mientras afirma haber puesto fin a los intentos de independencia de Taiwán.

Nada es seguro y David no siempre vence a Goliat. En última instancia, no sabemos cómo sería una invasión a gran escala de Taiwán, porque «no ha ocurrido nada remotamente similar en la historia».[280] Este conflicto bien podría convertirse en una auténtica guerra hegemónica. Y esos enfrentamientos pueden durar mucho tiempo. Es muy posible que China y Estados Unidos acaben entrando en una guerra total. Pero sería peligroso para Pekín poner a prueba la determinación estadounidense: la última vez que una potencia militar asiática dominante se enfrentó a él, su capital fue quemada y dos de sus ciudades «atomizadas».

La preocupación de Europa

Es casi seguro que los europeos no participarían en la defensa del archipiélago: no están dispuestos a morir por Taipéi y, además, su contribución no aportaría mucho a la situación militar. Sus fuerzas no tendrían un valor añadido considerable y, de hecho, complicarían la planificación estadounidense. Sobre todo, se pediría a los europeos que cuidaran la casa en Europa, porque las pérdidas en las fuerzas estadounidenses (sobre todo en la fuerza aérea) serían significativas. Solo sus armadas podrían desempeñar un papel indirecto en la gestión de las consecuencias de la invasión, garantizando la libertad de navegación en el Sudeste Asiático, por ejemplo.

Sin embargo, una guerra por Taiwán nos preocuparía, de cuatro maneras diferentes.

En primer lugar, por supuesto, porque sus repercusiones económicas nos afectarían directamente. China es nuestro mayor proveedor de bienes de consumo y nuestro tercer mercado de exportación. En cuanto a Taiwán, es uno de nuestros principales proveedores de semiconductores. Sobre todo, las consecuencias indirectas de una guerra serían enormes. Aunque la escalada no llegara al extremo, el impacto psicológico de un choque militar chino-estadounidense en los mercados financieros sería considerable, los flujos comerciales se ralentizarían y las cadenas de valor se perturbarían. Debemos recordar que TSMC posee hoy más de la mitad del mercado mundial de semiconductores y tiene el monopolio virtual de los chips de menos de diez nanómetros. Taiwán ocupa un lugar aún más importante en el ensamblaje de semiconductores gracias a su grupo Advanced Semiconductor Engineering (ASE). Toda la economía mundial se vería afectada, mucho más que en el caso de Ucrania. La empresa Rhodium estimó las posibles pérdidas en al menos dos billones de dólares en un escenario de bloqueo.[281] Si no te interesas por Taiwán, Taiwán se interesa por ti.

Luego, porque las consecuencias para la credibilidad del compromiso estadounidense en el mundo podrían ser igualmente importantes para nosotros. Si Estados Unidos no interviniera o fuera derrotado, la victoria de Pekín sería contundente y sin duda sería el fin de la hiperpotencia. Con dos posibles consecuencias para nosotros: Estados Unidos se retiraría a su Aventino o intentaría establecer un bastión en Asia contra el expansionismo chino. En ambos casos, Europa sin duda tendría que asumir la responsabilidad total de su seguridad. El escenario anunciado durante décadas por Francia se haría realidad. De hecho, desde finales de los años cincuenta, París cree que nuestro continente está a merced de un cambio estratégico estadounidense y que no puede confiar enteramente en la protección de un aliado tan lejano. Además, la República Popular China no dejaría de amenazarnos si —como sería de esperar por parte de aliados y amigos— expresáramos nuestra solidaridad y apoyo a Taipéi, incluso mediante la imposición de sanciones económicas. Pekín tiene instrumentos para ello, que van desde los ciberataques hasta los misiles nucleares y las contrasanciones. Deberíamos prepararnos para neutralizar o incluso contrarrestar esas amenazas. Por último, porque la victoria del totalitarismo contra la democracia sería un enorme estímulo para los autócratas de todo el mundo. Lo que pudimos evitar en el siglo XX sucedería entonces en el XXI.

---

[275]. Oriana Skylar Mastro, (3 de junio de 2021, julio-agosto de 2021). «The Taiwan Temptation: Why Pekín Might Resort to Force». *Foreign Affairs*.

[276]. Oriana Skylar Mastro, obra cit.

[277]. Graham Allison y Jonah Glick-Unterman, (diciembre de 2021). «The Great Military Rivalry: China vs the U.S.». Belfer Center for Science and International Affairs, Harvard Kennedy School, p. 5.

[278]. Citado en Sheryn Lee, (31 de marzo de 2022). «Towards Instability: The Shifting Nuclear-Conventional Dynamics In the Taiwan Strait». *Journal for Peace and Nuclear Disarmament*.

[279]. Timothy R. Heath, (27 de noviembre de 2018). «China's Untested Military Could Be a Force or a Flop». *Foreign Policy*.

[280]. Ian Easton, (26 de mayo de 2021). «Why a Taiwan Invasion Would Look Nothing Like D-Day». *The Diplomat*.

[281]. Charlie Vest *et al.* (14 de diciembre de 2022). «The Global Economic Disruptions from a Taiwan Conflict». Rhodium Group.

18
¿Puede romperse el imperio?

Hay que considerar un segundo escenario de ruptura: no la guerra con Moscú, sino la implosión pura y simple de Rusia.

En el juego de mesa Risk, donde muchos *boomers* aprendieron los rudimentos de la geoestrategia, buscaríamos en vano a Rusia. En su lugar encontramos Ucrania, los Urales, Yakutia, Chita y Kamchatka. Cuesta creer que la desaparición del país más grande del mundo sea un escenario creíble. Pero la posibilidad de su ruptura siempre ha obsesionado a los rusos, para quienes la perspectiva de un retorno al «Período Tumultuoso» (en referencia a principios del siglo XVII) constituye una pesadilla del mismo modo que excita la imaginación de los occidentales. Durante la guerra de Crimea, un periodista francés no dudó en escribir:

> *El día en que las potencias occidentales hayan hecho retroceder a los rusos hasta los límites de su imperio, después de haber roto sus falanges, quemado su armada y bombardeado su capital, el zar estará perdido; una repentina conmoción aplastará su trono y se tragará su despotismo; los angustiados esclavos se liberarán de sus inquietudes; cada uno de los pueblos que componían la colosal agregación moscovita volverá a su nacionalidad primitiva; y del imperio así dividido, el universo no tendrá ya nada que temer.*[282]

La hipótesis de la implosión

No es infrecuente ver el colapso de imperios tras grandes derrotas militares, que actúan como causa directa o como catalizador de la implosión, donde la falta de legitimidad política y la desorganización de las estructuras estatales se suman al coste humano y financiero de la guerra. Este fue, por supuesto, el caso tras la Primera Guerra Mundial, incluso para Rusia. Y también fue el caso del imperio soviético: empantanarse en Afganistán reveló las debilidades de su ejército y animó a las repúblicas no rusas a rebelarse.

Si sigue en el poder, Vladímir Putin hará todo lo que esté en su mano para evitarlo. Sabemos que admira a Ivan Ilin y que, sin duda, ha leído y releído su ensayo de 1950: *Что означило бы разделение*

России для мира [‘Qué significaría para el mundo una Rusia dividida’]. Pero no es seguro que pueda sobrevivir políticamente —ni siquiera físicamente— al desastre que se avecina. Él o sus sucesores tendrán que enfrentarse entonces a un escenario aún más peligroso: el colapso de lo que es, incluso hoy, un imperio en el que un grupo nacional, los rusos, domina a otras poblaciones.

El sistema vertical de poder impuesto por Putin en los últimos veinte años, incluida la redefinición de las entidades que componen la federación, se vería gravemente socavado por una derrota. Si se destruyera, ¿cómo podríamos mantener un Estado treinta veces más grande y diez veces más poblado que... Somalia? Como se ha señalado, el imperio ruso, dadas las distancias que separan el corazón de la periferia, en realidad se parece a sus homólogos europeos del pasado. ¿Podría Rusia sobrevivir al derrumbamiento del mito nacional fomentado por Moscú, el de una nación tutelar superior a todas las demás y destinada a controlar a sus vecinos?

En el ámbito económico, mientras un Estado en guerra debe elegir entre cañones (armamento) y mantequilla (bienestar), Moscú podría tener cada vez más dificultades para proveer cualesquiera de los dos.[283] Los reclutas que regresen de la campaña de Ucrania estarán amargados y, en ocasiones, socialmente desacreditados. Por su parte, los exprisioneros que participaron en las milicias se verán tentados naturalmente por la economía paralela de las bandas, el tráfico y la extorsión. Por último, como suele suceder en todos los regímenes autoritarios donde los dirigentes firman un pacto fáustico que alimenta la competencia entre centros de poder rivales, existe un riesgo real de violencia armada a gran escala entre el ejército, los servicios de inteligencia, la Guardia Nacional (creada en 2016) y, por supuesto, las milicias de Prigozhin y Kadyrov.

Además de la secesión política, existe el riesgo de la secesión territorial. En realidad, no existe una nación rusa, según el politólogo Serguéi Medvédev: «solo hay una población gobernada por un Estado».[284] Hoy, el país tiene 89 sujetos federales, incluidas 21 repúblicas autónomas no eslavas. No todos los ciudadanos rusos [российские (rossiiskie)] son de etnia rusa [русские (russkie)] y la proporción de estos últimos (cuatro quintas partes en la actualidad) tiende a disminuir. Las demás nacionalidades principales, en particular los tártaros, bashkires, chuvashes y chechenos, experimentan un crecimiento demográfico. Como sabemos, las poblaciones más pobres, a menudo procedentes de regiones remotas, contribuyen de manera desproporcionada a la fuerza militar del país.

Hasta el punto de que, como en otros imperios del pasado, se sienten carne de cañón del gobierno central. ¿Fue profética la ruptura que predijo Hélène Carrère d'Encausse en 1978, basándose entonces en datos esencialmente demográficos?

Pensamos, por supuesto, en los albores de los noventa, cuando —al igual que a finales de la década de 1910— se produjo un hervidero de nacionalidades y demandas de independencia en toda la Unión, incluso dentro de lo que entonces era la República Socialista Federativa Soviética de Rusia (RSFSR). Pocos lo recordarán: pero cuando la URSS se derrumbó, las 21 repúblicas constituyentes declararon su soberanía. En el escenario actual, los observadores occidentales tendrían que volver a familiarizarse con una proliferación de nombres que parecerán exóticos a los no especialistas. ¿Quién, fuera del círculo de unos pocos expertos especializados en el país, ha oído hablar alguna vez de *Chuuln* —el Congreso de la Nación Kalmyk, que declaró la independencia de los pueblos que dice representar el 27 de octubre de 2022—?

Un escenario diferente al de 1991

Pero la desintegración de la Unión Soviética es solo un precedente imperfecto para imaginar el escenario que podría tener lugar en Rusia. La URSS tenía auténticos centros de poder en su periferia. Rusia, en cambio, «es un país fragmentado económica, social y regionalmente, formado por unas pocas ciudades y microrregiones desarrolladas y un vasto interior desconectado y empobrecido».[285] En vez de quince Estados miembros, existen, como hemos dicho, 89 entidades federales, a seis de las cuales no les reconocen internacionalmente su pertenencia al país. ¿Cuáles de ellas tendrían más probabilidades de separarse? Las primeras que vienen a la mente son las regiones fronterizas (el Cáucaso, Tuva e incluso Buriatia, donde la mayoría de la población es rusa), que también resultan ser las que más han sufrido en términos de pérdidas de vidas humanas. También están las más homogéneas, donde los rusos en sentido étnico casi han desaparecido, y que suelen ser las más pobres (en el Cáucaso, de nuevo). Pero otras, que figuran entre las más ricas y tienen una historia de reivindicaciones nacionales, también podrían verse afectadas, en particular dos repúblicas de la cuenca del Volga, Tatarstán y Bashkortostán.

Cinco siglos después de que Iván el Terrible conquistara Kazán y Astracán, el fin del imperio interior podría estar a la vista.

Una minoría de nacionalistas podría ver con buenos ojos la salida de los pueblos no rusos de la federación. Sobre todo, porque una Rusia separada de Ucrania vería cómo el centro de gravedad de su imperio se desplazaría hacia el este. Pero esto sería a costa de un mayor colapso demográfico de un país que ya está muy mal desde este punto de vista. Cuatro de las entidades federales con más probabilidades de alejarse del centro de gravedad de Moscú son también las únicas que han tenido un saldo demográfico natural positivo (más nacimientos que defunciones) en los últimos años: Chechenia, Ingushetia, Daguestán y Tuva. Las etnias minoritarias podrían representar el 30% de la población en pocos años.

El precedente de Yugoslavia nos viene antes a la mente que el de la Unión Soviética. Algunas entidades estarían encantadas de aprovechar el arma del referéndum de autodeterminación que Moscú ha empleado en varias ocasiones para anexionarse varias partes de Ucrania. Si hemos de creer uno de los análisis más profundos de este escenario:

> *es poco probable que el colapso de la actual Federación Rusa sea lineal, a diferencia del de la Unión Soviética, que vio cómo las quince repúblicas de la Unión se independizaban casi de forma predeterminada. [...] Es probable que la fractura del Estado ruso sea caótica, prolongada, gradual, conflictiva y cada vez más violenta. Podría desembocar en la separación completa de algunas unidades federales y la fusión de otras en nuevos acuerdos federales o confederales.*[286]

En resumen, el colapso del Imperio ruso se parecería más al de 1917 que al de 1991. Como ocurrió entonces con el Imperio Otomano, el enfermo de Eurasia generaría sin duda nuevos conflictos. A falta de policía, despertaría la envidia de las potencias vecinas, entre las que destacan China y... Turquía. ¿Y qué sería de Bielorrusia? ¿Aceptaría Moscú su independencia? ¿O querría conservar a toda costa este vestigio del imperio soviético, como sucedió con Serbia y Montenegro tras la desaparición de la federación yugoslava, aunque quizá a costa de un nuevo baño de sangre?

«Rusia es la máquina de pesadillas de Occidente», dice el protagonista de *Le Mage du Kremlin*. La única buena noticia en el escenario analizado aquí es que es improbable que la cuestión nuclear sea tan aguda como lo fue en la Unión Soviética. En aquella época, cerca de siete mil armas estaban estacionadas fuera de Rusia. Hoy en día, a excepción de las bases navales, las fuerzas nucleares del país están situadas principalmente en el corazón de la federación, más bien en el sur del país, a lo largo de las principales vías de comunicación bien controladas por el Estado central: aunque a veces demasiado

cerca de las fronteras de la federación como para no preocuparse por su destino en caso de graves disturbios. En la década de los setenta, la Unión Soviética fue descrita como «el Alto Volta con cohetes». En la década de 2000, nos referíamos a ella como «México con armas nucleares». En la década de 2010, ya era «una gasolinera con armas nucleares». ¿Se convertirá ahora en una «Somalia con armas nucleares»?

La desintegración del imperio no sería irreversible. Es cierto que Rusia siempre acaba reconstruyéndose, como hizo a finales de 1910.[287] Siendo optimistas, esto podría producirse en el marco de una nueva federación más igualitaria.[288] En su defecto, el caos podría convertirse en el caldo de cultivo de un verdadero régimen totalitario.

¿Cómo reaccionaría Occidente? En 1991, surgieron dos posturas en Washington. Una, encarnada por el secretario de Defensa Dick Cheney, veía la desintegración de la Unión Soviética como una oportunidad histórica, una oportunidad para Occidente de librarse de la amenaza rusa. La otra, apoyada por el secretario de Estado Jim Baker, abogaba por la cautela y hacía hincapié en los riesgos que entrañaba la desintegración de una gran potencia, sobre todo, una nuclear. Como sabemos, este fue el enfoque adoptado por el presidente Bush padre, hasta el punto de ir a Kiev y pedir a los ucranianos que no abandonaran la Unión, como ya había recomendado en 1948 George Kennan, el padre de la política de contención, venerado en ciertos círculos de Washington. El mismo debate y, sin duda, la misma cautela por parte de la Casa Blanca, resurgirían en los países occidentales. Y Estados Unidos vería la debacle de Rusia de forma aún más negativa, porque el escenario lo alejaría aún más de su plan de centrarse en Asia.

---

[282]. Adrian Peladan, (1854). *La Russie au ban de l'univers et du catholicisme*. St-H. Blanc et Cie, p. 106.

[283]. Philip Wasielewski, (20 de diciembre de 2022). *Will Russia Survive Until 2084?* Foreign Policy Research Institute.

[284]. Galia Ackerman, (invierno 2022-2023). «Russie: un État sans nation. Entretien avec Sergueï Medvedev». *Politique internationale, 178*, p. 78.

[285]. Janusz Bugajski, (2022). *Failed State: A Guide to Russia's Rupture*. The Jamestown Foundation, p. 105.

[286]. *Idem*, p. 285.

[287]. Liana Fix y Michael Kimmage, (20 de diciembre de 2022, enero-febrero de 2023). «Putin's Last Stand: The Promise and Peril of Russian Defeat». *Foreign Affairs*.

[288]. Marlene Laruelle, (9 de diciembre de 2022). «Putin's War and the Dangers of Russian Disintegration: The Unraveling of a Fragile Multiethnic State Could Lead to More Violence». *Foreign Affairs*.

Conclusiones

El fin de los sueños no es el principio de las pesadillas

Y aquí estamos, en la década de 1910, con la competencia de los imperios, en la de 1930, con la amenaza de los Estados fascistas, y más aún en la de 1950, con la incipiente Guerra Fría. Bienvenidos a la guerra tibia, el tercer enfrentamiento en cien años entre el mundo de las autocracias y el de las democracias, en el que los Estados revisionistas, insatisfechos con el *statu quo*, serán responsables de conflictos indirectos y crisis importantes. Pero no serán bloques homogéneos, sino familias de contornos cambiantes.

No será, pues, un mundo bipolar, pero tampoco multipolar, en el sentido de que coexistirán múltiples centros de poder de igual peso, como ocurría antes de 1945. Un mundo en el que habrá una permanente guerra de influencias, donde Moscú y sobre todo Pekín intentarán atraer a los Estados del sur hacia los del este. Un mundo marcado por la gran atracción de China, hacia la que EE.UU. y Rusia han pivotado, cada una a su manera. Un mundo marcado por la fuerza de China y la debilidad de Rusia. Un mundo de confrontación, pero también de cooperación ocasional. Cuanto mayor es el poder de China, mayor es su interés por la estabilidad del sistema internacional, por la libertad de navegación comercial y por la no proliferación nuclear.

La anarquía global o la nueva Edad Media no son metáforas apropiadas para describir el mundo de estos primeros veinte años del siglo. Los cimientos del sistema internacional siguen ahí. Como ya se ha dicho, no es evidente que el mundo sea más peligroso, menos estable ni más imprevisible que el de décadas pasadas. El Consejo de Seguridad de la ONU adopta más resoluciones que durante la Guerra Fría. Y aunque son tiempos difíciles para las democracias, un análisis más detallado de los datos presentados al principio de este libro nos lleva a hablar más de estancamiento que de declive democrático.[289]

Así pues, el abandono de las ilusiones de la posguerra fría no significa que las pesadillas del siglo pasado estén destinadas a convertirse en realidad. Las cuerdas de la disuasión —alianzas militares y armas nucleares— contribuirán a limitar el horizonte de

los conflictos. Compartimos el pronóstico del historiador Pierre Grosser cuando escribe que una guerra mundial es «posible pero improbable», y que, en cambio, una guerra fría es «posible y probable».[290]

El fin de la globalización tal y como se concibió en la década de los noventa no significa el fin del libre comercio. Es la globalización generalizada, sobre todo, en su versión chino-céntrica, la que está siendo cuestionada. Alice Ekman habla de la llegada de la «bimundialización». Quizá deberíamos hablar de globalización regionalizada y preferencial, como sugiere el concepto estadounidense de *friend-shoring* (anclaje de cadenas de valor en una red de países amigos) o el europeo de *de-risking*. Tres cuartas partes del comercio mundial ya tienen lugar en zonas de libre comercio y el regionalismo es el equilibrio natural entre globalización y proteccionismo. Acuerdos regionales como el Regional Comprehensive Economic Partnership, que reúne a quince países asiáticos, o el Progressive and Comprehensive Trans-Pacific Partnership, al que se han adherido once países de ambos lados del Pacífico, no dejan de multiplicarse. Según la OMC, había 355 en vigor en diciembre de 2022. Cada centro de poder querrá su propio acuerdo preferencial, su propio banco internacional y, quizás también, su propio Internet y su propio sistema de posicionamiento por satélite.

¿Una prueba de debilidad?

El advenimiento del nacionalismo y de los Estados civilizados ha asestado un duro golpe al sueño universalista. De hecho, la mayoría de las ambiciones de finales del siglo XX han quedado en entredicho: los sueños europeo, ruso y chino, por no hablar del sueño yihadista. El único que sobrevive, a duras penas, es el sueño estadounidense.

Será un mundo sin reyes. Si, como sugeríamos más arriba, vivimos ahora en el mundo de *Juego de Tronos*, es al final de la serie donde nos encontramos: ya no hay Trono de Hierro. Lo que Pierre Hassner anunció en 2007 como «el siglo del poder relativo» se ha convertido en una realidad.[291]

Para emplear otra de las frases favoritas de Hassner, acuñada por el científico soviético Leopold Labedz en tiempos de la Guerra Fría, podemos temer legítimamente que el siglo XXI sea también el de la «decadencia competitiva». En otras palabras, que la debilidad de los polos de poder —Estados Unidos, Europa, China, Rusia e India— haga

que el enfrentamiento que se avecina sea de hecho lo que hemos llamado una especie de «prueba de debilidad».[292]

No obstante, en este juego, Occidente parece estar en mejores condiciones que sus competidores para ganar a largo plazo. Es cierto que la época de la dominación occidental del mundo ya pasó, y su hegemonía en la era moderna solo ha sido excepcional: a finales de los años cuarenta y durante los noventa. En términos económicos, a principios de la década entramos en el siglo de Asia, cuyo PIB medido en términos de PPA supera ya al del resto del mundo. El centro de gravedad de la economía mundial se encuentra ahora allí. Es cierto que las autocracias tienen el tiempo a su favor y pueden movilizar su aparato estatal con mucha más facilidad que las democracias. Es cierto que estas últimas están en crisis, con el modelo de democracia liberal cuestionado tanto en términos de eficacia como, cada vez más, en términos de legitimidad. Pero los defectos de las autocracias son aún mayores. Rodeados de aduladores, sus dirigentes suelen ser incapaces de ver el estado del mundo (y de su propio país) tal y como es en realidad. Para ellos, la deferencia siempre prevalecerá sobre la competencia. Como nos recuerda Francis Fukuyama, las autocracias son estructuralmente rápidas a la hora de tomar malas decisiones por la ausencia de un debate contradictorio en la cumbre, e intrínsecamente frágiles por la ausencia de reparto del poder y del consentimiento de los gobernados.[293] La debilidad del Estado de Derecho favorece la corrupción. Los enemigos de los países occidentales subestiman sistemáticamente la resistencia de sus adversarios y su capacidad para dar la vuelta a la situación: fue el caso de Japón en 1941, del bloque comunista en 1950, de los yihadistas en la década de 2000, de Hezbolá en 2006 y de Rusia en 2022. Si el modelo occidental está en crisis, ¿qué decir de los modelos de Rusia y China, donde el contrato social —o pacto fáustico— consiste en prometer seguridad y retribución a cambio de la adhesión a las políticas que se aplican y la restricción de las libertades civiles? ¿No podemos decir que el contrato autocrático está aún más agotado que el democrático?

Aún quedan buenos vestigios de Occidente

En realidad, ¿hasta qué punto podemos hablar de «desoccidentalización» del mundo? Los Estados no occidentales desempeñan ahora un papel importante en las organizaciones internacionales e incluso están probando suerte en la gran diplomacia,

con distintos grados de éxito. Mientras que el intento turco-brasileño de mediación en la cuestión nuclear iraní (2010) fue un desastre, Ankara estaba mejor situada para actuar como intermediaria entre Rusia y Ucrania (2022) y Pekín se anotó un importante éxito simbólico al patrocinar la reanudación de las relaciones diplomáticas entre Irán y Arabia Saudí (2023). Los BRICS desempeñan ahora un papel significativo en la economía mundial. Desde finales de 2022, los BRICS (31,5% del PIB mundial en términos de PPA) han superado al G7 (31%), mientras que en 1990 solo representaban el 17% de la producción mundial, frente al 47% del segundo.

También hay que recordar que en términos de PIB nominal per cápita —un criterio esencial de poder— el G7 sigue a la cabeza. Y los 38 países de la OCDE —todos ellos democracias, aunque algunas muy imperfectas— siguen representando en conjunto más del 40% del PIB mundial en términos de PPA. Presentan casi todas las patentes triádicas y los diez países más innovadores del mundo, con la excepción de Singapur, pertenecen todos a la organización. En el frente sanitario, la pandemia de COVID-19 demostró una vez más la capacidad de reacción de la ciencia y la industria occidentales: las vacunas más eficaces contra la pandemia de COVID-19 se desarrollaron en Europa y Estados Unidos. En el frente militar, Ucrania fue un recordatorio de que, como dijo Heródoto de las guerras médicas, siempre habrá una diferencia entre los persas que luchaban por su paga y los griegos que defendían su ciudad.

Si las autocracias tienen tiempo, las democracias tienen durabilidad: los regímenes más longevos son todos democráticos. Muchos se burlaron de Fukuyama cuando escribió en 1989 que la democracia ya no tenía rivales legítimos reales. Pero el hecho de que prácticamente todos los países del mundo, hasta Corea del Norte, afirmen ser democráticos no es insignificante, aunque solo sea para disimular. Y, sobre todo, el hecho de afirmar que en sus países no se comparte la aspiración a la libertad se contradice cada día con los manifestantes de Moscú, Hong Kong y Teherán, y con los solicitantes de asilo de Venezuela, Eritrea, Afganistán y Birmania. La invasión de Ucrania es sin duda el indicador reciente más importante de la adhesión a las normas internacionales defendidas por Occidente: 141 países (de 193 miembros) han condenado dos veces a Rusia en la ONU por su invasión. Más de cincuenta Estados de todos los continentes son miembros del Grupo de Contacto para la Defensa de Ucrania, y casi cuarenta aplican sanciones a Moscú. Los 44 países que han impuesto sanciones a Rusia representan el 90% de las reservas monetarias, el

80% de las inversiones y el 60% de la producción y el comercio mundiales.[294] Celebrar el auge de los Estados fuertes y el declive de la democracia liberal es, por tanto, prematuro. Según expresa Nassim Nicholas Taleb, la democracia liberal sigue siendo un sistema autocorrectivo, incluso «antifrágil», es decir, que se refuerza con las crisis.

También hay que recordar que no se trata de un juego de suma cero: no es tanto Occidente el que declina como el resto del mundo el que crece en poder, lo cual es de agradecer dado que su desarrollo ha contribuido a mejorar la vida de cientos de millones de personas. Por último, hay que relativizar la novedad del fenómeno.

Fue a finales de los cincuenta cuando los países en desarrollo se convirtieron en una fuerza política, con la Conferencia de Bandoeng (1955) y la creación del Movimiento de Países No Alineados (1961). Sobre todo, hay que recordar que durante toda la Guerra Fría, la Unión Soviética —que no es precisamente un país occidental— fue un formidable actor político (y una fuerza de bloqueo en el Consejo de Seguridad). Hace tiempo que Occidente dejó de dominar el mundo. El eterno «declive de Occidente», que «ya no está solo en el mundo», dice más de nuestras ansiedades y de nuestra capacidad de autoflagelación, así como de las legítimas reivindicaciones de las potencias emergentes, que de cualquier transformación real del mundo.

Lo que es cierto para Occidente lo es aún más para Estados Unidos. Son innumerables los autores y libros que han predicho el declive de Estados Unidos. ¿Recordamos el fenomenal éxito de Paul Kennedy, quien, en *Auge y caída de las grandes potencias* (1987), profetizó su hundimiento bajo el peso de su deuda soberana y sus despliegues militares, y predijo que la próxima potencia mundial sería… Japón? Sin embargo, 35 años después, Estados Unidos sigue ocupando un lugar único en la geopolítica mundial, gracias a las ventajas estructurales antes descritas. Como única gran potencia democrática posmoderna, podría ser —si no rompe su propio contrato social—, el verdadero pivote geopolítico del siglo XXI y quizás del futuro. ¿Una república milenaria? Los excesos de quienes consideran a EE.UU., como el único país «capaz de contener las fuerzas naturales de la historia» no deben ocultar los elementos fundamentales de su poder y su atractivo, que siguen sin tener rival.[295] El concepto de «unipolaridad parcial» propuesto por dos autores estadounidenses no está realmente fuera de lugar.[296]

Merece la pena recordar un factor decisivo: el equilibrio

demográfico de poder, con sus consecuencias económicas, que, a largo plazo —como sabemos, la demografía es una de las pocas disciplinas que permite hacer proyecciones a lo largo de varias décadas—, favorecerá a los dos grandes Estados democráticos, Estados Unidos e India —oficialmente el país más poblado del mundo a partir de 2023 — y, por el contrario, penalizará fuertemente a China y a Rusia.

Esta visión, menos pesimista que la que suele dominar los análisis europeos y estadounidenses no nos exime de algunas recomendaciones.

Ocho lecciones para las democracias

Contrarrestar la narrativa de los neoimperios. Debemos comprender la narrativa de los neoimperios y la visión del pasado que mantienen los líderes autoritarios. El proyecto europeo se basa en la superación de los nacionalismos, pero Europa solo podrá afirmar su poder si comprende hasta qué punto lo que hemos llamado la «venganza de la historia» es una clave para entender las relaciones de poder contemporáneas.[297] Comprender no es aceptar y no debemos tomar al pie de la letra la retórica de la humillación de la que supuestamente somos responsables los occidentales. Aron escribió: «Debemos convencer a los pueblos de Europa de que no podemos vivir de nuestro pasado, de que no se nos debe todo simplemente porque hayamos tenido desgracias».[298] Este consejo también es válido para los demás. Además, es importante no dejar que se imponga la narrativa del «doble rasero». Debemos recordar que este sesgo también existe por parte de quienes denuncian al imperialismo estadounidense, mientras se cuidan de no hacerlo con el imperialismo ruso. Y que son los occidentales quienes defienden la reforma del Consejo de Seguridad de la ONU. Y que suelen ser ellos quienes están en primera línea para proteger a las poblaciones amenazadas. ¿No está el doble rasero del lado de quienes se quejan de Occidente tanto cuando interviene como cuando no lo hace? ¿O de quienes apoyan a Occidente cuando salva al Kuwait anexionado, pero lo denuncian cuando defiende a la Ucrania invadida? La supuesta hipocresía de Occidente puede así volverse contra sus críticos, quienes, a veces, son los primeros en solicitar visados para Europa y Estados Unidos. Pero esta narrativa también puede contrarrestarse sugiriendo, como hizo Richard Haas, director de Prospectiva del Departamento de Estado estadounidense a principios de la década de 2000, que «la coherencia es un lujo que no podemos permitirnos en política exterior». Se trata

de aceptar el debate, sin consentir por necesidad los constantes reproches lanzados a un Occidente responsable de todas las desgracias del mundo, sin pensar que bastaría con un poco más de educación para que los pueblos que, con razón o sin ella se sienten despreciados, comprendieran nuestras posiciones. En resumen: ni negligencia, ni arrepentimiento, ni condescendencia.

Aceptar el enfrentamiento. El enfrentamiento nos ha sido impuesto. Aceptarlo significa, en primer lugar, evitar desentenderse de los asuntos mundiales. Joseph Nye, el diseñador del poder blando, sostiene que el riesgo contemporáneo es menos el de la «trampa de Tucídides» —temida por Graham Allison—, que el de la «trampa de Kindleberger», en referencia a la obra de uno de los arquitectos del Plan Marshall: Estados Unidos había suplantado al Reino Unido en la jerarquía de potencias sin desempeñar el papel de proveedor de bienes públicos globales que antes tenía Londres, lo que fue una de las razones del colapso del sistema mundial.[299] Aceptar esto significa renunciar a la ilusión de que conocemos los intereses de nuestros adversarios mejor que ellos, y esperar «hacerles entrar en razón» solo con la virtud de nuestra diplomacia. Aceptar la prueba de fuerza significa también intentar invertir la percepción de un Occidente débil. Las retiradas —justificadas o no— de las fuerzas estadounidenses de Vietnam y Somalia, de las fuerzas occidentales del Líbano y Afganistán, tal vez de las fuerzas francesas de Mali, el giro de 180º de Estados Unidos en relación con Siria en 2013, nuestra falta de carácter en la anexión de Crimea, todos han sido vistos como signos de nuestra pusilanimidad. La disuasión es la clave para prevenir la agresión. Lo que Gran Bretaña no hizo en 1914, nosotros tampoco lo hemos hecho en 2014. El reflejo diplomático de buscar sistemáticamente la desescalada conduce a menudo al resultado opuesto al deseado. Los partidarios de una política de compromiso con Moscú harían bien en reflexionar sobre las palabras del general De Gaulle en 1961: «En un determinado momento de amenaza por parte de un imperialista ambicioso, toda retirada tiene por consecuencia sobreexcitar al agresor, empujarlo a redoblar su presión y, en última instancia, facilitar y acelerar su asalto. En definitiva, en el momento actual, las potencias occidentales no tienen mejor manera de servir a la paz mundial que mantenerse erguidas y firmes».[300] Y así demostrar el coraje que, como se lamentaba Solzhenitsyn, ya no caracterizaba a las élites occidentales «paralizadas y mudas frente a gobiernos poderosos y fuerzas amenazadoras, frente a agresores y terroristas [...]. Conviene recordar que el declive del valor siempre se ha considerado como el presagio del fin».[301] Fue la demostración de

fuerza estadounidense en el estrecho de Taiwán en 1995-1996 lo que hizo retroceder a Pekín. Fue la intervención estadounidense en Irak, por desafortunada que fuera, la que asustó a Teherán para que suspendiera sus actividades de militarización nuclear en 2003. En resumen, tenemos que entablar una competencia responsable, decidida pero razonable, en la que la política, la economía y la tecnología desempeñen un papel al menos tan importante como la defensa. Por supuesto, el esfuerzo militar sigue siendo esencial para la disuasión y, cuando sea necesario, para la intervención. Pero debemos tener presente la lección de los últimos treinta años: su coste a largo plazo —presupuestario, humano y político— puede superar sus beneficios a corto plazo. Es inútil esperar cambiar el software político de un país desde fuera, aunque podamos contribuir modestamente a ayudar a los que trabajan desde dentro.

Salvar la democracia para preservar las democracias. Para preservar las democracias, primero debemos salvar la democracia. Los sondeos de opinión muestran muy claramente que allí donde se percibe que la democracia funciona bien, la imagen de Rusia y China se deteriora, y viceversa.[302] Sin embargo, lo que llamamos la guerra de los mundos no debe equipararse a una lucha maniquea entre democracias y autocracias. En primer lugar, porque la familia occidental, como hemos dicho, existe en la intersección de las esferas política, económica y estratégica: algunos de sus miembros pueden dejarse seducir, al menos durante un tiempo, por el autoritarismo, como ocurrió durante la Guerra Fría. En segundo lugar, sería contraproducente: hacer de esto una batalla moral sería perder el apoyo de un gran número de países emergentes. Y, por último, porque los ideales pueden ser imperfectos. No olvidemos las sencillas palabras de Arthur Koestler, quien escribió en 1943 que «estamos luchando contra una mentira absoluta en nombre de una verdad a medias». En un texto menos conocido publicado unos años más tarde, «The Seven Deadly Fallacies» [‘Las siete falacias mortales’], Koestler pedía a Estados Unidos que rechazara tanto la histeria bélica como las políticas de apaciguamiento, que aceptara que la imperfección democrática no es obstáculo para una acción decidida contra las dictaduras y que abandonara la idea de luchar solo por «causas perfectas». Escribió: «la historia no conoce causas perfectas, ninguna situación que enfrente el blanco contra el negro. El totalitarismo oriental es negro: su victoria significaría el fin de nuestra civilización. La democracia occidental no es blanca, sino gris. Vivir e incluso morir por una causa perfecta es un lujo que pocos hombres pueden permitirse».[303]

No intentar atraer a Rusia contra China. En 1955, el almirante Raoul Castex, uno de los grandes estrategas franceses de la posguerra, publicó un artículo titulado «Moscou, rempart de l'Occident» ['Moscú, baluarte de Occidente'], en el que preveía el ascenso de China al poder y sugería una alianza con Rusia como medio de contrarrestarla.[304] Como vemos, la idea errónea de considerar a Moscú como el aliado natural de Occidente contra sus adversarios, ya sean yihadistas o chinos, ha sido seductora durante mucho tiempo. Hoy, ante el triple problema del equilibrio entre Occidente, Rusia y China, está de moda advertir que hay que tener cuidado de no «echar a Moscú en brazos de Pekín». El capítulo dedicado a las relaciones entre ambos países debería convencernos de la vanidad de un planteamiento tan inoportuno, que presta a Occidente un poder que no tiene —o que ya no tiene—, al tiempo que niega a Rusia la responsabilidad de sus propias opciones estratégicas. Por otra parte, en determinadas cuestiones, podemos apoyar ocasionalmente a Rusia contra China (o viceversa).

Mantener una alianza lúcida con Estados Unidos. Para Europa, no hay alternativa a una alianza lúcida y una cooperación razonada con EE.UU.; sin ingenuidad, pero con la conciencia de que lo que nos une sigue siendo más importante que lo que nos separa, sobre todo cuando los retos son tan grandes como los que afronta hoy el mundo occidental. La competencia no debe fomentar falsas equivalencias: si alguien se va a llevar nuestros datos, mejor que esté en Estados Unidos que en China. Como se ha dicho, la narrativa francesa —Estados Unidos está abandonando Europa o acabará haciéndolo— es tan arriesgada como la alemana —Estados Unidos siempre estará con Europa o volverá con ella—. Pero a fuerza de equivocarse, París podría acabar teniendo razón, porque a la probabilidad de que un nuevo Trump ocupe algún día la Casa Blanca, se suma ahora la de una repentina crisis en Asia Oriental, que obligaría incluso al presidente estadounidense mejor dispuesto hacia el Viejo Continente a reasignar rápidamente sus despliegues militares.

Relegitimar el orden liberal. Las críticas de los países emergentes al llamado «orden liberal» —el entramado de instituciones y normas internacionales desarrollado desde 1945— suelen ser excesivas. ¿Es necesario recordar, por ejemplo, que fue este orden el que permitió la descolonización mediante el ejercicio del derecho de los pueblos a la autodeterminación? ¿Y que, aunque sus orígenes son esencialmente occidentales, se ha beneficiado de otras aportaciones, como la «responsabilidad de proteger» inspirada por el diplomático sudanés

Francis Deng? Por otra parte, está plenamente justificado denunciar la timidez de las reformas de estas instituciones. Si se quiere relegitimar el orden liberal, Occidente debe estar a la vanguardia de este proceso.

Disuadir a China de atacar Taiwán. Tras haber fracasado en su intento de disuadir a Moscú de invadir Ucrania, es probable que Occidente aún pueda disuadir a Pekín de atacar Taipéi, porque las consecuencias de una gran guerra en Asia Oriental serían equivalentes a las consecuencias de un huracán tropical de categoría 5, mientras que la guerra en Ucrania sería como una tormenta bretona. En primer lugar, aprender las lecciones de su fracaso: dada la asimetría de lo que está en juego, solo la amenaza de un colapso del sistema chino sería un verdadero elemento disuasorio. No es seguro que, debido a la desvinculación, Occidente disponga durante mucho tiempo de los medios precisos para ejercer tal amenaza de forma creíble a los ojos de Pekín. Por eso es tanto más importante que se muestre unido y que la propia Europa participe en este esfuerzo. Para contribuir a impedir la anexión de Taiwán por la fuerza —sin necesidad de alinearnos con Estados Unidos—, debemos hacer saber a Pekín que no temeríamos imponer sanciones masivas a ese país en caso de una demostración de fuerza. Porque si bien nosotros dependemos de China, ella también depende de nosotros, y el acceso al mercado europeo sigue siendo esencial para su desarrollo continuado. Por supuesto, tendríamos que reducir nuestra dependencia de ella para hacer creíble esta promesa: eso significaría importar menos bienes de comunicación, equipos informáticos, ingredientes farmacéuticos y materiales para la transición energética. Un nuevo reto para una Europa a la que no le faltan bastantes, pero también un paso hacia la autonomía estratégica.

Aceptar nuestra separación de Rusia. Europa no podrá reestablecer una relación normal con Rusia durante mucho tiempo. En la mayoría de los escenarios descritos, Rusia seguirá siendo, si no una amenaza militar directa, al menos un importante problema estratégico. Es difícil ver cómo Europa podría escapar a una política de contención a largo plazo hacia su gran vecino: una forma de cuarentena en el sentido sanitario del término, diseñada para permitir que el país haga el necesario retorno a sí mismo antes de volver, quizás, a la familia europea. En cuanto a la hipótesis de la implosión, sigue siendo poco probable, pero no hasta el punto de dejarla de lado. Así que hay que pensar en ella. ¿Y desearla? En cualquier caso, sería contraproducente declarar públicamente el deseo de la ruptura del imperio. La paranoia rusa ya está suficientemente avanzada. Algunos analistas creen incluso —evidentemente de forma equivocada— que

«la decisión estratégica de intentar desmantelar Rusia puede que ya se haya tomado en Washington y Londres [...]. Puede que a París, Berlín y Roma no les guste, pero se verán obligadas a seguir a sus amos de la Anglosfera».[305] Sería inapropiado alimentarla. Puede que queramos acabar con la amenaza militar rusa, como hicimos con Alemania en 1918 o 1945. Pero no con un país entero. Como dijo el historiador Mijaíl Jodorkovski en 2016: «No debemos dejarnos sorprender si un día Rusia implosionara».[306] Esta es ahora la posición de algunos analistas estadounidenses, con libros cuyos títulos delatan con claridad su postura: *Failed State. A Guide to Russia's Rupture* o *Preparing for the Final Collapse of the Soviet Union and the Dissolution of the Russian Federation*. «Los grandes imperios rara vez desaparecen con elegancia», advirtió el embajador de Estados Unidos en Moscú a principios de 1991.[307] Nuestro primer deber sería contener a Rusia en el sentido sanitario del término. Esto significaría evitar que la violencia se desborde, así como cualquier otro efecto colateral. En otras palabras, contribuir a que la implosión no se convierta en explosión. Y «garantizar que este pantano no se descomponga soltando nubes con forma de hongo atómico», como dijo sin rodeos un académico ruso exiliado.[308] E invalidar así la sombría predicción de Bill Clinton de 1999: «Si Rusia no es estable, el resto del mundo tendrá problemas».[309] Pero también, sin duda, estar dispuestos a ayudar, si así lo solicitan, a las fuerzas resueltas a transformar políticamente el país en una dirección más favorable a nuestros intereses y nuestros valores.

No volver a la anormalidad

Como escribimos al principio de este libro, siempre tenemos la sensación de que nos encontramos en un periodo de crisis sin precedentes y solemos pensar que estamos en un periodo de transición, un «interregno», a la espera de que un nuevo orden internacional sustituya al desorden contemporáneo. Esta es la última ilusión que debemos disipar. El orden y la estabilidad son anomalías históricas o reconstruidas de forma retrospectiva. En resumen, probablemente no deberíamos esperar una vuelta a esta anormalidad durante mucho tiempo. ¿Debemos lamentarlo? No necesariamente: el sistema mundial solo cambia tras una guerra de grandes potencias, como en 1815, 1848, 1918 o 1945. Y el nuevo orden puede producir a su vez sus propias injusticias. Es difícil imaginar que ahora podamos satisfacer a todas las potencias emergentes que exigen, no sin razón, tener más participación en los asuntos mundiales, porque eso

significaría también dar peso a sus vecinos o rivales. Charles Péguy dijo una vez que hay «órdenes aparentes que encubren el hecho de ser los peores desórdenes».[310]

Nadie sabe cómo serán Rusia después de Putin, China después de Xi, Irán después de Jamenei ni Turquía después de Erdoğan. Y, a largo plazo, quedan tres incógnitas fundamentales: el futuro de las relaciones entre Estados Unidos y Europa, el de las relaciones entre China y Rusia, y las opciones que tomará India en su competencia con China. En cualquier caso, va a ser un juego largo, y hay que tener paciencia. Los regímenes autoritarios viven mucho tiempo cuando nacen a partir de revoluciones violentas. ¿El momento de la verdad será a mediados de siglo, cuando se celebren el centenario de la victoria aliada y de la creación de la ONU, la conmemoración de Hiroshima y el centenario de la revolución china? La guerra de los mundos podría ser una nueva Guerra de los Treinta Años.

También tendremos que comprender el sentido de los matices y las complejidades, y desconfiar tanto de los prejuicios —recordemos que la Unión Soviética estaba convencida de que íbamos a atacarla y que China también estaba preocupada, al final del mandato de Donald Trump, por una iniciativa desacertada del presidente estadounidense — como de las expectativas autocumplidas —la confrontación nunca es tan inevitable como cuando se percibe como tal—. Sin importar si se trata del «gran tablero mundial», del «choque de civilizaciones» o de la «trampa de Tucídides», los conceptos propuestos por los pensadores estadounidenses suelen percibirse, de modo erróneo, por parte de los adversarios de Occidente, como la expresión de la política oficial.

Frente a los excesos del *thumos* [sede de pasiones como el honor y la ira], debemos responder prefiriendo la *phronesis* [‘discernimiento’] de Aristóteles y la *euthymia* [‘sagacidad’] de Demócrito. Y, en aplicación de los preceptos de Spinoza, frente a las pasiones tristes de los neoimperios, debemos defender las pasiones positivas del universalismo, la libertad y la democracia. Una vez más, por tanto, debemos escuchar los consejos de Pierre Hassner sobre «la rara, frágil y a menudo conflictiva alianza de la moderación y la pasión».[311]

---

[289]. Daniel Treisman, (5 de abril de 2023). «How Great is the Current Danger to Democracy? Assessing the Risk With Historical Data». *Comparative Political Studies*.

[290]. Pierre Grosser, obra cit., pp. 372-374.

[291]. Pierre Hassner, (2 de octubre de 2007). «Le siècle de la puissance relative». *Le*

Monde.

[292]. Bruno Tertrais, (2020). *L'Épreuve de faiblesse. Les conséquences géopolitiques du coronavirus*. Gallimard, colección «Tracts de crise».

[293]. Francis Fukuyama, (17 de octubre de 2022). «More Proof That This Really Is The End of History». *The Atlantic*.

[294]. Carla Norrlöf, (21 de febrero de 2023). «The Dollar Still Dominates: American Financial Power in the Age of Great-Power Competition». *Foreign Affairs*.

[295]. Robert Kagan, (20 de diciembre de 2022, enero-febrero de 2023). «A Free World, If You Can Keep It: Ukraine and American Interests». *Foreign Affairs*.

[296]. Stephen G. Brooks y William C. Wohlforth, (18 de abril de 2023). «The Myth of Multipolarity: American Power's Staying Power». *Foreign Affairs*.

[297]. Bruno Tertrais, *La Revanche de l'histoire*, edición cit.

[298]. Raymond Aron, (8 de mayo de 1952). «Le plan Schuman». Conferencia en el Centro de Estudios Industriales de Ginebra.

[299]. Joseph S. Nye, (9 de enero de 2017). «The Kindleberger Trap». Belfer Center for Science and International Affairs, Harvard Kennedy School.

[300]. Charles de Gaulle, (5 de septembre de 1961). Conferencia de prensa.

[301]. Alexander Solzhenitsyn, (8 de junio de 1978). *A World Split Apart: Commencement Address*. Harvard University.

[302]. Roberto S. Foa *et al.*, obra cit.

[303]. Arthur Koestler, (1948). «The Seven Deadly Fallacies». En *idem*. (1955). *The Trail of the Dinosaur*.

[304]. Raoul Castex, (febrero de 1955). «Moscou, rempart de l'Occident». *Revue de la défense nationale*.

[305]. Artyom Lukin, [@ArtyomLukin] (15 de enero de 2023). X (antes Twitter). Desde entonces, su cuenta de Twitter ha sido suspendida.

[306]. Citado en Casey Michel, (10 de enero de 2023). «Misfiring War in Ukraine Creates Potential for Russia's Disintegration». *The Financial Times*.

[307]. Citado en Mary E. Sarotte, obra. cit., p. 107.

[308]. Galia Ackerman, (invierno de 2022-2023). «Russie: un État sans nation. Entretien avec Sergueï Medvedev». *Politique internationale, 178*, p. 82.

[309]. Citado en Mary E. Sarotte, obra cit., p. 301.

[310]. Charles Péguy, C. (1910). «Notre jeunesse». *Cahiers de la Quinzaine*.

[311]. Pierre Hassner, art. cit.

Título de la obra original: *La guerre des mondes - Le retour de la géopolitique et le choc des empires*

Diseño de cubierta: Celia Antón Santos
Revisión: Silvia Díaz García
Traducción: Claudia Valdés-Miranda Cros
Responsable editorial: Eugenio Tuya Feijoó

Edición en formato digital: 2024

Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid

ISBN ebook: 978-84-415-5040-7